



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

SEDE CARIBE

**“Cambios en la dinámica sociolaboral
de las mujeres afros en Valledupar:
El caso del corregimiento de
Guacoche”**

Diana Inés García Molina

**Universidad Nacional de Colombia
Instituto de Estudios Caribeños
Maestría en Estudios del Caribe
Valledupar, Colombia
2016**

Cambios en la dinámica sociolaboral de las mujeres afros en Valledupar: El caso del corregimiento de Guacoche”

Diana Inés García Molina

**Tesis presentada como requisito parcial para optar el título de:
Magister en Estudios del Caribe**

**Director:
Francisco Avella**

**Doctor en Etudes de L'amerique Latine Et Des Caraïbes
(Estudios de América Latina y el Caribe)**

**Línea de Investigación:
Raza, género y clase en las sociedades del Caribe**

**Universidad Nacional de Colombia
Instituto de Estudios Caribeños
Maestría en Estudios del Caribe**

**Valledupar, Colombia
2016**

Dedicatoria

Al E.S. y a las mujeres.

Diana I García M.

Resumen

Este estudio explora las condiciones en que las mujeres de los asentamientos nucleados rurales del Caribe colombiano han sobrevivido a la historia de un país excluyente, tomando como ejemplo a Guacoche un corregimiento del Municipio de Valledupar, capital del Departamento del Cesar. La investigación muestra el lugar marginal y la exclusión que la sociedad le ha asignado a los indígenas y afrodescendientes, especialmente a las mujeres en el contexto de una historia “oficial”, en el cual se puede analizar claramente a través de las dinámicas socio-laborales de las mujeres afros en el caso de Guacoche, se ha evidenciado en los últimos años no sólo han tenido los trabajos más duros, como el de la fabricación de tinajas o el del servicio doméstico; sino también se han sumado a la crianza de hijos ajenos de la elite de Valledupar.

Palabras clave: Mujeres, asentamientos nucleados rurales, dinámicas, socio-laboral, Afrodescendiente, tinajas, servicio doméstico, elite.

Abstract

This study explores the different conditions which women nucleated rural settlements from Colombian Caribbean have survived through the history of an exclusive country, taking as a sample to Guacoche, a small town from Valledupar Capital of Cesar. The research shows a marginal place and exclusion which our society has assigned to indigenous and African descent, special women in the context of an "official history" which it can clearly analyze through the social and labor dynamics from Afro-women such as Guacoche.

It has evidenced in the latest years, they have not only had the hardest Works such as manufacturing vessel or domestic services, but also, they have joined to raising other people's children of the elite in Valledupar.

Keywords: Women nucleated rural settlements, social and labor dynamics, African descent, vessel, domestic services and elite.

Contenido

INTRODUCCIÓN	8
CAPÍTULO I	13
EL LUGAR DE LAS MUJERES AFROCARIBES EN LA HISTORIA REGIONAL .	13
LA MUJER EN EL CARIBE PREHISPÁNICO	14
EL CHOQUE DE LA CONQUISTA.....	16
Las mujeres indígenas.....	18
Las mujeres afro esclavizadas.....	20
El trabajo de las mujeres afro	25
Proceso de esclavización en Valledupar	27
LAS MUJERES EN LA HISTORIA REPUBLICANA.....	35
El segundo gran choque	40
El choque de la modernización	43
CAPÍTULO II	51
LAS MUJERES DEL LUGAR: GUACOCHE	51
GUACOCHE, EL LUGAR.....	51
LA HISTORIA DEL LUGAR.....	54
CONTEXTO SOCIO CULTURAL.....	58
Economía y ambiente	59
Organización administrativa y social.....	59
El Consejo Comunitario de Comunidades Afrocolombianas.....	60
Otras organizaciones cívicas y comunitarias	62
Aspectos culturales.....	63
El trabajo de la tinaja	66
Nuevas posibilidades	78
De tinajeras a empleadas domésticas	84

La condición de trabajadoras domésticas asalariadas de Guacoeche	87
CAPITULO III	100
LAS MUJERES GUACOCHERAS Y EL TRABAJO DOMÉSTICO	100
El trabajo doméstico como actividad de subsistencia	101
Racialización del trabajo	107
Las Guacocheras y el trabajo doméstico para la élite de Valledupar.....	110
Es la única opción de trabajo para las mujeres afros de Guacoeche	112
Se deja de conciliar el trabajo doméstico con el trabajo extra doméstico	115
Matrifocalidad en Guacoeche	116
CONCLUSIONES.....	121

INTRODUCCIÓN

“La historia de la mujer no es sino una triste historia de circulación e intercambio de vientres, sinónimo de descendencia y reposición de vidas. Con muy contadas excepciones (algunas monjas, brujas, artesanas y prostitutas célebres), no encontramos mujeres en la historia; solo madres potenciales y madres de hecho. Definitivamente solo se valora lo femenino cuando significa el hijo. Es en este contexto que podemos entender la frase dolorosa de Jacques Lacan: “la mujer no existe”¹.

Florence Thomas

Esta tesis tiene por objeto explorar las condiciones en que las mujeres de los asentamientos nucleados rurales del Caribe colombiano han sobrevivido a la historia de un país excluyente, tomando como ejemplo a Guacoche un corregimiento del Municipio de Valledupar, capital del Departamento del Cesar. Este caso muestra, de cierta manera, el lugar marginal y la exclusión que la sociedad costeña le ha asignado a los indígenas y afrodescendientes, especialmente a las mujeres en el contexto de una historia “oficial”, que es la misma historia de las élites que siempre se han pensado más cerca de Europa que del Caribe².

Este lugar marginal se puede analizar claramente a través de las dinámicas socio-laborales de las mujeres en el caso de Guacoche, en donde en los últimos años no sólo han tenido los trabajos más duros, como el de la fabricación de tinajas o el del servicio doméstico; también se han sumado a la crianza de hijos ajenos de las clases medias y

¹ Thomas, Florence (1995) “Introducción”. En: Presidencia de la República *“Las mujeres en la historia de Colombia, T.III, Mujeres y Cultura”*. Bogotá: Ed. Norma.

² “Por su parte las élites de Valledupar reforzaron este proyecto [del vallenato] difundiendo imágenes del mestizaje regional desde una neta preponderancia de lo blanco y lo masculino...” (Figuroa, 2009:139)

altas en la ciudad de Valledupar, mientras los propios están a cargo de la familia extensa en la “casa”, en el área rural, para poder garantizarles, al menos la comida y la educación.

Esta división racial, sexual y de género en el trabajo, no sólo es producto de las escasas oportunidades de desarrollo de una región predominantemente ganadera³ y “machista”, sino principalmente de una mirada racista, a partir de la cual se construye un modelo de sociedad que actualmente continúa reproduciendo los mismos patrones coloniales asignados a las mujeres afrodescendientes, como lo mostraban hasta hace poco las propagandas de televisión, en donde su lugar era el de empleadas domésticas encargadas de la limpieza, la crianza de hijos ajenos y el lavado de ropas (personificando por ejemplo a la “negrita Puloy”)⁴.

En el pasado, para los europeos y los mestizos indohispanos (o blancos en la actualidad), el origen africano de una persona constituía una marca que lo clasificaba automáticamente en la escala social más baja. Desde el mismo proceso histórico de la Conquista y la Colonia se perpetuó esta fuerte jerarquización, en cuya cúspide se encontraban los españoles colonizadores, seguidos de los criollos y en la base los aborígenes y esclavizados. Esta estructura sigue vigente aún⁵.

Como lo indica la psicóloga francesa Florence Thomas en el acápite de este capítulo, si prácticamente no existe la historia de las mujeres en el mundo, en Colombia mucho menos existe la historia de las mujeres afrocaribes, a pesar de los esfuerzos realizados en los últimos años en las organizaciones de mujeres y con la institucionalización de las

³ Hacia 1950 hasta los años de 1980 fue la región algodonera más dinámica del país, ahora es una región “carbonera”, pues es el segundo departamento productor de carbón a nivel nacional, después de La Guajira, con el auge de la “locomotora minera” del gobierno Santos.

⁴ Papel que por lo demás no parece haber cambiado, pues se sigue representando ampliamente en las comparsas del Carnaval de Barranquilla, claro, disfrazadas como un asunto que alude netamente a lo cultural.

⁵ A pesar de los avances inscritos en la Constitución de 1991 y en la Ley de Negritudes (Ley 70 de 1993), se han puesto en práctica muy poco, al menos en la costa Caribe colombiana.

escuelas de género en varias universidades. (Thomas, 1955,). Lo que se conoce de manera muy general es la historia oficial (la de las academias), llamada también la “historia patria”, en la que la región Caribe tampoco ocupa un lugar importante. Sin embargo, al menos permite tener una visión amplia del contexto en el que ha vivido la gran masa de campesinos costeños.

Es a partir de este contexto que en el Capítulo I de esta tesis, “El lugar de las mujeres afrocaribes en la historia regional”, se busca responder a la pregunta ¿Qué lugar ocupan las mujeres afrocaribes en la historia de la región?. Las respuestas a esta pregunta no sólo permitirían conocer el lugar que ocupan las mujeres en este contexto, sino también conocer a través de la historia de estos lugares, qué tienen que ver las mujeres en la persistencia de estos asentamientos a través de la historia, pues muchos de ellos existen desde antes de la Colonia. La respuesta Una posible respuesta sobre la persistencia de estos asentamientos se debe a que han mantenido su carácter matrifocal: estos asentamientos han persistido por el carácter matrifocal⁶ de la cultura indo y afrocaribe que hace que la mujer sea el centro estable de la familia⁷, mientras el hombre por lo general circula formando varios hogares⁸.

En el Capítulo II “Las mujeres del lugar: Guacoche”, se estudia el caso específico del corregimiento de Guacoche para entender el papel que han desempeñado las mujeres en la persistencia de estos lugares, a través de los intentos de construcción de una historia local en la que han desarrollado sus propias dinámicas sociolaborales, mediante estrategias y proyectos de vida personales. Es este carácter matrifocal de las familias

⁶ “... en las costas del Caribe colombiano, es de suponer que sus culturas matrilineales y matrifocales influyeron en las poblaciones que posteriormente habitaron dicho territorio” (Solano, 2006:32).

⁷ “ El grado de inestabilidad descrito en esta etnografía se da tanto en matrimonios como en las uniones de hecho, aunque sobresale la presunción generalizada de la incapacidad económica de los hombres de asumir un matrimonio legal (Figueroa, 2009:71). Para los kankuamo: “Las mujeres ocupan roles económicos fundamentales, pero la importancia de estos roles no es aceptada públicamente, mientras —Un hombre... es un individuo aislado y encuentra poco o ningún apoyo en su familia o en sus parientes” (Figueroa, 2009:76 citando a Reichel Dolmatoff: 1961, p.157)

⁸ “... las economías domésticas matrilocales de la Costa Atlántica existen en un amplio registro de poblaciones independientemente de sus características étnicas (Figueroa, 2009:68)

costeñas en el que las mujeres son las propietarias de las “casas”, mientras que los hombres cambian de casa cuando cambian de compañera, que aunque no se diferencian mucho de los demás asentamientos nucleados rurales de la costa Caribe, sí son un ejemplo de la capacidad de adaptación a una difícil realidad en la que han tenido subsistir.

En el Capítulo III, “Las mujeres guacocheras y el trabajo doméstico” se analiza el proceso de invisibilización y marginamiento al que han estado sometidas las mujeres y las condiciones individuales, familiares, socioeconómicas, políticas y culturales que han incidido en el cambio socio laboral de las mujeres afrodescendientes de Guacoeche, de fabricantes de tinajas a empleadas domésticas en las élites de Valledupar.

Finalmente, se plantean unas conclusiones que permiten saber por qué las mujeres, no pudieron cumplir su papel político para contribuir a la superación de las difíciles condiciones sociales y laborales. Enfatizando que el eje principal que mueve a las mujeres en contextos de autoaprovechamiento es la necesidad de garantizar la subsistencia de la familia, especialmente la educación de los hijos e hijas, para provocar la ruptura histórica del trabajo duro por otro que les permita ser alguien en la vida.

En cuanto al método, para entender este objeto de estudio, se ha seguido el que tácitamente propone Múnera (2005:16), al preguntar “Y las gentes del pueblo?” ¿Qué hacen las gentes del pueblo en los escritos de los historiadores preocupados, cómo han estado por entender el todo, la formación de Colombia como Nación, pero que jamás se han preocupado por las partes, las regiones, los pequeños poblados de los asentamientos rurales?. Y como el mismo Múnera lo plantea, la pregunta clave es “¿Qué papel representan los actores subalternos en esta historiografía, que sólo en Colombia parece tener todavía algún prestigio?”. Para responderse el mismo: “Pues no aparecen

por ninguna parte, no existen. El lector debe suponer que están allí, en los ejércitos, muriendo como animales al vaivén de las pasiones de sus encumbrados dirigentes, como en los viejos tiempos de las guerras de Troya cantada por Homero, en la que únicamente a los héroes y a los dioses se les otorgaba el privilegio de figurar en los cantos” (2005:16).

Por lo tanto, desde el punto de vista del método, no se trata de hacer **la historia del lugar** ante las insalvables dificultades metodológicas ya denunciadas por Múnera (2005), sino de **saber el lugar que ocupan estos asentamientos rurales en la historia regional**⁹.

⁹ De cierta manera, sería tarea de la microhistoria sobre los asentamientos de los campesinos, de indígenas y los pueblos afrocolombianos, como lo hace la etnografía en algunas tesis de pregrado. Sin embargo, paradójicamente en donde más se ha profundizado este aspecto de la microhistoria regional ha sido en los trabajos del Centro de Memoria Histórica, precisamente en los lugares en donde han ocurrido las masacres más importantes de la costa Caribe colombiana.

CAPÍTULO I

EL LUGAR DE LAS MUJERES AFROCARIBES EN LA HISTORIA REGIONAL

“Las mujeres no han representado siquiera un apartado en la historiografía colonial colombiana”¹⁰

Pablo Rodríguez

El Capítulo I de esta tesis, busca responder a la pregunta ¿Qué lugar ocupan las mujeres afrocaribes en la historia de la región?. Las respuestas a esta pregunta no sólo permitirían conocer el lugar que ocupan las mujeres en este contexto, sino también conocer a través de la historia de estos lugares, qué tienen que ver las mujeres en la persistencia de estos asentamientos a través de la historia, pues muchos de ellos, a pesar de la cantidad de guerras (de Conquista, Coloniales, de Independencia, de los partidos, de la religión, políticas, etc.), han logrado sobrevivir desde antes de la Colonia.

Este capítulo muestra, cómo las condiciones de vida de toda la población rural de lo que hoy es Colombia y en especial de las mujeres, se deterioraron desde el primer choque de los conquistadores españoles contra las culturas indígenas que la habitaban, condiciones que cuatro siglos después se agravaron con el segundo gran choque llamado de la “modernización de la agricultura en la costa” (Kalmanovitz, 2006:86), que explicaría la violencia guerrillera y paramilitar actual.

¹⁰ Rodríguez, Pablo (1995) “El mundo colonial y las mujeres”: En Presidencia de la República (1995) *“Las mujeres En la historia de Colombia, T.III, Mujeres y Cultura”*. Bogotá: Ed. Norma

Este choque inicial buscó establecer la condición de vasallaje en América, primero a través de la espada en la Conquista y luego en la Colonia a través de la religión, aplicando una serie de normas y reglamentaciones traídas de España, que apenas salía del feudalismo. Sin embargo en este proceso, buena parte de estas normas fueron interpretadas y adaptadas por los propios conquistadores a “sus” intereses, entre los cuales, tal vez el más importante, fue el de obligar a tributar a los pueblos indígenas. Pero más que a las necesidades de la Conquista como propósito evangelizador, fueron adaptadas estas normas a las necesidades personales de los conquistadores que ya instalados como los “señores de la tierra”, y aprovechando que estaban muy lejos de la metrópoli, les dieron nuevas formas que constituyen, al parecer hasta el día de hoy, la cultura política de la dominación actual.

El segundo choque, en el sentido que le dan los historiadores actuales al parecer fue más drástico en la costa Caribe que en el resto de Colombia, en donde aún existe un campesinado fuerte; buena parte de los pequeños campesinos, los aparceros y los arrendatarios de la costa Caribe colombiana, no sólo fueron desposeídos de las tierras que explotaban a título precario, sino que ya entrado el siglo XXI.

LA MUJER EN EL CARIBE PREHISPÁNICO

Es escasa la información existente sobre el período precolombino de las tribus caribes que los españoles encontraron a su llegada, especialmente referida a las mujeres, salvo algunas anécdotas de los cronistas de la Conquista, en donde combaten contra los españoles al lado de los hombres.

Las tribus que existían eran prácticamente todas selváticas, aunque algunas se diferenciaban por haber tenido un alto grado de desarrollo social y diferentes niveles de

producción, en donde predominaron agriculturas intensivas como la de las terrazas prehispánicas de los Tayrona en la Sierra Nevada ¹¹ y la agricultura hidráulica de los Zenúes, distribuida en más de 400 km cuadrados de camellones prehispánicos (Parsons,1970:449-458) especialmente diseñados para mantener el agua en los períodos de sequía y garantizar la proteína del pescado todo tiempo. Estos avances tecnológicos de los cacicazgos de la Costa Caribe, comparables a los más importantes logros de las culturas asiáticas basadas en el riego y el uso óptimo del agua (Witfogel,1966), en general habían desaparecido a la llegada de los españoles.

La mayor parte de las tribus se encontraban sin el dominio de los cacicazgos, convertidas en tribus libres, que vivían en clanes autónomos que se unían para las guerras contra otras tribus y que habían vuelto a la agricultura itinerante de roza y quema para cultivar el maíz, base de su alimentación, además de la yuca amarga. Otras tribus eran seminómadas en las sabanas y algunas tenían poblamientos más estables en los interfluvios de los ríos, cultivaban la yuca dulce (domesticada en la costa Caribe) y la amarga para el casabe, además del maíz, que complementada con la pesca y recolección de moluscos en la costa, ofrecían una dieta balanceada en un medio prolífico que además, permitía vivir con pocas horas de trabajo invertido. Lo que no pasaba en los cacicazgos andinos, que aunque con una agricultura de tierra fría, lograban producir altos excedentes con una población grande de indígenas que pudieron ser sometidos al tributo fácilmente.

Lo que hoy se sabe del papel de las mujeres de estas tribus es lo que ha estudiado la etnografía de los grupos supervivientes de la Colonia, vistos desde diferentes ángulos, especialmente en la Sierra Nevada (especialmente los Kogui y los Kankuamos por Reitchel Dolmatoff (1953:15-122), en Urabá en el Sinú (los Embera y los Katíos), y sobre

¹¹ “La producción y la distribución de gran variedad de productos agrícolas les permitieron a los Muisca y Tayronas gozar de cierto nivel de autosuficiencia y mantener una dieta variada, gracias a la amplia disponibilidad de cosechas todo el año, producto del control de aldeas y territorios en distintos pisos térmicos” (Kalmanovitz, 2010:34-35).

los Chimilas (Uribe, 1987:51-62). Es a través de esta visión actual que se puede inferir que sus ancestros seguían los mismos patrones, o por lo menos parecidos, como tribus matriarcales, matrifocales y matrilineales, como la mayoría de las tribus selváticas.

Sin embargo, La Doctora en Género colombiana Yusmidia Solano Suarez señala que en el período pre-hispánico con "...la presencia de los Arawak en las costas del Caribe colombiano, es de suponer que sus culturas matrilineales y matrifocales influyeron en las poblaciones que posteriormente habitaron dichos territorios" (Solano, 2006:33). Y apoyada en la antropóloga alemana Verena Stolcke, muestra el sentido que tuvo el primer choque para los grupos indígenas, pues "...la invasión española parece haber convertido lo que muchas veces había sido una relación complementaria entre hombres y mujeres en un vínculo de sometimiento, que para las indígenas atrapadas entre la espada y la cruz. (citada por Solano, 2006:32)

EL CHOQUE DE LA CONQUISTA

Para los conquistadores en el Caribe colombiano, las tribus guerreras que encontraron a su llegada no fueron fáciles de doblegar¹², pues las más cercanas a las costas rápidamente se fueron desplazando a las zonas selváticas y solo unas pocas se plegaron ante la fuerza de la Conquista, especialmente en las cercanías de los primeros centros fundados como Santa Marta y Cartagena.

¹² "Fue común que a principios del siglo XVI se cometieran toda suerte de exageraciones y abusos con los tributos exigidos a los indígenas encomendados...extraían, en muchos casos, tributos que eran superiores al excedente producido por las comunidades indígenas, privándolas de parte esencial de la alimentación requerida para conservar su potencial demográfico. Fue este hecho junto con las epidemias y la violencia por parte de los españoles el que llevó a que la población inicial se redujera drásticamente en unos pocos años. La sobre-mortalidad indígena del siglo XVI fue mayor en los pueblos más atrasados, como los de la costa, que no estaban acostumbrados a pagar tributo antes de la Conquista" (Meisel Roca, 1988:76)

El historiador colombiano Germán Colmenares (1997) señalaba sobre la conquista de la Nueva Granada, que este no fue sólo un proyecto religioso y militar (“el de la cruz y la espada”), con un sentido heroico (“la gesta”) por el cual se recompensaban las acciones de llevar almas al cielo (“la idea de salvación”) catequizando los indígenas “encomendados” que eran pagados con el usufructo, trabajo que los conquistadores estaban obligados a proteger: por lo cual, en el momento de la Conquista no se les permitió a los encomenderos apropiarse de las tierras de los indígenas. Era todo lo contrario: un proyecto en donde se sintetizaron de forma temprana, todas las formas de imposición del poder a una sociedad conquistada, inclusive contra las leyes vigentes de la Corona.

Por ello, uno de los primeros efectos del choque de la Conquista fue el del monopolio de las tierras de las mercedes a partir de la pérdida paulatina desde los primeros momentos de la conquista de la soberanía de la Corona sobre las tierras realengas¹³. A su vez, el efecto de este proceso de concentración de la tierra fue la consecuente consolidación de la categoría social de los “señores de la tierra”, que atraviesa toda la historia de la nación, basada en el poder se utilizar legal e ilegalmente, tanto la fuerza privada como la pública. Poder que se derivó de la capacidad de los “señores de la tierra” de comprar los puestos públicos dado su carácter venal, pues eran sometidos a remate y adquiridos por el mejor postor¹⁴.

Y aunque Colmenares no define las condiciones en las que estas formas de dominación se aplicaron específicamente, si proporciona una idea clara de cómo se construyó el proceso político que les dio origen y las fuerzas que las han sostenido a través del tiempo. Proceso que, ante la falta de una historia política, sólo son tratados en líneas generales

¹³ Que se puede observar hoy día como la pérdida de la soberanía del Estado sobre las tierras baldía, al no querer aplicar la Ley 146 de 1994 que creaba las Zonas de Reserva Campesina (ZRC)

¹⁴ La mayor parte de puestos públicos (cobradores de impuestos, autoridades locales, funcionarios, algunas parroquias), eran rematados públicamente para obtener rentas para la corona La prueba de que estas condiciones subsisten actualmente, es que son materia de discusión en los acuerdos de Paz de la Mesa de Diálogos de La Habana con las FARC.

por la historia económica y social que se ha desarrollado ampliamente, y que solo en el siglo pasado se han comenzado a tratar en la historia política, como lo manifiesta Múnera¹⁵.

Pero el efecto práctico de estas formas de dominación, es que no sólo han servido para obtener beneficios personales desde la Conquista misma, sino que han persistido en la Colonia y en la legislación Republicana, como fuente principal del poder político, que permitió la consolidación del latifundio en la segunda mitad del siglo XIX hasta la actualidad a principios del siglo XXI, como se verá a continuación.

Las mujeres indígenas

En estas condiciones, las mujeres indígenas debieron sufrir el choque más fuerte¹⁶, pues se les exigía más trabajo extra para el mantenimiento de las familias, que recayó seguramente en ellas, ya que los hombres sometidos al tributo debían trabajar más, fuera de sus parcelas, para pagarles a los encomenderos, a lo cual, las tribus indígenas del Caribe no estaban acostumbradas. Además, las mujeres fueron sometidas al servicio doméstico de los españoles, aunque las leyes de la época también lo prohibían, pero que de todos modos se imponía. Bajo esta situación, también en la primera fase de la Conquista y ante la falta de mujeres traídas de España, era común la toma de mujeres indígenas para formar familias, ante la escasez de mujeres blancas¹⁷. Así, muchas

¹⁵ “Pero, cosa curiosa, nuestros mejores historiadores, educados en el rigor científico del maestro Jaime Jaramillo, habían evitado durante los años setenta y ochenta, e incluso buena parte de los noventa, los terrenos movedizos de la historia política, y habían buscado las claves para interpretar nuestro tormentoso pasado en las líneas de la historia económica y social” (Múnera, 2005:14)

¹⁶ “La historia de las mujeres indígenas coloniales corre paralela con la del desarraigo del mundo indígena y su adaptación a la sociedad española” (Rodríguez, 1995:79).

¹⁷ “La conquista estuvo formada por huestes de solo hombres, por su mismo carácter guerrero. Solo el 5.6% de los inmigrantes para los cuales se encontraron datos entre 1493 y 1519, eran mujeres y debían ser en más de la mitad de origen andaluz (Cuadro IV-C, p. 119). Y aunque aumentó al 26% entre 1580-1600, siguió siendo selectiva, lo que “...tenía que conducir a la generalización de las relaciones sexuales entre españoles e indias y posteriormente entre españoles y negras” (Boyd-Bownan, citado por Meisel Roca, 1998:118).

mujeres indígenas debieron ser obligadas, otras forzadas y algunas prefirieron voluntariamente convivir con los españoles pobres y sin alcurnia, empezando tempranamente un proceso de mestizaje en el que se favorecían los hijos, pues en una sociedad fuertemente marcada por las castas, los hijos de mujeres indígenas y blancos (mestizos) no estaban obligados a tributar como los padres. De que estas uniones, si bien eran mal vistas, por lo regular fueron ignoradas por parte del clero, que se oponía fuertemente a las relaciones fuera del matrimonio para garantizar la pureza de una sociedad de castas, en la que la predominante era la blanca. Sin embargo el mestizaje, como tantas procesos en la historia, comenzó de hecho como estrategia de las castas más bajas para adquirir derechos que la sociedad conquistadora negaba a pueblos que sufrieron este primer gran choque de la civilización.

En esas difíciles condiciones, las mujeres indígenas debieron ser la base de la sociedad Colonial en los pequeños asentamientos nucleados rurales, por ser la matrifocalidad¹⁸ el principal criterio de la conformación y localización de la familia indígena, ya que desde estos momentos las casas pertenecían a las mujeres. Ellas eran las que estaban fijadas en una casa de la cual eran responsables y que además, era su propiedad transmitida de madres a hijas y mantenida por ellas mismas y su trabajo en la tierra, las artesanías, la elaboración de alimentos algunos para vender en los mercados en donde ocuparon y ocupan actualmente un lugar importante, pues en la “casa”, las mujeres eran el centro de la vida en el sistema de poblamiento nucleado, en donde se producía, se comía, se dormía y se reproducía la sociedad. Las mujeres no podían abandonar los hijos ni sus familias, lo que las obligaba a vivir en núcleos en donde la ayuda colectiva era importante y en donde pudieran tener la huerta casera (el “pancoger”), dentro de las encomiendas cerca de las viviendas para obtener el mínimo de subsistencia. Y aunque el hombre no era libre, si podía tener una mayor movilidad para buscar como escapar a la tributación y al vasallaje, cultivando en el “monte”, especialmente en el Caribe en donde había amplia disponibilidad de tierra. Para las tribus alejadas de los centros urbanos, sin control

¹⁸El concepto de matrifocalidad se refiere a la dinámica social de la familia, relacionada con el funcionamiento de su organización gerencial que es llevada a cabo por las decisiones y actuaciones de la madre. Hurtado, S. (2003).

político Colonial, la vida debía continuar usando las técnicas tradicionales, evitando ser dominados por los grupos de encomenderos que buscaban mano de obra. Por lo tanto las condiciones debieron ser más difíciles para las mujeres en estas tribus, algunas huyendo de los encomenderos que permanentemente buscaban capturar a los indígenas, que estando encomendados no tributaban. Pero escapar tal vez fue la única alternativa que encontraron estas tribus para subsistir¹⁹.

Las mujeres afro esclavizadas

Cuando la población indígena disminuyó luego de la catástrofe demográfica ocurrida después de la Conquista, en la que se redujo a una décima parte la población existente en el Caribe colombiano²⁰, los encomenderos, hacendados y especialmente los que explotaban “los placeres” (las minas), y ante las leyes de protección a los indígenas apoyadas por el dominico español Bartolomé de las Casas, les fue concedido traer esclavizados de África para reemplazar la mano de obra indígena mediante los asientos. Por este medio, el Rey extendía la licencia de traer esclavos a las colonias españolas a otros países que ejercían la trata entre África y América, de acuerdo a las necesidades de los hacendados y al capital disponible para su compra.

Como afirma Meisel, analizando la situación en Cartagena en donde prácticamente la desaparición de la mano de obra indígena encomendada durante el siglo XVI llevó a una nueva situación: “...la aparición de estancias españolas trabajadas con mano de obra esclava importada del África... Ya para 1686 había unos 5.700 esclavos en la provincia, o sea un número mayor que la población indígena”. Y aunque la encomienda no perdió toda su importancia pues en 1675 ... había 1.112 indios tributarios...” (Meisel Roca,

¹⁹ Utilizando esta estrategia, muchas de ellas hasta el presente, ya que no conocían el tributo ni debían obediencia a cacicazgos fuertes.

²⁰ Principalmente por las enfermedades traídas por los propios españoles a las cuales eran autoinmunes dada su convivencia con animales domésticos (perros, gatos, vacas, caballos, cerdos, etc.) (Kalmanovitz, 2010:40),

1988:79) osea, unos 4.000 indígenas en total en la Provincia, para 1650 ya habían desaparecido prácticamente todos los resguardos de la región.

Ante semejante crisis en la disponibilidad de la mano de obra, la esclavización fue la solución para las haciendas de la época, que los obligó a traer un mayor número de hombres esclavizados que de mujeres, pues de cada tres que se traían a la Nueva Granada solo uno era mujer²¹. Según La historiadora Beatriz Helena Castaño Zapata, las mujeres afrodescendientes eran traídas en menor cantidad por la alta mortalidad que ocurría durante la travesía trasatlántica dado las condiciones malsanas, abusos físicos y enfermedades, especialmente las contagiosas. Además no producían en el trabajo tanto como el hombre sometido a extenuantes jornadas, eran poco productivas como inversión de capital. Esta manera era la única forma de obtener un alto rendimiento del capital invertido, ya que su compra significaba una alta inversión debido a su carácter reproductivo de nuevos esclavizados y esclavizadas, función biológica que presentaba problemas de alta mortalidad antes y después del parto; poca fecundidad debido a los excesivos trabajos a las que eran sometidas, además de la dificultad de tener una vida sexual y familiar; además de estar expuestas a enfermedades contagiosas, y especialmente a la violencia y abusos sexuales. Hay que agregar que no querían tener descendencia por lo que las prácticas abortivas eran frecuentes, y las que lograban sobrevivir no podían ser atendidos en forma adecuada. Se encuentran además referencias de infanticidios, para evitarles el padecimiento de la esclavización a los hijos. (Castaño,1985)

A pesar de todas estas condiciones adversas, se empieza a producir lo que Solano (2006) llama la “hibridación”²², proceso en el que la composición demográfica cambió al crecer la población negra más rápido que la indígena, en donde el cambio más importante fue el de la aparición del mulato (hijo de negra y blanco) y del zambo (hijo de indígena y de negra), que no podía ser esclavizados en la sociedad de castas.

²¹ “La relación era tres hombres por una mujer...” (Rodríguez, 1995:85).

²² “Los aportes de las culturas indígenas se hibridan con los africanos y los hispanos...” (Solano, 2006:33).

La ciudad fue un factor importante en este proceso pues tenían mayor demanda de mujeres como domésticas, especialmente, como en el caso de Cartagena, en donde "... cerca del 40% que allí se vendían eran mujeres. La prosperidad de la economía... [se notaba]... en ciudades como Cali, Popayán y Cartagena en casas que llegaban a tener una corte de sirvientes hasta de 37 esclavos" (Rodríguez, 1995:86).

Este alto crecimiento de la población negra y el acelerado proceso de lo que Solano ha llamado "hibridación" entre mujeres negras con mestizos y blancos, y hombres negros con mujeres indígenas, está asociado al surgimiento de una categoría de mujeres mestizas libres que se asumieron como castizas o blancas, ante la falta de mujeres españolas²³. Esta "hibridación" se facilitó porque buena parte de las mujeres mestizas se ubicaron en las ciudades especialmente en el servicio doméstico y el pequeño comercio al detal, que junto con las mujeres esclavizadas debieron adaptarse a las nuevas condiciones de existencia buscando en primer lugar, la libertad de sus hijos y luego la de ellas mismas (Rodríguez, 1995:80).

Pero tal vez el factor demográfico más importante que amplió el mestizaje en el campo, no fue el de las uniones entre blancos e indígenas sino el de esclavizados con indígenas y mujeres mestizas, pues la crisis demográfica de la población indígena había dado prioridad a la importación de hombres esclavizados para el trabajo de las haciendas más productivas. Por esta razón, la población masculina esclava tal vez fue uno de los factores de mayor crecimiento del mestizaje, pues como anota Meisel Roca, "Ya habíamos visto que la razón de sexos entre los esclavos de las haciendas de la provincia de Cartagena era de 5 a 1 en el siglo XVII, debido a la "migración" selectiva. La escasez de negras en las zonas rurales generó el cruce entre negros e indias, con las consiguientes tensiones raciales que ello acarreaba..." (Meisel Roca, 1988:119).

²³ En el Censo de Cartagena de 1778, aparecen 6.566 mujeres blancas, 4386 indias, 38.450 mujeres libres y 4.967 esclavas negras (Rodríguez, 1995:80). El hecho de que hubiera más mujeres blancas que indígenas o esclavizadas podría estar mostrando el ascenso social de muchas mestizas, como se puede deducir que para fines de la Colonia, más del doble ya eran libres.

Estas tensiones evidentemente iban desde la seducción de las mujeres indígenas por la población de hombres negros libertos o cimarrones, hasta situaciones de raptos para ser llevadas a los palenques, como frecuentemente denunciaban los indígenas. Pero también por los mestizos y españoles pobres, que refugiados durante la mayoría de la Colonia en las rochelas²⁴, fueron creciendo de manera amplia no sólo para poder cultivar la tierra que los terratenientes monopolizaban, sino para garantizar las uniones en las que nacieron la mayoría de “libres de todos los colores”, que como categoría demográfica Colonial, alcanzó a ser la más importante del Reino para finales de la Colonia, como lo muestran los censos de 1778 y siguientes²⁵.

Este poder de los terratenientes logró controlar la presión de los “libres” hasta el punto en que la mayoría no tuvo sino dos alternativas: o vivir de los oficios precarios en las escasas ciudades, villas y pueblos (especialmente las mujeres que fueron las que más migraron), para hacer comercio o servicios domésticos; u ocupar tierras vírgenes fundando las rochelas, que después de los palenques, fueron los principales lugares en donde podían vivir en relativa libertad.

En este proceso la participación de las mujeres fue definitiva, pues la colonización de tierras baldías o incultas se realiza con la familia completa por el método de tala y quema, con la esperanza de que en esa tierra se pueda asentar todo el núcleo familiar, como lo señala Meisel Roca para la provincia de Cartagena en los comienzos y mediados del

²⁴ pueblos de indios bravos, palenques entre otros que se utilizaron para nominar a los lugares de un orden alterno al establecido por las autoridades, pero se centrarán en ver las relaciones que se daban entre estos lugares y las poblaciones del orden de la autoridad. Chajín, Y. (2013)

²⁵ “La aparición del crecido número de mestizos en la costa (la provincia de Santa Marta también tenía un alto porcentaje de mestizos) no fue un fenómeno fortuito, sino más bien el desarrollo lógico de las contradicciones internas de los regímenes de producción que precedieron las haciendas feudales. Dos particularidades de la región prestaron nervio y pulso al elevado mestizaje que se produjo: 1) las características demográficas de la Conquista y de la migración posterior española y 2) la estructura demográfica del régimen esclavista”. (Meisel Roca, 1988:118)

régimen colonial, “Con el mestizo ocurría un fenómeno importante y era que al no ser ni esclavo ni indio, no había ningún vínculo que lo sometiera al dominio de los terratenientes. A pesar de que el control de la tierra estuviera en manos de los terratenientes blancos, criollos y españoles, la abundancia relativa de tierras permitía que se adentraran en los montes liberándose así de todo tipo de gravamen por parte de los hacendados o del Estado”. (Meisel Roca, 1988:120)

Pero la vida para las mujeres que finalmente conseguían ser libres no fue fácil en plena Colonia, como lo señala Rodríguez: “Poco conocemos de la vida de las negras y mulatas libres... La libertad de movimiento de las mulatas en las ciudades y su aire desenvuelto y alburero, hicieron que el moralismo y la mojigatería de los vecinos terminaran por acusarlas de “presas de su sensualidad”, “carentes de recato”, “aberrantes” y “prostitutas”. Por supuesto eran bastante conocidas las historias clandestinas y públicas de amancebamientos y adulterios de hombres blancos o mestizos con las díscolas mulatas. Acusadas de seducir esposos o a hombres de niveles superiores, se les perseguía por practicar la magia amorosa... Los encantos de las mulatas fueron satanizados, tras cada mujer de piel oscura que descollara o llamara la atención se creía encontrar una hechicera. En su lucha por ascender y por legitimar una prole marcada por el ascendiente negro, las mujeres de las castas desarrollaron sutiles estrategias para casarse fuera de esos grupos. Sin embargo la sociedad colonial se mostró intransigente en la aprobación de las uniones interraciales”. (Rodríguez, 1995:91-92).

Pero todos estos cambios en los que los libres llegaron a ser el más grande de los grupos demográficos de la Colonia en la costa Caribe, como lo muestra el caso de la provincia de Cartagena²⁶, solo fueron posibles porque las mujeres con su trabajo lograron ser el factor libertario más importante durante este periodo histórico; a pesar de que muchas

²⁶ Para el mismo Censo de 1778, del total 118.378 censados, el 63.8%, es decir 2 de cada 3, eran libres (Meisel Roca, 1988:118)

siguieron atadas a los amos después de ser liberadas pues “las cartas de libertad las obligaban a continuar prestando servicios a sus amos. Este hecho indica la dependencia que la sociedad neogranadina tenía del trabajo del esclavo... Esta libertad legal encubría una esclavitud real, o en el mejor de los casos, una servidumbre”. (Rodríguez, 1995: 91)

Tal vez el problema más sentido para las mujeres libres fue el de la dificultad de estabilizar las familias pues los hombres, debían cambiar de lugar con frecuencia especialmente en el campo dadas las difíciles condiciones de los trabajos. Muchas mujeres eran abandonadas y debían buscar nueva pareja lo que o era admitido frecuentemente por la iglesia dentro de la rigidez moral de la época, o peor aún enviudaban pues “... entre las mulatas y las mestizas la viudez significaba un duro revés. Cargadas de hijos, debían redoblar sus esfuerzos en trabajos mal remunerados e inciertos, y un nuevo matrimonio era imposible. La miseria llegaba temprano” (Rodríguez, 1995:91)

El trabajo de las mujeres afro

Según La Historiadora Colombiana Beatriz Elena Castaño Zapata (1985), el trabajo de las mujeres negras para el siglo XVIII en la Nueva Granada dependía de las necesidades del comprador: su destino podía ser trabajar en las plantaciones, zonas mineras, haciendas y centros o núcleos urbanos, especialmente para el servicio doméstico en donde realizaban oficios como cocineras, amas de cría, lavanderas, amas de compañía, entre muchas otras labores. Y aunque el esclavizado doméstico era una especie de lujo que otorgaba poder y prestigio a las familias que lo poseían, sus condiciones de vida dependían no solo del lugar al que fueran llevados, sino de la clase de comprador y del tipo de sociedad que lo explotaba.

En estas condiciones, el esclavo doméstico de los centros urbanos tuvo más posibilidades que los sometidos al fuerte trabajo de las haciendas y las minas. Las esclavizadas salían a la calle a vender frutas y dulces, y realizar oficios extra que le permitían pequeñas rentas o ingresos que compartían con su amo, pues debían pagarle un jornal, a veces prácticamente todo lo que alcanzaban a obtener en el día. Y aunque disponían de dinero extra, era compartido con sus familias, que a pesar de la esclavización a que fueron sometidas, se mantuvo unidad y siempre tuvo como cabeza a una mujer²⁷. Además, tenía a su cargo la crianza de los hijos e hijas, trabajo propio de mujeres, pues desde que nacían debían responder por ellos ante sus amos, pues era la “pieza” (madres, hijos, eventualmente padres), lo que adquiría valor. Y por supuesto, debían educarlos en las buenas maneras y en el conocimiento mínimo de las artes y oficios en que el amo los necesitaban, y podían permanecer juntos “sí tenía la fortuna de que su hijo no fuera vendido a otro amo”. (Castaño Zapata, 1985:60-61)

El esclavizado doméstico (especialmente las mujeres), era más propenso a la aculturación por su interacción directa y cotidiana con el amo y su familia. Igualmente estaba sometido al control y vigilancia por parte del amo, lo concerniente al comportamiento del esclavo y sus relaciones con otros afrodescendientes de su localidad, especialmente si pertenecía a un núcleo urbano. Pero especialmente en el campo, el trabajo era agobiante aunque fuera doméstico con más de 16 horas al día al servicio de los amos, y además podían ser castigados severamente, muchas veces sin razón alguna. El trato cotidiano dentro del mismo espacio permitió relaciones paternalistas o no, que se hacían indispensables para la continuidad del sistema de explotación. La historia da cuenta de muchos esclavizados a quienes sus amos les otorgaron la libertad “... por el cariño que le profesaban y también por la confianza y amistad entre ellos”. (Castaño Zapata, 1985:60)

²⁷ Lo que parece reiterativo en las investigaciones actuales, pues el fenómeno del madre solterismo o mujer cabeza de hogar, tiene raíces históricas y que no es nuevo en el país.

Proceso de esclavización en Valledupar

En el siglo XVIII, en lo que actualmente es el Departamento del Cesar y sur de la Guajira, no se presencié compra de esclavizados en grandes cantidades por carecer de actividades mineras en la época, pero si hubo compra venta en las ciudades de Valledupar y Valencia de Jesús. El esclavizado fue motor de desarrollo económico en contra de su voluntad y como mercancía. La condición social del esclavo como sujeto-objeto posibilitó la compra venta como cualquier bien. Al ser mercancía de gran valor podía ser vendida, hipotecada, castigada, cambiada, prestada, rematada, liberada y hasta embargada, como lo señala Sánchez (2006).

Y aunque el número de esclavizados que se vendieron entre 1800-1850²⁸ fue bajo, el final de la esclavización indica que debió ser mucho más alto en el período de auge en medio del siglo XVIII, pues los esclavos en Valledupar eran aproximadamente 600 para una población total de unos mil seiscientos habitantes. “Y al concluir el siglo XVIII en la gobernación de Santa Marta, había cuatro mil esclavos aún”, (Sánchez 2006:37citando a Romero,1997). En la jurisdicción de Valledupar los esclavos eran utilizados en tres actividades fundamentales: trapiches, hatos ganaderos y servicio doméstico. Otros, eran alquilados por sus amos como jornaleros y debían realizar actividades el corte de palma o madera, hacer corrales, cuidar el ganado y las bestias caballares, pastarlas, arriar y cuidar del ganado. La capacidad económica determinaba la cantidad de esclavos que poseía cada hacendado o notable de la élite local. En Valencia de Jesús se introdujeron esclavizados con la creación de nuevas haciendas ganaderas, y las mujeres se dedicaban a labores domésticas, cuidado de las señoras y niñez lactante; en tanto que los varones debían cuidar los ganados, las crías, elaboración de quesos, salar carne y servir de vaqueros”. (Sánchez, 2006:29)

²⁸ Sólo en Valledupar se registraron más de ochenta compraventa de esclavizados y en los testamentos dejaban un promedio de cinco esclavos.

Las relaciones entre esclavos y algunos de sus amos se podrían definir como complejas. En esta región la esclavitud se diferenciaba de los sistemas esclavistas de las Antillas y Cartagena. La flexibilidad de la esclavitud en la región generó relaciones paternalistas amos-esclavos, que terminaban en ocasiones con la libertad de estos últimos. Esta tendencia es evidente desde el siglo XVIII, pero se acentúa en el siglo XIX con la crisis del sistema esclavista. “En la primera mitad del siglo XIX (1800-1850) se dieron libertades gratuitas a más de 30 esclavos: lazos de consanguinidad, paternalismo, vejez, lazos afectivos, fueron los principales argumentos” (Sánchez, 2006:33).

La historiadora colombiana Beatriz Elena Castaño Zapata (1985) enfoca el análisis de las actividades laborales que hacían las mujeres afrodescendientes en la época Colonial para el siglo XVIII, de acuerdo a las necesidades del comprador: trabajaban en las plantaciones, zonas mineras, haciendas y centros o núcleos urbanos que podía ser el lugar de su destino; y desde allí el trabajo a realizar, la forma y modo de vida variaba en dependencia no sólo del medio ambiente sino también de la clase de comprador y sociedad que la circundaba. Sin duda alguna, la mayor cantidad de mujeres afrodescendientes eran destinadas al servicio doméstico donde realizaban oficios como cocineras, amas de cría, lavanderas, amas de compañía, entre muchas. El esclavo doméstico era un objeto de lujo que otorgaba poder y prestigio a las familias que lo poseían. Además representaba buena inversión a los compradores en tanto los podían utilizar para otras actividades que les representaban ganancias.

La esclava afrodescendiente tenía a su cargo la crianza de los hijos e hijas, trabajo propio de mujeres; desde que nacían eran sometidos al proceso de avalúo junto al precio de su madre quien obligatoriamente tenía que mantenerlos y educarlos “sí tenía la fortuna de

que su hijo no fuera vendido a otro amo” (Castaño, 1985:60-61). En ese sentido la relación madre-hijo/hija siguió siendo muy fuerte y sí bien la ideología patriarcal, al decir del feminismo clásico eurocéntrico mitificó la función materna, en el contexto de América y el Gran Caribe, tal situación fue producto de condiciones históricas, sociales y culturales muy concretas.

Las mujeres en las refundaciones del siglo XVIII

En general, en la historiografía regional se incluyen “cuatro campañas de reasentamiento forzado” de libres (Helg, 2011:77), pero en realidad fueron muchas más, si se suman las que se emprendieron contra los indígenas belicosos, algunas veces asociados con rochelas y palenques, como la campaña fracasada del padre Joseph Palacio de la Vega en Urabá y el intento del coronel Encio en la Guajira en 1771 Rene De la Pedraja, (1988:7). Además de las que cada terrateniente organizaba especialmente contra los pueblos indígenas no sometidos con el objetivo de conseguir mano de obra.

La primera campaña surge desde 1744 hasta 1765, dirigida por José Fernando de Mier y Guerra. Se inició por la margen oriental del río Magdalena y sus principales afluentes, evitando que las tribus Chimilas impidieran la navegación por el río. Esto buscaba principalmente el reasentamiento de la mano de obra que el mismo de Mier y Guerra necesitaba para sus haciendas y para extender sus propiedades sobre las tierras de cultivos de los colonos reasentados²⁹.

La segunda campaña estuvo a cargo del juez comisionado Francisco Pérez de Vargas y logró refundar y reasentar el partido de Tierradentro (hoy la parte montañosa del departamento del Atlántico), en donde refundó y reasentó numerosos indígenas y obligó

²⁹ “Sus tropas obligaron a los arrochelados a abandonar sus chozas y tierras y a vivir en los nuevos poblados. Animados por generosas concesiones de tierras, muchos blancos de Mompo y Santa Marta se establecieron en la hoya del río Magdalena. Las parcelas más extensas fueron para el propio Mier y para otros nobles, que aumentaron ostensiblemente sus propiedades en la región (Helg, 2011:72-73, Citando al propio De Mier y a Fals Borda)

a los libres de color, que vivían en resguardos evadiendo impuestos, a ubicarse en los pueblos y aldeas de donde se han originado los municipios y corregimientos actuales³⁰.

La tercera campaña que fue la más grande y estuvo a cargo de Antonio de la Torre y Miranda, sobre las márgenes de los ríos Sinú y San Jorge, en las sabanas de Tolú, en donde existían numerosos arrochelados mezclados con indios, a quienes según el propio de la Torre y Miranda "...transformó en ciudadanos aplicados y cristianos" (Meisel Roca, 1988:124-125)³¹. Pero como lo anota Piar Moreno de Angel, a diferencia de de Mier, no acumuló tierras ni obligó a los libres a trabajar en las haciendas, sólo recibió su salario y gastó más de lo debido en el movimiento de las tropas, por lo cual solicitó al Rey ser redimido de sus deudas.

La cuarta y última campaña fue la liderada por el religioso franciscano y veterano del ejército fray Joseph Palacios de la Vega para destruirlas rochelas y los palenques de los ríos San Jorge y Cauca, en donde no sólo había minas ilegales de oro sino que era un puerto de entrada seguro para el contrabando³² por la falta total de vigilancia, como lo muestra su propio diario editado por Reichel-Dolmatoff (1955).

Este proceso de asentamiento por la fuerza generó un cambio importante que según Múnera, "Desde mediados del siglo XVIII tendrá lugar uno de los desarrollos más significativos de esta centuria como consecuencia de las nuevas políticas fiscales y de centralización de los Borbones en España y de la propia dinámica de crecimiento interno

³⁰ Pérez permitió que ciertos pueblos de indios y poblados de habitantes libres, permanecieran como unidades viables, en tanto que destruyó otros y fundó algunos nuevos ((Helg, 2011:73)

³¹ Antonio de la Torre y Miranda realizó una vasta campaña de lo que hoy son los departamentos de Bolívar, Córdoba y Sucre para concentrar la numerosa población dispersa reuniéndola en 43 sitios... Entre estas poblaciones fundadas o refundadas ... en 1774, se reunieron 7.853 familias con un total de 40.717 personas. Esta cifra revela la magnitud el arrochelamiento ya que en 1777 la población total de la provincia era de 118.378 habitantes" (Meisel Roca, 1988:124-125)

³² "Blandiendo la espada con mayor frecuencia que la cruz... se distinguió según él mismo por haber logrado el reasentamiento forzado de cerca de dos mil personas antes de ser llamado a Bogotá" (Helg, 2011:76)

de la región Caribe colombiana: la fundación y refundación de pueblos y el desplazamiento de las zonas de frontera a muchas leguas hacia el interior, lo que muestra sin ningún temor, como el más revelador, por sus caracteres extremos, de las relaciones reales de nuestra sociedad caribeña” (Múnera,1994:116-117). Este desarrollo fue la extensión de la frontera agraria hacia límites que nadie se había imaginado para la época, en la que la gente debió huir y colonizar tierras muy lejanas, organizando el patrón de poblamiento actual de los asentamientos nucleados rurales y de las nuevas villas y poblados que conforman la malla administrativa actual.

Sin embargo, la historiadora suiza Aline Helg tiene otra visión, pues además de haber ampliado la frontera geográfica amplió también los inmensos latifundios “... pertenecientes a unos cuantos hacendados, debido a que las tierras sin títulos y los resguardos que quedaron desocupados en el proceso se convirtieron en propiedad real puestas disposición del mejor postor o del súbdito con mayores merecimientos. Al mismo tiempo, miles de pequeños cultivadores arrochelados, palenqueros e indios, perdieron las tierras que labraban. Aunque los hombres cabeza de familia recibieron un lote de tierra, muchas personas fueron obligadas a depender de las haciendas o a marcharse a otros lugares” (Helg, 2011:77). No es extraño entonces que en este cambio de forma de producción se haya producido dos de los momentos que marcarían la historia regional: la sujeción de la mano de obra a la hacienda y la continua ampliación de la frontera geográfica por la colonización roquera.

Probablemente en ningún otro país de América Hispana se llevó a cabo un proceso de mestización integral como en la Nueva Granada. En la segunda mitad del siglo XVIII, los funcionarios coloniales comprobaban cómo en los antiguos pueblos de indios del Nuevo Reino, el 80 o el 90% de la población era mestiza. Los pocos indígenas que quedaban arrendaban las tierras de los resguardos a esta masa creciente de población mestiza”. (Colmenares, 1997:31-32)

El nuevo patrón de poblamiento generado por las acciones violentas con que se refundaron las poblaciones de los arrochelados y de algunos palenques (aunque permitió reunir una amplia masa de libres que vivían huyéndole a la Corona y a la Iglesia para evitar los pagos de tributos y de diezmos, además de ampliar los latifundios apropiándose de las tierras de los despojados), en realidad tuvo el efecto contrario: el de ampliar la capacidad de los colonos para hacerse a tierras más lejanas ampliando la frontera agraria de la región Caribe, reducida a las cercanías de los principales ciudades, villas y pueblos. Lo que generó el actual patrón de asentamientos nucleados rurales, que Meisel Roca llama “disperso” porque ocupó buena parte del *hinterland* de los que hoy se llama la costa Caribe³³, con poblaciones alejadas unas de otras, pero en las que vivían agrupados (nucleados) todos los habitantes que salían a trabajar a sus parcelas y sus cultivos, como hoy día se puede observar en el campo de la costa Caribe.

Sin embargo, el efecto más importante y que tuvo mayores consecuencias políticas en el período Republicano, fue el de someter a los libres al régimen de vasallaje,³⁴ que no sólo obligó a una población enorme a someterse a las nuevas condiciones impuestas ante el fracaso evidente de la hacienda esclavista, sino que obligó a los libres a trabajar en condiciones serviles, aún peores que las que tenían cultivando precariamente en tierras de resguardos, para no morir de hambre.

Quienes sufrieron las peores consecuencias de estos cambios políticos fueron las mujeres, pues aunque buena parte vivían en las ciudades, villas y poblados³⁵. Sin

³³ “Esta situación generó un patrón de poblamiento completamente disperso. A comienzos de XVIII en las haciendas habitaban los negros esclavos y los mestizos vivían dispersos y sin control por parte de los terratenientes. Las pequeñas parcelas que estos últimos explotaban se denominaban rochelas y el fenómeno de mestizos parcelarios se conocía como arrochelamiento. Como la masa de mestizos arrochelados era considerable en el siglo XVIII, los terratenientes pusieron todo su empeño para servilizarlos y recibieron la colaboración del Estado, que adelantó importantes empresas de concentración de la población en caseríos organizados”. (Meisel Roca, 1988:120)

³⁴ Que más tarde evolucionó en el caciquismo y el clientelismo, tal como hoy se conoce (Díaz Uribe, 1986:19-31)

³⁵ “En los pueblos de la Nueva Granada caribeña... las mujeres afrodescendientes libres y esclavas se encargaban de la mayor parte de las ventas en los mercados y calles, proporcionaban alimentos, carbón de palo y entretenimiento; y proveían toda clase de servicios domésticos...” (Helg,2011:449-450)

embargo, según Aline Helg, fueron mujeres, "...en su mayoría no blancas, las que influyeron profundamente en las estrategias de improvisación y resistencia en la región, incluso las rochelas y los asentamientos nucleares que se hallaban dispersos por el *hinterland* dependían, tanto del trabajo de las mujeres y los niños como del realizado por los hombres... utilizando principalmente tres vías de resistencia: la contracultura, la migración y el desafío legal. En la primera vía, aunque los primeros reasentados fueron las mujeres y los niños para obligar a los hombres libres a trasladarse junto a sus familias durante las campañas del siglo XVIII contra los arrochelados, estos, "...una vez reubicados en pueblos legales no se convertían en obedientes seguidores de las normas impuestas por la iglesia católica...". (Helg, 2011:449-450).

Y aunque algunas mujeres con sus familias partían a colonizar tierras baldías o que estando apropiadas permanecían ociosas, muchas mujeres eran abandonadas por los hombres, que en vez de someterse al proceso de refundación seguían buscando tierras cada vez más lejos de las ciudades y los centros poblados para evitar el dominio de los hacendados, los funcionarios de la Corona y del clero.

En realidad la mayoría de mujeres libres decidían optar por la segunda vía: "... se trasladaban del campo a la ciudad con la esperanza de encontrar seguridad, autonomía y opciones económicas en el servicio doméstico y los mercados...". (Helg, 2011:449-450). Y la ausencia de hombres se notaba especialmente en las ciudades en donde había una gran cantidad de madres solteras, aspecto que se atribuía a las mujeres de las clases populares de ascendencia africana, ya que se asumía que eran más prolíficas. Pero en realidad se debía a que en las ciudades, eran mucho más numerosas que los hombres, pues gran parte de ellos habían huido al tributo y al vasallaje colonizando tierras y ampliando la frontera.

Finalmente, si ninguna de las anteriores estrategias funcionaba, optaban por la tercera vía que era la de recurrir a la ley, que según la letra debían protegerlas cuando las demás

alternativas estaban agotadas. Y aunque la justicia en muchos casos les fue favorable, buena parte de los casos también fallaron a favor de los amos, que tenían influencias en los juzgados. Pero a pesar de esta condición de desigualdad, la justicia tenía mejores efectos en los casos de automanumisión, pues las mujeres esclavas teniendo la posibilidad de recibir pagos en efectivo, podían ahorrar durante largos años de sometimiento y pagar su libertad, recurriendo a los jueces, especialmente para las mujeres que habitaban las ciudades.

De todos modos, la principal estrategia utilizada era la de evitar la confrontación directa, pues eran conscientes de su debilidad al situarse en las castas más bajas de una sociedad basada en la desigualdad. Además, establecían relaciones de patronazgo y parentesco con algunos amos y funcionarios de las élites blancas que les pudieran resultar útiles, en especial cuando tenían problemas con la Ley. (Helg, 2011:449-450)

Pero la principal ayuda de estas mujeres era la de las familias vecinas, que funcionaban como redes de solidaridad de la comunidad, contribuyendo a la cría y bienestar especialmente de los niños y los ancianos. Según Aline Helg, “Más excepcional en el contexto americano fue el bajo índice de abandono de recién nacidos y niños (expósitos) registrados en las partidas de bautismo de Cartagena, particularmente entre negros y mulatos... Como lo señalaron varios viajeros de la época una fuerte tradición de caridad y solidaridad entre las mujeres de las clases populares de la Nueva Granada caribeña, evitó la miseria extrema”. (Helg, 2011:449-450).

Otras investigadoras reportan, que a pesar de las difíciles condiciones de la esclavitud, la mujer esclava desarrolló una vida afectiva con su pareja, hijos, hijas, madre y otros familiares, eso sí, sujeta al parecer de sus amos. Los niños de poca edad, ya fuera de días, meses y hasta cinco años, eran alejados de sus madres para venderlos o entregarlos como parte de pago, o simplemente eran entregados a casas de amigos o familiares. Los cónyuges también podían ser vendidos. Otros eran comprados, se cree

que por el padre, quien pagaba el precio para liberarlos. Los esfuerzos por mantener el núcleo familiar se daba incluso encontrándose el grupo repartido en poder de diversos amos, pero geográficamente alejados. (Soto 1992:22).

LAS MUJERES EN LA HISTORIA REPUBLICANA

Las mujeres en general no ganaron mucho con el establecimiento de la República. La igualdad legal sin distinción de raza obtenida con la Independencia, exceptuados los esclavizados, tuvo poco efecto sobre ellas en la medida en que no incidió sobre las desigualdades de género. De igual manera sólo podían oponerse a las guerras en la medida en que colaboraban con las fugas de los hombres, para evitar ser alistados en los ejércitos, y la mayoría debía seguir manteniendo las huertas para producir la comida. Y en general ayudaron a proteger villas y pequeños pueblos de los destructores efectos de repetidas ocupaciones militares. Otras debieron acompañar a las tropas en sus desplazamientos para realizar oficios de intendencia, cocina y especialmente de enfermería.

Pero tal vez el principal efecto fue el fin de la persecución por parte de la Iglesia para vigilarlos, lo cual se dio por la falta de sacerdotes hacia la década de 1830. Así se dejó de imponer respeto a las normas católicas en las uniones sexuales de las clases populares, lo que por lo menos dio más libertad a la formación de hogares mixtos de los libres. De esta manera, adquirieron importancia las uniones libre en la región como alternativa de las clases bajas para fundar familias en la situación de matrifocalidad de las mujeres y de circulación de los hombres.

Sin embargo, en esta persistencia de la gran hacienda ganadera que se produce a mediados del siglo XIX, el segundo choque en el que prácticamente desaparecen los colonos y se alista el proceso de concentración de la tierra más grande ocurrido en el

país. No es extraño entonces, que en este cambio de forma de producción se hayan consolidados dos de los momentos que marcarían la historia regional de los asentamientos nucleados rurales del siglo XX: el reasentamiento o sujeción de la mano de obra a la hacienda y la continua ampliación de la frontera agraria por la colonización roquera, como condiciones en las que tuvo que desenvolverse la vida del campesinado costeño hasta comienzos del siglo XXI.

Así, al convertirse el libre en peón sin pago en dinero, sólo pagado en especies (comida, ropa, herramientas que compraba a crédito en la tienda de “raya”), con aparcerías, agregaturas y arrendamientos precarios, las haciendas siguieron intactas, sin cambios, ni tecnológicos ni productivos. Y aunque la hacienda Colonial no cambió y continuó durante toda la República, con algunas mejoras técnicas pero con las mismas relaciones de trabajo, la sociedad republicana debió crear nuevas clasificaciones para captar el enorme proceso de hibridación, que desde el mismo siglo XVI generó una masa de “libres de todos los colores” que, como se anotó, hacia finales del siglo XVIII ya constituían la mayoría de la población que no era sujeto de tributos ni estaba obligada a trabajar.

Esta libertad que trajo la Independencia no tenía sentido si no tenía un mínimo de independencia económica, por lo cual se continuó con mayor fuerza la colonización de las tierras baldías por parte de las masas liberadas por la Independencia, incluyendo esclavos fugados, que al no tener acceso a las tierras, no les quedaba otra posibilidad que ocupar las tierras que no se explotaban en medio de las selvas y lejos de la civilización. Y, como “Los vasallos americanos insurrectos contra el monarca no podían esgrimir la catequización y el derecho divino de los reyes como base del poder: La misión civilizadora se prosiguió entonces justificada en la soberanía popular, base constitutiva de la República y encarnación de la igualdad entre los desiguales. La vida jerárquica se mantuvo, pero en adelante no hubo españoles –chapetones- en la cúspide de la pirámide burocrática, sino que las altas dignidades eclesiásticas y militares pasaron a manos de un reducido grupo de criollos”. (Tirado Mejía, 1982:332)

Pero a pesar del rechazo a los libres y excluidos, de lo único que les podía garantizar la libertad en un país con más del 90% de su población en el campo, fue el grueso aporte de los combatientes para la guerra de Independencia, pues en las ciudades era más difícil reclutar por la falta de sujeción de los libres a un patrón, que había sucedido al amo. Muchos de los poblados quedaron solos, no tanto por los conscriptos llevados a la guerra, casi siempre obligados, sino porque los hombres se fugaban al monte por el miedo al reclutamiento. Y por la falta de comida, pues los ejércitos arrasaban con todo lo que tenían las haciendas de los ricos (especialmente el ganado que era la primera presa de todos los ejércitos) y las huertas de los pobres.

Además la causa de la libertad no era para los campesinos, sino otra más de las guerras a las que ya habían sido sometidos con los procesos de reasentamiento de De Mier y Guerra, Pérez de Vargas y más recientemente a finales del siglo XVIII, de Narvaez y la Torre, Palacio de la Vega, ya señaladas.

El historiador Colombiano Javier Ocampo Lopez afirma que para la época, las luchas por la Independencia eran impopulares, pero a pesar de ello el reclutamiento inicial fue “voluntario” y se realizaba aprovechando el sentimiento “patriótico”. Pero cuando se declara la “guerra a muerte” por parte de ambos bandos, el reclutamiento se vuelve forzoso” (Ocampo López, 1982). Y como el ejército de la época era una institución basada en el liderazgo de los próceres y hacía la guerra de manera intuitiva³⁶, su instrucción no era la mejor, mucho menos su equipamiento, por lo cual se presentaban situaciones de fugas y amotinamiento³⁷.

³⁶ Sus oficiales no habían sido formados en escuelas, (a excepción de Bolívar que fue a la escuela militar de Censier en París y obtuvo el grado de teniente de artillería de los ejércitos napoleónicos, en los comienzos del siglo XIX, después de no haber sido admitido en Cádiz por ser requinterón de negra. (Pérez de Barradas)

³⁷ “El 28 de Julio de 1819 Bolívar expidió un decreto en Duitama, mediante el cual se ordenó que todos los hombres entre los 15 y los 40 años de edad que no se presentaran a integrar el ejército patriota, serían fusilados” (Ocampo López, 1982:118)

Como lo señala la historiadora Adelaida Sourdis, además de las levadas masivas³⁸ de reclutas del campo para la milicia, se sumaban “las exacciones forzosas y las confiscaciones que fueron arbitrios comunes”, que acabaron prácticamente con las haciendas, el comercio y fortaleció el contrabando ante la falta de negocios legales y trabajo para los que quedaron desocupados, pero ante la crisis de las haciendas no tenían más alternativa pues tampoco tenían acceso a la tierra y muchos debieron “irse al monte”. (Sourdis, 1994:190-191)

En medio de tantas guerras como las de la Independencia y las guerras religiosas de los supremos, tampoco había trabajo y los campesinos no querían emplearse, por salarios que no les permitían ni siquiera la subsistencia. Y como lo que buscaban era tener sus propias tierras ante la abundancia de terrenos baldíos que empezaban a ser apropiados por los criollos, ahora como republicanos, el siglo XIX se caracterizó por la abundancia de conflictos de tierras, muchas veces disfrazados de guerras partidarias ante la evidente debilidad del Estado³⁹.

Era además, según Kalmanovitz, una población que vivía en más de un 85% disgregada en el campo, dividida entre la que se localizaba en las haciendas como arrendatarios y aparceros, y los que alcanzaban una relativa libertad personal al refugiarse en los montes

³⁸ “Otro factor desestabilizador lo constituyen las levadas masivas obligatorias para formar los ejércitos que diezmaron los campos. Las haciendas grandes y pequeñas quedaron con pocos brazos para el trabajo, La situación en la provincia de Santa Marta la describen los vecinos de Sitionuevo, Guáimaro, y Remolina, que informaron en 1812 cómo el gobierno provincial les exigía una cuota anual de 200 hombres para cumplir el servicio militar de un año después del cual muchos no regresaban –por muertos o desertores– o si lo hacían no se acomodaban nuevamente al trabajo del campo. Esta situación debió repetirse en otros pueblos de la provincia. El ejército que organizó Montilla para liberar a la costa en 1821, estaba constituido en su mayoría por agricultores del partido de Tierradentro” (Sourdis, 1994:190-191)

³⁹ “La agricultura o más precisamente, la forma como se organiza la producción y se apropia la tierra, será una de las bases materiales de estos conflictos. A su vez el desarrollo agrícola se verá frecuentemente perturbado por esta cuasi permanente inestabilidad política que atraviesa las regiones que bajo el mando de unos cuantos terratenientes improvisarán fácilmente ejércitos de la población que controlan y arrastrarán a la guerra; es decir el monopolio de los medios de violencia no lo ganará el Estado sino hasta después que construya un verdadero ejército nacional después de la guerra de los Mil Días (Kalmanovitz, 1982:214)

como colonos, que el viajero francés Lemoyne describe así en 1828: "...otros que habitan en las aldeas o que su afición al aislamiento les hace vivir dispersos en sitios retirados están apegados a sus cabañas y se dedican al cultivo de pequeñas parcelas; son los principales proveedores de los mercados de frutas de las ciudades en legumbres, frutas y aves". (Citado por Kalmanovitz, 1982:214-215)

Pero ya desde los comienzos republicanos los campesinos parcelarios, los libres de todos los colores independientes, eran vistos por las castas dominantes como forajidos, hombres no sometidos a la ley y al clero. Los indígenas eran vistos como perezosos y vagos por los terratenientes, pero el problema para estos, era básicamente que no les tributaran su trabajo excedente. Por lo cual se dictaban medidas contra la colonización en tierras baldías⁴⁰, lo que en sí muestra las intenciones de los grandes propietarios de desposeer a los campesinos de medios de producción propios, para que se volvieran arrendatarios sujetos a tierras ajenas.

Y si a los "nativos" no se les titulaba ningún pedazo apreciable de tierra y hasta se les amenazaba de desalojo, en cambio a los inmigrantes europeos que quisieran arriesgarse a asentarse en el país mestizo se les ofrecían lotes de 300 y 600 fanegadas de extensión, mientras que las clases dominantes apropiaban miles de hectáreas⁴¹.

⁴⁰ "Ya en el Congreso de Cúcuta se había discutido la inconveniencia de vender la tierra barata y en pequeños lotes, y Santander en particular había apoyado el punto de vista de los grandes propietarios...Por lo tanto, "los patriotas se negaron a abolir el tributo [indígena] por lo menos hasta que una nueva legislación obligara a los indios a contribuir de alguna otra forma" [a pesar e que el tributo indígena] solo llegaba al 1.5% de los ingresos corrientes del fisco neogranadino..." (Kalmanovitz, 1982:223).

⁴¹ Bolívar con sus temores sobre "el triunfo de África" en América Latina, hizo que en 1823 se produjera autorización para la distribución de 3.000.000 de fanegadas de propiedad del Estado, con el propósito expreso de promover la inmigración", que con todo, a pesar de otros intentos a lo largo del siglo, dio muy pocos resultados prácticos, por las condiciones generales de inseguridad, la barbarie política de las clases dominantes, la insalubridad y la escasez de vías que siguieron prevaleciendo en el desenvolvimiento de la República (Kalmanovitz, 1982:225).

Si bien estas eran las condiciones generales impuestas durante el inicio de la República para la mayor parte del país, en la costa Caribe eran distintas pues lo que se había impuesto ante el fracaso de la hacienda esclavista era la hacienda colonial costeña, en la gran mayoría de los casos la hacienda ganadera con grandes extensiones de tierras, algunas veces en propiedad pero en la mayor parte de los casos en sabanas comunales bajas, con pastos naturales sometidos a períodos de fuertes inundaciones, en donde era necesario trasladar al ganado a las partes altas. En otras se cultivaba caña de azúcar para las melazas y los aguardientes de exportación de contrabando, dejando la producción de alimentos para las ciudades en manos de los campesinos y colonos que abastecían los mercados urbanos⁴².

El segundo gran choque

Como se anotó, la forma de producción de la hacienda esclavista a la hacienda ganadera costeña cambió hacia una utilización de la fuerza de trabajo en condiciones de vasallaje, en la que los señores de la tierra protegían a sus peones y de alguna manera, muy precaria, podían subsistir sin ninguna posibilidad de obtener tierras propias y convertirse en pequeños o medianos campesinos en tierras baldías de la nación. Así se inicia hacia la mitad del siglo XIX, el segundo gran choque producido por los criollos en el poder que "...lleva a una consolidación históricamente regresiva de un sistema de haciendas que logra en gran medida monopolizar la tierra y someter un importante sector de la población a relaciones serviles de producción" (Kalmanovitz, 1982:211).

⁴² "Las distintas regiones de la Costa Atlántica tienen una evolución peculiar en sus relaciones sociales: allí es más vasta la apropiación de la tierra por unos cuantos individuos, más escaso el campesinado y más crudo su despojo que en el resto de la República. Por la misma naturaleza de la producción que allí se desarrolla, la ganadería, que requiere de pocos brazos y con amplias regiones relativamente despobladas, las relaciones de explotación son informales, en cierta medida esporádicas, aunque no faltan las expresiones de rentas en trabajo y terrajes pagados en especie que se dan en varias zonas y reflejan relaciones más estables entre propietarios y campesinos. (Kalmanovitz, 1982:271).

A pesar de que luego de las guerras de los supremos y a mediados del siglo XIX se desmontan los ejércitos de base de la Independencia, aparecen nuevas condiciones que aceleraron el proceso federalista, ya que el ejército centralizado en Bogotá había sido notablemente reducido. Así que ante la posibilidad de armar ejércitos por mano propia, muchos de los grandes hacendados, ya como “señores de la tierra”, empezaron a armar ejércitos propios, pues el triunfo de los federalista en 1861 permitía disponer libremente de armas sin ninguna restricción. Con lo cual estaban sentadas las bases para las guerras religiosas, en donde se buscaba volver a la administración Colonial, basada en el poder del clero y de las castas, aunque la esclavitud hubiera sido abolida desde la mitad del siglo⁴³, por una parte importante del sector conservador de cierta forma más apegado a la centralización del país (aunque hubo conservadores importantes que apoyaron el federalismo).

De esta forma, las guerras durante el período federalista se volvieron recurrentes y acabaron nuevamente con la producción, pero permitieron para ambos partidos federalistas o centralistas, liberales y conservadores, a cada triunfo de las facciones y con el apoyo de las nuevas constituciones, legalizar la tierra que había sido apropiada mediante títulos dudosos, extendiendo de esa manera los latifundios. Este segundo choque permitió no sólo concentrar las tierras de manera tal que la fuerza de trabajo de los campesinos sin tierras fuera agregada a la hacienda por la aparcería, el arrendamiento, el agregado o cualquier otra forma de trabajo precario, pues el trabajo en el campo no estaba regido, hasta ese momento por normas de derecho; sino por la voluntad de los empleadores, aprovechando la mano de obra sometida en lo que desde la época se veía como un pacto entre patrones y peones de carácter cultural, que hacía de la sociedad costeña una sociedad sin conflictos, en la que el patrón era a su vez el protector.

⁴³ “Los restos del poderoso ejército libertador habían sido desmontados a mediados del siglo. El ejército central había sido reducido y esto permitió el federalismo... Al amparo de las disposiciones sobre libre comercio de armas los ciudadanos pudientes crearon sus propias, y en el período federal los ejércitos regionales cumplieron las funciones necesarias para el orden interno mientras se daban la apropiación regional de los bienes nacionales. (Tirado Mejía, 1982:380)

Así, a pesar de que el federalismo permitió una inmensa apertura a las aspiraciones de autonomía de los Estados, a la libertad de cultos y a la educación secolar, de ninguna manera permitió la distribución de la tierra, pues era tal vez en lo único que estaban de acuerdo las facciones enfrentadas, más por razones religiosas que ideológicas o económicas⁴⁴. Hasta cuando, según Tirado Mejía, “el esquema federalista dejó de cumplir su misión y en beneficio de los sectores dominantes hubo la necesidad de concebir un proyecto nacional, se hizo imperativa la creación de una fuerza militar organizada que garantizara los proyectos centralizadores” (Tirado Mejía, 1982:380).

Así, el proyecto nacional fue expresado en la Constitución de 1886, y la fuerza que centralizaba el poder y que la hacía efectiva, fue la de la organización de un ejército dirigido desde Bogotá⁴⁵. Por la fuerza de las armas con la victoria de los centralistas en la guerra de 1885, quedaba eliminada de un sólo plumazo la Constitución federalista de 1861, junto con sus posteriores reformas sobre la educación secolar, la libertad de cultos y la apertura democrática que evitara hacer la política mediante la fuerza de las armas.

En síntesis el cúmulo de miseria dejado por las guerras desde mediados del siglo XIX, empeoró las condiciones de vida de la población en el campo, llegando hasta situaciones en que las levadas para organizar los ejércitos partidistas de los señores de la tierra llegaron a despoblarlo, pues buena parte de los trabajadores huyeron a las montañas y selvas, mientras que los demás fueron alistados en los ejércitos regionales. Pero quienes

⁴⁴ “El reparto burocrático, el de la tierra, las minas y los bienes según las peculiaridades regionales, con oligarquías que disponían de sus propios ejércitos ante un estado central que no tenía poder político ni militar, produjo como efecto la descentralización de las guerras que quedaron reducidas al ámbito regional. Cerca de 40 rebeliones y levantamientos se presentaron durante la vigencia de la Constitución de Rionegro y una guerra de tipo nacional, la de 1876-1877 [que] Como pretexto se esgrimió el “problema religioso” debido a la enseñanza laica que algunos liberales querían implantar”(Tirado Mejía, 1982:372)

⁴⁵“Mientras los ejércitos regionales fueran poderosos no se podría establecer un poder central. En consecuencia, el proyecto económico, político e ideológico se asentó sobre una fuerza central” (Tirado Mejía, 1982:380).

terminaron sufriendo las consecuencias de estas guerras fueron nuevamente las mujeres, quienes a lo largo de prácticamente todo el siglo no dejaron de sufrir la ausencia de sus maridos para contribuir a la estabilidad de los hogares, siendo ellas las responsables, tanto de la economía del hogar como de la crianza y educación de los hijos en las condiciones de pobreza general del campo entrando al siglo XX.

Prácticamente en todo el siglo XIX, fueron las mujeres las que sufrieron la peor parte del conflicto, pues mientras los hombres partían a la guerra en las levadas masivas organizadas por los señores de la tierra con sus peones convertidos en soldados, ellas debían garantizar el sostenimiento del hogar, la crianza de los hijos y un mínimo de educación, lo que se hacía cada vez más difícil dadas las condiciones miserables de existencia de la mayoría de familias de los asentamientos nucleados rurales, especialmente de la costa Caribe en donde se libraron buena parte de las batallas de esta guerra.

Pero tal vez lo más duro debió ser que la mayoría de las mujeres en sus condiciones de pobreza debieron entrar al servicio de los hacendados, haciéndolas más dependientes de lo que decidieran los patrones sobre sus vidas y las de sus hijos, hasta conformar unas clientelas regionales,⁴⁶ que fueron las bases de una sociedad patriarcal en formación, que marchaba rápidamente hacia la dependencia de los hacendados para poder sobrevivir de una manera precaria.

El choque de la modernización

⁴⁶ “Categoría social que alcanza a ser útil hasta hoy día puesto que la mayoría, al menos en el Caribe colombiano, todavía no están sujetos a relaciones salariales dentro de un régimen legal sino como sujetos de una economía moral por la cual las relaciones clientelistas y paternalistas prevalecen sobre el régimen legal de los asalariados” (Figuerola, 2009:128-130).

En medio de la guerra y como consecuencia de la pérdida de Panamá, tal vez el departamento más importante de la República se inició en la costa Caribe colombiana bajo un proceso de modernización que ya había comenzado desde finales del siglo, pero que había sido detenido por la guerra con la explotación del banano en Santa Marta. Mientras que en el centro del país se desarrollaba el café como cultivo de exportación, para Kalmanovitz, es con el cultivo del banano en la costa Caribe que se inicia la modernización de relaciones capitalistas que empiezan a aparecer, como el trabajo asalariado bajo un régimen legal, el pago en dinero, los derechos de asociación y de formación de sindicatos.

Pero es para el final de la hegemonía conservadora hacia 1930, con el acceso al poder de Enrique Olaya Herrera que los liberales, buscando atraer para su partido a las masas de campesinos sin tierra, intentan realizar la primera Reforma Agraria en el gobierno de Alfonso López Pumarejo de 1936⁴⁷. El movimiento de Reforma Agraria liberal, que en realidad no buscaba proveer de tierras a los campesinos, pero si garantizar la propiedad a los señores de la tierra legalizando los baldíos en un período de 10 años, también se encontró con la reacción conservadora para guardar los privilegios de los que habían gozado largamente, desde 1886⁴⁸. Y es cuando se acentúa el segundo gran choque que

⁴⁷ “En 1919, por ejemplo empezó a aceptarse el derecho de asociación y huelga por parte de los trabajadores asalariados, lo que fue aprovechado por los arrendatarios del occidente de Cundinamarca para empezar a formar ligas campesinas... también los juzgados empezaron a dudar de los títulos superlatifundarios y a conceder alguna razón a los colonos de tierras sin explotar hasta el momento, y en particular a reconocer su derecho de propiedad sobre la mejoras que involucraran en la tierra que trabajaban, así no se les reconociera la propiedad sobre ellas. Se originaban luchas campesinas en varias regiones, luchas que se intensificarían durante los años 20 y 30. El mismo movimiento económico socavaba las viejas relaciones al demandar un creciente salariado y un mercado de tierras donde se delimitara con exactitud la propiedad territorial, ...los conflictos agrarios tomaron un cariz más generalizado [y] resquebrajarían cada vez más el sistema de haciendas que se transformaría paulatinamente, en forma muy lenta hacia el capitalismo, unas veces arrendando a una burguesía rural... otra transformándose los propietarios en capitalistas, recurriendo sobre todo a la ganadería... en otras ocasiones los terratenientes de viejo cuño se arruinarían porque no serían capaces de cambiar y sus propiedades se desvalorizarían. Faltaría medio siglo para que este proceso se desatara. (Kalmanovitz, 1982:322-324).

⁴⁸ “Al mismo tiempo las relaciones clientelares típicas del campo colombiano fueron reforzadas como resultado del abandono del Estado a promover reglas claras sobre la posesión de la tierra. Por ejemplo, la Ley de Tierras publicada oficialmente en 1936 en vez de apoyar a los campesinos en sus reclamos de tierras como fue inicialmente concebida, terminó garantizando la propiedad de los terratenientes

venía sufriendo el campesinado desde mediados del siglo XIX, pues ante la oferta por los liberales de adjudicar los baldíos a los campesinos, los terratenientes logran por la fuerza la concentración de tierras más grande en la historia del país. Lo cual se logra cuando entra en crisis el régimen liberal, pues según El Historiador Colombiano Jorge Orlando Melo Gonzales se volvió a plantear que "... la posibilidad de mantener una mano de obra sujeta dependía ante todo del cierre de la frontera de colonización - o sea de las dificultades y costos de acceder a una parcela independiente-, lo que se trató de lograr mediante la apropiación masiva de tierras por parte de los propietarios... Sin embargo la frontera raras veces podía considerarse cerrada y la movilidad de los trabajadores independientes puede haber sido alta, excepto cuando las condiciones laborales fueron muy favorables. Por tal motivo, la consolidación de la fuerza de trabajo residente requirió en muchos casos la destrucción de las mejoras de los colonos y el uso de formas de presión policial, el intento de establecer formas de peonaje por deuda, (no muy extendido al parecer y tal vez más propio del siglo XX) o la expedición de normas legales para forzar a los trabajadores a cumplir sus obligaciones con los propietarios, a riesgo de ser encarcelados. Todos estos mecanismos no son ajenos a las economías capitalistas, aunque pudieron tener un carácter muy drástico y violento en determinadas ocasiones." (Melo, 1997:137-138)

Una vez que se empieza a formar el proletariado agrario consciente de sus derechos, que fue duramente castigado con la "Masacre de las bananeras" en 1928, se inician fuertes movimientos de izquierda⁴⁹ y se fortalecen las demandas de los colonos sobre las tierras baldías, iniciando una serie de movimientos campesinos buscando su titulación después de finalizado el período hegemónico del partido conservador hacia 1930. Cuando se veía un esfuerzo por modernizar el sistema político ante la promesa

ausentistas, a quienes se les daban plazos de hasta diez años para mostrar el uso que hacían de sus haciendas" (Figuroa, 2009:90, citando a Palacios 1995, 147).

⁴⁹ "El proyecto [de Gaitán], tenía como meta la liquidación del régimen feudal y de la explotación de colonos y arrendatarios. Esta reforma sería ahogada por el Parlamento dominado por propietarios y latifundistas" (Perozzo, 1986:176)

incumplida de la “revolución en marcha” de los gobiernos liberales⁵⁰, ambos partidos enfrentados a mediados del siglo (1948), inician la recuperación de los baldíos mediante la fuerza, proceso que terminó en otra de las guerras más sangrientas de mitad del siglo llamada “la Violencia”, (con mayúscula dada su enorme dimensión, su carácter difuso y sus fines poco claros)⁵¹. Lo que apareció en la historia como un enfrentamiento ideológico de partidos que se disputan el poder por medio de las armas en el interior del país principalmente, reflejaba más bien las ideas de las oligarquías enfrentadas que las de los combatientes, que al final lo que buscaban era sólo una tierra en la cual vivir como propietarios en la inmensidad de un país, vacío de gente y lleno de ganado. Al final, sólo lo consiguieron los campesinos cafeteros, enfrentándose por las armas contra los dueños de tierras sin explotar.

El siglo XX

El régimen de las haciendas coloniales pasó prácticamente intacto a través de cerca de siglo y medio de vida Republicana hasta mediados del siglo XX, momento en el que ocurre el segundo cambio en las relaciones de los señores de la tierra y los campesinos, colonos, arrendatarios, agregados y demás categorías de habitantes de los asentamientos rurales, tanto dispersos en el interior del país como nucleados en la costa Caribe colombiana.

⁵⁰ “Al mismo tiempo las relaciones clientelares típicas del campo colombiano fueron reforzadas como resultado del abandono del Estado a promover reglas claras sobre la posesión de la tierra. Por ejemplo, la Ley de Tierras publicada oficialmente en 1936 en vez de apoyar a los campesinos en sus reclamos de tierras como fue inicialmente concebida, terminó garantizando la propiedad de los terratenientes ausentistas, a quienes se les daban plazos de hasta diez años para mostrar el uso que hacían de sus haciendas” (Figuroa, 2009:90, citando a Palacios 1995:147)

⁵¹ “A primera vista, la Violencia aparece como un retroceso a una etapa anterior de guerras civiles caudillistas y al atavismo campesino que confirma la noción de Colombia como desfasada con respecto a otras naciones “modernizantes” en la misma región... lo que distinguió la violencia colombiana de la violencia ocurrida en otras regiones de América latina en el siglo XX fue que se libró en los términos del partidismo político de mediados del siglo XIX (decimonónico) y no de objetivos políticos o sociales modernos” (Roldán, 2003:29-30)

El choque de la modernización se va a dar con la expulsión de la mayor parte del campesinado que perdió sus tierras en la guerra civil no declarada entre 1946 y 1966- El campesinado debió emigrar a las ciudades para salvar sus vidas y liberarse de las bandas partidistas de guerrilleros liberales de un lado y ejército y la policía del gobierno conservador que habían sometido al país a sangre y fuego, por intermedio de lo que se dio a llamar el "bandolerismo" (Sánchez y Meertens, 1986), en la época.

Pero mientras en el interior del país la Violencia⁵² difusa se dio con una intensidad sólo comparable con la de la guerra regular de los "Mil días", en la costa Caribe colombiana, si bien hubo manifestaciones de violencia contra los campesinos especialmente, nunca alcanzó la dimensión de las demás áreas rurales, especialmente de la zona cafetera, la más rica de Colombia, que se dio en llamar el "bandolerismo" (Sánchez y Meertens, 1986), en la época.

Así que los efectos de este periodo, como las grandes migraciones rural-urbanas y el alto crecimiento de las ciudades, además de una proletarización creciente de la masa de campesinos en el interior, no ocurrió en la costa Caribe sino hacia finales de la década de los 80 del siglo XX.

Mientras tanto, se estructuraron unas nuevas relaciones de trabajo, que según Kalmanovitz, eran "...una aparcería especial, en la cual se da "pasto por tierra". El campesino se compromete a tumbar cierta porción de "montaña" (terreno enmontado) y la usufructúa entre uno y dos años para después entregarla sembrada en pasto al dueño de la tierra, cuyos gastos no pasan de algunos avances para los primeros víveres del colono, más semilla de pasto y el inefable alambre de púas. El campesino usufructúa la tierra con siembras de maíz y plátano, eventualmente debe cancelar el préstamo y cuando se vence el período, se adentra aún más en el monte, a civilizar tierras para el

⁵² "Entre 1946 y 1953 una escalada de violencia en Colombia dejó 200.000 muertos, en uno de los peores conflictos de la historia del hemisferio occidental" (Roldán, 2003:contracaratula)

propietario, que de esta manera se ahorra todos los costos de tumbar y rozar por medio de cuadrillas de temporales a jornal, lo que también fue utilizado en otras regiones. Con frecuencia los “avances” no se alcanzaban a pagar nunca, ya que las cuentas eran llevadas arbitrariamente por el patrón, lo cual amarraba al campesino y a su familia al terrateniente, obligando de esta manera al colono a seguir abriendo tierras en provecho del patrón” (Kalmanovitz ,1982, 271-272).

Es decir que, que si “... lejos de ser una peculiaridad colombiana, la Violencia fue una consecuencia lógica del desarrollo capitalista y la formación del Estado en el mundo moderno”; así define la Violencia en la costa Caribe en este período La Historiadora Colombiana Mary Roldán. Esta misma especie de guerra partidista del siglo XIX se vino a dar terminando el siglo XX, y en la primera quincena del XXI, enfrentando de un lado, guerrillas de izquierda con paramilitares de derecha, asociados al Estado de derecho, que aún no ha terminado.

Pero lo que se necesitaba en ese momento era mano de obra asalariada para “el gran salto”, que consistía en explotar la agricultura con grandes ventajas comparativas basadas en la mano de obra barata en el campo y despreciando las competitivas de un desarrollo científico, para la adaptación tecnológica necesaria en un medio tropical de tierras relativamente buenas, pero en donde hacía falta el agua por más de 5 meses seguidos y requerían obras de riego urgente o variedades de cultivos nuevos como la palma africana, de la cual hoy existe en grandes plantaciones, que no existieron ni en el período Colonial ni en el Republicano.

Y como resultado del segundo gran choque, con la conversión de los campesinos en peones y clientelas políticas, ya proletarizados y obligados a buscar trabajo asalariado, tuvieron que recurrir nuevamente a la colonización de predios baldíos o expatriarse a trabajar en Venezuela en las difíciles condiciones de los emigrados.

Estos momentos coincidían con un avance militar de las guerrillas que obligaron a los gobiernos liberales de Barco (1986-1990), Gaviria (1990-1994) y Samper (1994-1998) a mantenerse a la defensiva; mientras en el sector rural se acaba la inversión y los dueños de las grandes haciendas ganaderas no pudieron volver al campo ante las reiteradas extorsiones a las que eran sometidos. En ese momento, los gobiernos liberales, los militares y las fuerzas del orden reaccionan culpando de esta situación a los campesinos y su alianza con las guerrillas, que de ninguna manera era cierta⁵³.

Esta victimización llevó a que la Violencia del periodo de 1946-1953, que se dio en el interior del país, se repitiera en la costa Caribe a partir de los años de 1990, pero ya no entre liberales y conservadores sino entre izquierda y derecha. Así lo muestran la lista de más de 600 masacres organizadas por las fuerzas paramilitares en asocio con las fuerzas militares y los grupos de autodefensa de los hacendados que nuevamente movilizaban sus peones por la fuerza, más las cometidas por las guerrillas, no han dejado de presentarse⁵⁴. Todavía, a pesar de que actualmente existe una Ley de Víctimas que permite reclamar acciones de verdad, restauración e irrepetibilidad de los hechos, los familiares aún siguen siendo victimizados por reclamar sus derechos, a pesar de la desmovilización de los grupos paramilitares entre el 2005 y el 2006, y las actuales conversaciones de paz con la guerrilla (2014).

Sin duda, la historiografía sobre la mujer afrocolombiana de la costa Caribe y su inserción en la economía están por escribirse, en particular la del período Republicano y el actual, pues como se ha podido ver en las referencias de la historia académica, salvo las de

⁵³ “Sin embargo, hay que decir que el contenido moderno de las demandas campesinas no encontró traductor: para la mayoría de sectores de la izquierda haber aceptado los reclamos campesinos hubiera significado un predominio del gremialismo y la satisfacción del apetito burgués que desvirtuaba el anhelo de la toma del poder” (Figueroa, 2009:220)

⁵⁴ “Son miles de víctimas, muchas de las cuales han pasado desapercibidas, no solo por la estrategia de ocultamiento de los actores armados sino por la rutinización de la violencia y la indiferencia social e institucional” (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013:10)

Aline Helg (2011), prácticamente no existen. Pero el contexto social en el que se desenvuelve su vida, no podría ser más claro, lo que permitiría entender su papel, no como reproductoras al que la sociedad las ha condenado, sino como autoras del poco bienestar que han tenido y de su lucha para conseguirlo. Pero especialmente hace falta para este caso, la historiografía de las mujeres del Cesar. Y aunque hay referencias a las mujeres de la clase media y alta de Valledupar, (Álvarez, Kattia y Olivares, Yalidys, 2006:239-296), la mujer afrocaribe, de los asentamientos rurales, no parecieran existir, su invisibilidad es completa.

Pero aunque no se cuenta con estudios académicos, la realidad muestra que siguen siendo amas de casa, trabajadoras domésticas asalariadas internas y a medio tiempo (puertas afuera), sin acceso a prestaciones sociales. O trabajan en el sector informal de la economía como vendedoras estacionarias y también ambulantes, por cuenta propia (venta de sopas, fritos), venta de gasolina de contrabando en las calles poniendo en riesgo su vida por tratarse de sustancias peligrosas, venta a través de revistas, venta de minutos, pequeños negocios en sus hogares. Ante la crisis de desempleo y la necesidad de ingresos, la mujer es creativa en sus estrategias de vida, como se verá a continuación.

CAPÍTULO II

LAS MUJERES DEL LUGAR: GUACOCHÉ

En el Capítulo II se estudia el caso de Guacoché para entender el papel que han desempeñado las mujeres en la persistencia de estos lugares a través de la historia local, en la que se han desarrollado sus vidas con unas dinámicas sociolaborales propias, que aunque no se diferencian mucho de los demás asentamientos rurales, sí permite caracterizarlas mediante las estrategias y proyectos de vida personales.

GUACOCHÉ, EL LUGAR

Guacoché (llamado también los Cardonales), es uno de los 25 corregimientos, de las 12 Inspecciones de Policía y de los más de 30 caseríos y por lo menos 20 sitios, que componen hasta el año de 2005 el área rural⁵⁵ del municipio de Valledupar, capital del Departamento del Cesar. Todos estos lugares tienen una mínima malla urbana (algunos con sus cuadras trazadas en damero o tablero de ajedrez al estilo colonial, otros de trazado lineal siguiendo los caminos o al borde de las fincas y las carreteras. En los corregimientos por lo regular hay mínimos servicios comerciales y administrativos, (tiendas, abastos, ventas de gasolina, escuelas, algunas tienen instituciones de bachillerato), iglesias tanto católicas como cristianas, en la mayoría de los casos hay puestos de Policía Nacional). Cuentan con un corregidor nombrado por el Alcalde, que se ocupa de las actividades administrativas delegadas por el municipio, lo mismo que en las Inspecciones de Policía, en donde por lo regular tienen menos casas, habitantes y servicios que ofrecer. Los caseríos que pertenecen a la administración de los

⁵⁵ Llamado “resto” en la terminología del Censo de Población del DANE 2005, según la información de la carta departamental del SIGAC (2009, escala 1:500.000) que corresponden en general con los mapas más detallados del Censo Agropecuario 2014 (1:100.000).

corregimientos, por lo regular son intersecciones de caminos al lado de carreteras, con menos casas, habitantes y servicios, seguramente tiendas y alguna que otra escuela, muy raramente hay alguna otra institución del Estado como puesto de Policía. Finalmente los sitios son puntos cercanos a alguna actividad económica, grandes fincas, canteras para zonas de agricultura campesina, que también pertenecen a un corregimiento pero no aparecen como la división administrativa más pequeña del Estado.

Todos estos lugares de la geografía rural en el Caribe colombiano, son “asentamientos nucleados rurales” (Herrera, 2002:17), que pueden tener poblaciones que varían entre 100 habitantes (20 casas con un promedio de 5 habitantes por casa) y más de 1000 habitantes (unas 200 casas en los más grandes), en casos excepcionales. Las viviendas son construidas muy cerca, pero no adosadas⁵⁶, en lotes con patios amplios, en los que hay pequeños cultivos (frutales, plátano, yuca, principalmente) y animales domésticos (cerdos, gallinas, perros, etc.). Algunos asentamientos solo tienen unas cuantas casas, otros tienen varias manzanas enteras, pero en su conjunto constituyen la forma más extendida de poblamiento rural con sus habitantes concentrados en un poblado, en casi toda la costa Caribe colombiana.

Los “asentamientos dispersos rurales”, característicos de las veredas del interior del país, son aquellos en los que una casa está alejada de otras a veces hasta más de 100 metros, ubicadas sobre los caminos que confluyen en pueblos, que por lo regular son municipios. Sin embargo, estos asentamientos nucleados se llaman en el argot académico “dispersos”, porque están alejados unos de otros por kilómetros de distancia, que requieren transporte público para su acceso, por lo regular en mototaxi. También existen en el Caribe colombiano algunos de estos asentamientos dispersos, en donde habitan indígenas y campesinos migrantes del interior, en las zonas de colonización de la Sierra Nevada, Serranía de los Motilones, Perijá y Montes de Oca, que limita con Venezuela, o

⁵⁶ Es decir pegadas pared con pared, unas casas a otras.

en el sur de la región Caribe en las serranías de Abibe, San Jerónimo y Ayapel, al suroeste de Córdoba en los límites con Antioquia.

Los “asentamientos nucleados rurales” en los 189 municipios del Censo de Población y Vivienda (DANE, 2005), tienen en promedio más de 10 corregimientos e inspecciones de Policía por municipio (es decir cerca de 2.000), y un número mayor de caseríos y sitios. (más de 2.000)

Marta Herrera, en su obra monumental sobre el ordenamiento espacial y el control político en las Llanuras del Caribe y en los Andes Centrales Neogranadinos del siglo XVIII, muestra la poca importancia que se ha dado a estos asentamientos en Colombia a pesar del “...papel que desempeñaron dentro del proceso de estructuración de la sociedad colonial” (Herrera 2002:17), pues según Reichel-Dolmatoff, “...esas pequeñas poblaciones son los crisoles en donde se funden las diversas tradiciones culturales” (Dolmatoff, 1955:15). Su gran importancia, como lo afirma Herrera, ha hecho que sea uno de los temas más trabajados por los historiadores de la Colonia en Latinoamérica, como lo confirma la exhaustiva literatura consultada⁵⁷. Por el contrario en Colombia, revisada “in extenso” la bibliografía por la misma autora, las pocas referencias son las de los principales historiadores de la “nueva historia” a nivel nacional, con pocos detalles sobre la situación de las regiones, a pesar de que reiteraban que las regiones eran muy diferentes entre sí en su forma de poblamiento rural⁵⁸.

Sin embargo, este gran descuido histórico tiene una explicación como lo señala Múnera, pues “... nuestros mejores historiadores... habían evitado durante los años setenta y

⁵⁷ “En 1786 había en los territorios Hispanoamericanos 8.478 asentamientos nucleados. De ellos solo el 5.6% eran villas o ciudades, el 94.4% restante fueron clasificados como pueblos”, Herrera, 2002:17, (citando a Francisco Solano, *Ciudades Hispanoamericanas y Pueblos de Indios*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990, p. 156, nota 5).

⁵⁸ Entre ellos Jaramillo Uribe, Colmenares, Tovar y sociólogos como Fals Borda (Ver Herrera, 2002:21, la bibliografía citada para el país con sus diferencias regionales).

ochenta e incluso buena parte de los noventa los terrenos movedizos de la historia política, y habían buscado las claves para interpretar nuestro tormentoso pasado en las líneas de la historia económica y social". (Múnera, 2005:14)

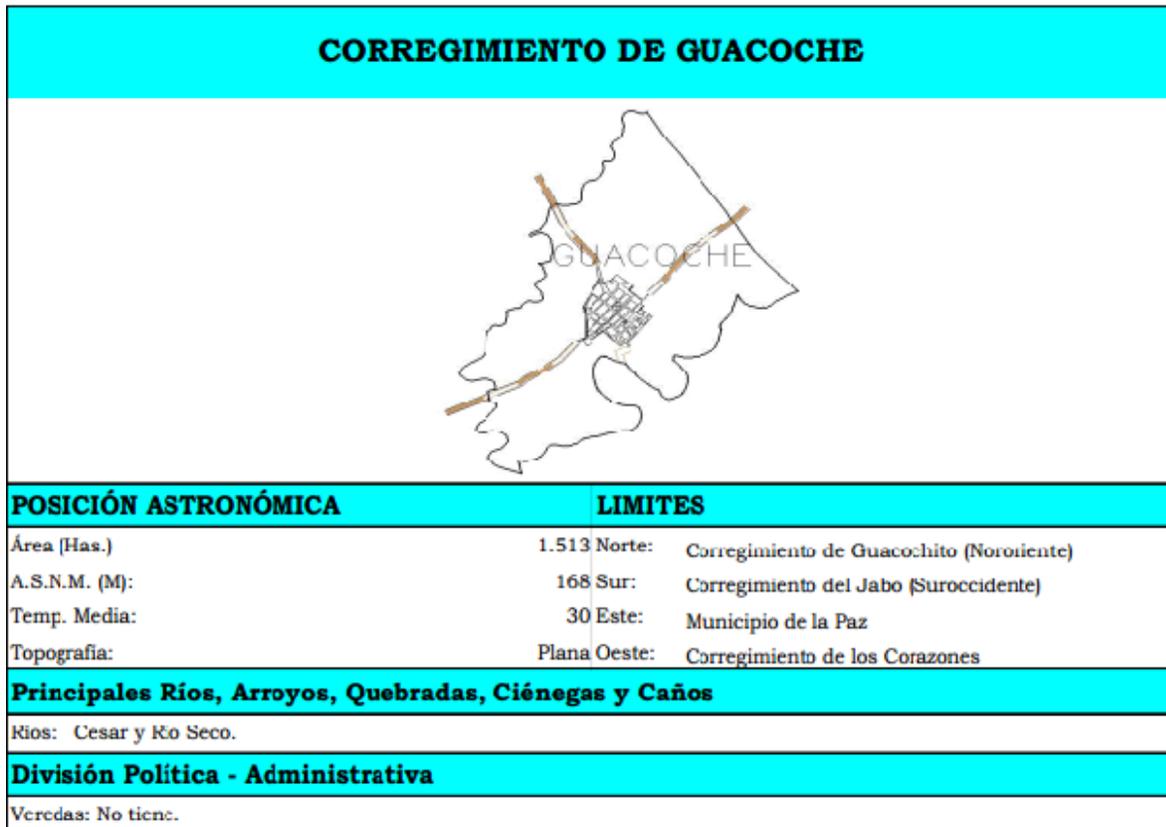


Figura 1: Fuente: Anuario Estadístico de Valledupar

LA HISTORIA DEL LUGAR

El corregimiento de Guacoché, corregimientos del municipio de Valledupar del cual hace parte Guacochito, no sólo como zona próxima de donde se saca el mejor barro para la alfarería, sino que hace parte integral de las familias que han habitado el lugar. Sus límites son, al norte con Guacochito, al sur con el Jabo, al este con el municipio de la Paz y al oeste el corregimiento de los corazones. Guacoché tiene 182 años y existe una

amplia discusión sobre si fue el primer palenque que existió en el departamento del Cesar, como se verá más adelante.

Las antropólogas Elizabeth Galán y Elizabeth Noreña señalan que la actual población ocupa el mismo espacio territorial desde principios del siglo XX, pero otros autores difieren de esta apreciación, de acuerdo a la información recolectada, ya que en mayor parte son testimonios orales los que confirman lo anterior; realizar un estudio sistemático de los registros notariales no es posible por las suspicacias de acceder a los títulos que tanto se discuten actualmente, especialmente después de haber sido promulgada la Ley de Víctimas de 2011.

Sánchez (2007) por ejemplo, señala que cuando el sistema esclavista hizo crisis en la región hacia los años de 1830, en que se decreta la libertad de pardos y luego durante la abolición de la esclavitud en 1852, los esclavos se fueron a vivir a sitios concretos para dedicarse a cultivos de pan coger, como en María Angola, Guacoche, Aguas Blanca y El Paso⁵⁹. Palencia Caratt, coincide con Sánchez, pues ante las dificultades de conseguir una tierra por compras, debieron colonizar tierras que muchos de los liberados consideraron baldías, pero que los grandes propietarios reclamaban como propias. Como latifundio y esclavitud se encontraban unidos, la abolición de la esclavitud era una medida antilatifundista, lo que provocó la insurrección conservadora de 1851, guerra civil que se extendió pero tuvo poco impacto en la Provincia de Valledupar "... porque ya los negros trabajaban en sus propias parcelas en la región de Guacoche y faldas de las serranías de Azucarbuena". (Palencia Caratt: 2000:68)

Otros autores como Tomás Darío Gutiérrez (citado por Noreña y Galán, 2003) nativo de Guacoche, afirma que originalmente, de acuerdo a la memoria oral, estos territorios fueron ocupados inicialmente por indígenas. Y en la investigación etnográfica realizada

⁵⁹ No menciona Sánchez a Guacochito, ni al Jabo.

por estudiantes de la Universidad de Antioquia, un poblador de la región indicó “yo creo que este pueblo era de indios, indios que yo no conocí, pero unas familias de aquí eran de indios, todas, todas las que no conocí eran de indios”. (Galán y Noreña, 2003:28)

Robert Dover citado por Galán y Noreña (2003) señala que Jaime Arias, gobernador del cabildo de los Kankuamos (OIK, Organización Indígena Kankuama), es consciente de la existencia de la población de Guacoche dentro de la línea negra⁶⁰ y por ende, dentro del territorio ancestral de los Kankuamos. Reconoce los asentamientos de étnias diferentes dentro de este territorio, pero en el plan de vida de los Kankuamos no está contemplado solicitar del INCORA estos terrenos que incluyen a Guacoche.

Otros habitantes de Guacoche, informaron que sus ancestros probablemente eran del Departamento de la Guajira “iniciándose el poblamiento del sector con dos mujeres indígenas” que llegaron a este espacio territorial. Y El Historiador Tomas Dario Gutiérrez afirma que la presencia indígena es un antecedente importante en la mayoría de los poblados de alrededor de Valledupar, pues este municipio fue “el centro por excelencia del poblamiento español de las primeras épocas” (Galán y Noreña: 1998: 29, citando a Gutiérrez).

Aunque el origen del pueblo es impreciso, siempre se destaca la presencia de indígenas y negros , tal y como lo dice José Tomas Márquez Fragozo quien se ha dedicado a construir la historia local: “En Guacoche hay muchas manifestaciones y escritos donde dice que hubo un palenque, de pronto quizá hubo una encomienda de 1548 y que por lo tanto fue habitado desde hace mucho tiempo, nosotros no podemos desconocer que en toda las partes, en la América siempre estuvo habitada especialmente por indígenas pero también la trascendencia y la población negra fue evidente después, pero si hubiese

⁶⁰ La línea negra es una concepción mitológica sustentada en lo sagrado del territorio; los Mamos de la Sierra Nevada de Santa Marta en su interior hacen pagamentos que tienen como función demarcar en la apropiación cosmogónica el lugar y mantener su equilibrio natural.

habido alguna encomienda como dicen algunos, alguna edificación española hubiera. Si hubiera habido un palenque, se hubiera condensado la cultura negra aún más, aunque es la que prevalece hoy en la población. Pero esos son estudios culturales que se vienen haciendo y estamos haciendo el ejercicio hoy en la escuela como rescatarlos. Pero yo opino que... Guacoche fue un sitio de paso, de gente que venía de la Sierra Nevada, del Valle del Cacique Upar y de la zona de la Guajira. Y pienso más que todo que fue eso y que Guacoche es un pueblo nuevo, en el casco urbano como tal. Pero lo sitios, los asentamientos de las comunidades negras que estuvieron alrededor si son antiguos, pero Guacoche data más o menos de 1900 con la Guerra de los Mil días. El casco urbano es prácticamente nuevo.” (Marquez 2013: 13).

En el documento publicado por El Licenciado Jose Tomas Márquez Fragozo y otros personas interesadas en hacer sus aportes historiográficos sobre el origen y quehacer de este corregimiento, siguen confirmando que Guacoche era un camino de comunicación de los pueblos Guajiros y Valledupar, donde existía una laguna (hoy seca) que se localizó en una parte del Parque Central frente a la Iglesia, y que según algunos lugareños se puede extraer barro para las tinajas. Guacoche, para estos autores, es de origen Indo-Chimila, que en esa lengua significa aguas turbias, y al tratarse de un camino libre, “real” se movilizaba la gente para trasladarse del Valle del Cacique Upar a la Sierra Nevada de Santa Marta o sus estribaciones “... tomando más poder la versión de que estas tierras les servían más que todo como estación (reposo) y que se podía construir alguna que otra choza para descansar en las largas caminatas” (Márquez et. al., 2013:8), pues nadie se había apropiado de las sabanas.

Y según Antonio Evaristo Zuleta Maestre, de 70 años, nativo del lugar:

“El origen de Guacoche, a orillas del río Cesar se llamaba San Francisco. Fundado por mi bisabuela, Natividad Rosado, descendiente del Tupe. Criaba chivos, cerdos, burros y ganado. Pero el tigre y el león, todas las noches se comían los animales domésticos que criaba para el sustento [por eso la cuidaba] San Francisco, imagen del cual mi abuela

tomó el nombre para el lugar. Porque para ella era el protector del pueblo, posteriormente, se trasladaron a Ganaza en la década de los años veinte, un sitio antes de llegar al Jabo. Por influencia del río Seco y el río Cesar se trasladan a Ganaza, que actualmente es Guacoche”.⁶¹

CONTEXTO SOCIO CULTURAL

Guacoche fue elegido corregimiento desde 1974 y está situado a unos 30 minutos aproximadamente de Valledupar. La vía de acceso está en buen estado, a excepción de un trecho aproximado de 500 metros que se encuentra sin pavimentar. El corregimiento no tiene calles pavimentadas, pero no se vuelve intransitable cuando llueve por que los suelos son arenosos y absorben el agua.

El transporte lo prestan 7 vehículos, tipo taxi, con cupo para 4 personas por viaje y cubre la ruta Valledupar -El Jabo- Guacoche- Guacochito y viceversa. En el viaje entre estos destinos se produce todo tipo de conversaciones e intercambios de información entre las y los pasajeros, y se comentan los sucesos del pueblo y Valledupar. Moviliza aproximadamente 150 personas por día.

Existe un Colegio de carácter oficial denominado Instituto Técnico José Celestino Mutis, que cubre los niveles preescolares, básica primaria y básica secundaria, con una población de 586 alumnos y alumnas y una nómina de 22 docentes. El analfabetismo en Valledupar (no aparece desagregado para los corregimientos) en personas mayores de 15 años es de 9.6%, según el Plan de Desarrollo Municipal 2012-2015. (2012:18)

⁶¹ Entrevista con Antonio Evaristo Zuleta Maestre (70 años), corregimiento de Guacoche, comunicación personal, 2013.

El corregimiento cuenta con un puesto de salud que presta los primeros auxilios y de los 1516 habitantes que tiene el pueblo 860 pertenecen al régimen subsidiado, siendo las enfermedades más comunes, la diarrea aguda (EDA) y la infección respiratoria aguda (IRA), que afectan principalmente a los niños.

Economía y ambiente

Guacoche refleja la crisis económica no sólo local y municipal, sino del deterioro del medio ambiente originado en parte por la tala indiscriminada de árboles que genera sequía y aridez. Como son escasos los algarrobillos, ceibas, ollas de mono entre otros grandes árboles, la tierra queda expuesta a la fuerte insolación, trayendo como consecuencia la proliferación de trupillos que caracteriza a las tierras áridas deforestadas, de difícil control. Existen limitadas posibilidades para conservar pastos para ganado y tierra apta para los cultivos disminuye con la consabida escasez de agua. Además presenta problemas la abundancia de mamíferos pequeños (cerdos, perros, cabras) y de aves pequeñas (gallinas, patos, pavos), que requieren de un gran control de limpieza dentro de la casa.

Otra de las actividades importantes es el paleo para la extracción de arena del río Cesar, que aunque genera ingresos a los hombres, produce deterioro ambiental, pues la falta de un Plan de Manejo de la localidad, afecta su cauce ya que el río se desvía constantemente inundando algunas zonas estacionalmente. (Galán y Noreña, 2003)

Organización administrativa y social

El corregimiento tiene un inspector de policía, pero no hay presencia policiva permanente en el lugar. A la simple observación es un pueblo “sano”, en donde no se escucha ruido ni gritos al interior de las casas. Tiene dos (2) parques, una cancha de fútbol y microfútbol

(ambas en estado regular). También existe una tarima que es utilizada sobre todo para presentaciones de tipo cultural.

En la comunidad de Guacoche existen varias organizaciones comunitarias, que evidencian empíricamente que el rol público es el espacio por excelencia de los varones y el rol doméstico familiar es el espacio de las mujeres, ya que los primeros ocupan las posiciones de liderazgo en las diferentes actividades colectivas de Guacoche.

El Consejo Comunitario de Comunidades Afrocolombianas

Y aun cuando la principal organización de carácter social es el Consejo Comunitario de la Comunidades Negras, que según la Ley 70 de 1993 y el artículo 3º. Del Decreto 1745 de 1995 puede constituirse para recibir la propiedad colectiva de las tierras adjudicables que actualmente ocupan, todavía no se han completado los requisitos legales para conseguirlos, pues aún no se tiene la personería jurídica. El artículo 2º, Numeral 5 de la misma ley, define como comunidad negra al conjunto de familias de ascendencia afrocolombiana que tienen cultura propia, comparten su propia historia y poseen tradiciones y costumbres dentro de la relación campo-poblado, que revelan y conservan conciencia de su identidad que las distingue de otros grupos étnicos.

Además, entre otras funciones de los Consejos Comunitarios se tienen la de delimitar y asignar áreas al interior de los derechos de propiedad colectiva, preservar la identidad cultural y el aprovechamiento y conservación de los recursos naturales; escoger el representante legal de la respectiva comunidad en cuanto persona jurídica y ejercer funciones de amigables componedores en conflictos internos, donde sea posible los mecanismos de conciliación, según la ley 70.

El Consejo Comunitario está integrado por la Asamblea General y la Junta del Consejo Comunitario. El Representante Legal es el Licenciado José Tomás Márquez Fragozo, quien también es docente del Colegio Instituto Técnico José Celestino Mutis y que ha escrito sobre la historia local de Guacoche. En el contexto de la presente investigación fue entrevistado pero fue casi imposible obtener información sobre este espacio de participación social. En primer lugar porque hay temores a que toda organización que reivindique derechos colectivos sea perseguida, pues los episodios que dieron origen al asesinato de dos miembros de la comunidad por parte de los paramilitares delante de toda la comunidad, aún está presente. Por otra parte, porque los dirigentes comunitarios de otros sitios han sido perseguidos y finalmente por que los habitantes de Guacoche, a pesar de que conocen sus derechos, temen reivindicarlos delante de personas que no son de la propia comunidad.

Entre las actividades que viene impulsando el Consejo Comunitario está el fortalecimiento de la identidad como pueblos afrodescendientes, motivo por el cual vienen impulsando acciones para el mantenimiento de la actividad ancestral de la tinaja y construyendo una historia local que espera aportar identidad colectiva en el proceso de demandar los derechos como afrocolombianos. También se hacen esfuerzos actualmente por recuperar la memoria colectiva a través de la tradición oral, publicando el documento “Guacoche; Tierra de Cultura, Amor y Paz”.

Otra de las organizaciones sociales es la Junta de Acción Comunal, que aunque no está funcionando, cuenta entre sus ejecutorías varias obras y tiene identificado como problema prioritario el mejoramiento de la planta de tratamiento del agua potable, la pavimentación del poblado y la terminación de la parte de la carretera que no está pavimentada. Sus actividades están centradas en obras de infraestructura que requieren altas inversiones de capital por parte de la Alcaldía de Valledupar y de la Gobernación del departamento del Cesar.

En general son los hombres los que representan las organizaciones, como en el caso de las alfareras, pues al parecer los hombres tienen más experiencia en el trabajo con la comunidad, y el nivel de escolarización de las “alfareras de agua”, es muy bajo, como lo manifiesta Arturo Francisco Castilla, presidente de la Asociación de Alfareros Artesanales del Corregimiento de Guacoche (Asalarcogua).

Otras organizaciones cívicas y comunitarias

La Asociación de Paleros es otra de las organizaciones comunitarias y fue fundada en 2003, para organizar a los trabajadores que se dedican a llenar volquetas en el río. También plantea demandas puntuales como la del arreglo de las vías de entrada y salida a los depósitos aluviales de arena que trae el río, la cual se realiza en condiciones muy difíciles, ya que para cargar los camiones se necesita un mínimo de infraestructura que actualmente no existe y su carencia ha causado ya varios accidentes. Este trabajo es importante para la comunidad, pues de él dependen más de 50 familias.

Otra organización cívica sin ánimo de lucro es El Grupo de los Veinte, nacida en una parranda de un grupo de amigos en 1984 en la finca “El Rodeo”, cuyas actividades se centran en mejorar la parte física de Guacoche⁶². Como también es un pueblo con tradiciones católicas arraigadas, conmemoran las festividades del Santo Patrono de San Francisco de Asís, del 3 al 4 de Octubre, y el Festival de la Tinaja que se realiza el segundo viernes del mes de Diciembre. También existe una iglesia cristiana evangélica donde se congregan, según observación directa aproximadamente 15 mujeres, pero no participan los varones. La razón que argumenta la pastora encargada es que las que lideran el proceso en el corregimiento son mujeres. Sin embargo, dicen que últimamente estaba

⁶² Es de anotar, que la parranda vallenata es un fenómeno sociológico que ha sido ampliamente estudiado y que da origen a procesos organizativos gestados al calor de la bebida y al compás de la música vallenata. (Márquez et al. 2013:52).

asistiendo un hermano líder y con su presencia, ya habían empezado a llegar dos hombres más. Por el contrario en el Jabo, los varones son la mayoría y la población tiene una mayor aceptación hacia esta religión.

Aspectos culturales

Otro aspecto de la cultura popular de Guacoche es el de las creencias en hechizos y otros saberes populares a las que culturalmente se han asociado los pueblos negros y de los cuales se habla mucho en el poblado.

También el corregimiento es cuna de cantantes y juglares. En el curso de la investigación falleció José Vicente Munive Rondón, “Chente Munive” (25 septiembre de 2013), juglar parrandero y mujeriego como orgullosamente se autodefinía en una de sus canciones. Juglar que se respete tiene dos grandes amores: la música y las mujeres, fuentes de inspiración. La muerte de este compositor fue muy sentida en Guacoche, en donde convivía con una hija de una Maestra Tinajera ancestral, ya fallecida⁶³.

Guacoche también es conocido por los bailes, en donde se reúne gente del lugar que viene de Valledupar a pasar el fin de semana. Estas fiestas se hacen en dos casetas, en donde se consumen bebidas alcohólicas que forman parte de la tradición musical de la parranda, ampliamente asociada al festejo y a la alegría con que se identifica a esta población.

⁶³ “Chente Munive” al lado de Lorenzo Morales, conocido como “Moralito”, el contrincante del maestro Rafael Escalona (del que se hace mención en la “Gota fría”), para marcar la jerarquía entre los compositores cultos de supuesta ascendencia europea (Figueroa, 2007.p170-189) y los de descendencia negra, se refieren en la letra de la canción así: “Qué cultura, va a tener /un indio chumeca /como Lorenzo Morales, /que cultura va a tener/ si nació en los cardonales”. (Cardonales es otro nombre con el que es conocido Guacoche).

EL TRABAJO DE LAS MUJERES

En Colombia, nacer mujer y afrodescendiente condiciona una vida de negación de derechos, desvalorización y subordinación, teniendo en cuenta el racismo existente en el país que no asume todavía ni la pluralidad cultural ni los derechos de género, a pesar de estar contemplados en la Constitución Política de Colombia y sus desarrollos legales. (Ley 70 de 1993, Decreto 1745 de 1995)

A pesar de esta situación, para las mujeres de Guacoche es un gran orgullo ser descendientes de las mujeres que trabajaron las tinajas. Las tinajeras son un sujeto histórico de gran importancia cultural para las comunidades afrodescendientes, por haber tenido una visión particular del trabajo que trasciende las relaciones de tipo económico, desarrollando una dura labor como la de la alfarería. Como dice “Tía Mima”, tinajera ancestral: “La modernización que llegó con la energía eléctrica y le dio vida a las neveras, ha ido acabando con las tinajas”⁶⁴. Así que hubo que buscar otra alternativa de ingresos que para ellas no es desconocida, como el del servicio doméstico en la ciudad. Sin embargo como en cualquier economía de subsistencia, en donde la pobreza es la norma, satisfacen necesidades a través del auto aprovisionamiento pues en realidad no son pobres en términos carenciales. Una entrevistada, mujer de 50 años decía, “aquí somos pobres, pero también somos ricos porque nadie pasa necesidad”⁶⁵.

Pero no solo la tinaja ha sido el centro de actividades. Una vez que la reemplazó la nevera, las mujeres de Guacoche han estado siempre vinculadas al trabajo doméstico

⁶⁴ Entrevista realizada a “Tía Mima” en el corregimiento de Guacoche, comunicación personal, 9 marzo 2013.

⁶⁵ Entrevista realizada a Mujer de 50 años en el corregimiento de Guacoche, comunicación personal, 18, mayo de 2013.

no remunerado en sus casas, y al trabajo doméstico remunerado (TDR), fuera de sus casas, como lo muestra el trabajo realizado entre 1998-2000 por Elizabeth Galán y Elizabeth Noreña (2003), en donde las autoras ya habían visibilizado estas dos actividades de subsistencia como prioritarias. Sin embargo, en la última década el cambio parece más drástico, pues desaparece la actividad de la tinaja y se impone el del trabajo doméstico remunerado. Lo que sigue es un intento de entender, de qué manera se da este proceso obligado por las nuevas circunstancias económicas, que dado el bajo nivel educativo y la falta de capacitación de las mujeres en las zonas rurales, deben pasar a ser trabajadoras domésticas remuneradas, lugar de trabajo que les impone una sociedad tan desigual, como la costeña, en la que la carga de los hijos y en general de la familia recae sobre la mujer madre cabeza de familia.

Al lado de la mujer-madre fuerte y luchadora, aparece frecuentemente lo que Julia Cogollo E., Juliana Flórez-Flórez y Angélica Nãñez, denominan la “inutilidad masculina” esto es, la imagen demasiado frecuente, que según las autoras no es ningún estereotipo, del macho inútil dedicado a hacer hijos, tener mujeres y emborracharse. Así que la pareja conyugal parece un hijo más para la mujer, siendo una figura débil y ausente para sus hijos e hijas. El macho inútil es otra imagen dolorosa generada por la borrosidad, debilidad y permanente incertidumbre de la figura masculina, que por la dificultad de ubicarse en un lugar, es prácticamente condenado a buscar trabajos en donde los pueda encontrar. Y como por lo regular, no son trabajos permanentes, sino estacionales dependiendo de las cosechas y otros aspectos en el campo, frecuentemente forma hogares alternos, como en el caso de las culturas sabaneras y ribereñas del sur de Bolívar (Arcila, 1994), o la del algodón en Valledupar (Bernal, 2004), que al final cuando el hombre se va en busca de un nuevo trabajo, quedan a cargo las mujeres de los hijos y del hogar. (Cogollo et al., 2004)

El trabajo de la tinaja

José Tomás Márquez y los demás autores del trabajo citado afirman que Guacoche “...es un lugar tinajero por excelencia, trabajo que se ha mantenido por la transmisión intergeneracional de madres-hijas y hasta en las mujeres de la comunidad porque era una forma de ganarse la vida “pulso a pulso o “para vivir” (Marquez et al., 2013:10), como dirían las entrevistadas, dentro del mismo pueblo sin separarse del ámbito doméstico-casa, dada la responsabilidad que tienen frente al hogar. Los indígenas trabajaban la alfarería haciendo diversas figuras, por eso a la llegada de los afrodescendientes eligieron la zona que presentaba mejores condiciones, entre ellas las climáticas y la cercanía al río, mientras que los indígenas se desplazaban hacia la Sierra. Los hallazgos de tinajas elaboradas por indígenas, éstas se encuentran sin pulir y generalmente sin el barniz, por lo que se considera que el afrodescendiente se apropia creativamente de la tradición, retomando el molde que la afrodescendiente perfecciona, pule y quema para comercializarlo en un contexto en que las tinajas se habían convertido en trastos para almacenar agua, servían de neveras en esos años. Los aborígenes les daban otros usos rituales como el de guardar pertenencias y enterrarse con ellas. Todos estos aspectos es necesario investigarlos más a fondo mediante equipos transdisciplinarios para la aprehensión de la riqueza contenida en la cultura material de los sectores subalternos entre ellos las mujeres.

Inicialmente la tradición tinajera se desarrolla en el asentamiento denominado Ganaza (por la fácil disponibilidad de la arcilla), con las Márquez (Higinia, Francisca y Tomasa), trabajo que tuvo un efecto multiplicador por toda la región hacia los años de 1870. A partir de este hito, señalan los autores, se presenta una secuencia de tinajeras que culmina con Edilma Chinchía “La Mima” y Carlina Bula “La Señó”, quienes conservan la tradición familiar-ancestral. Lo único cierto es que todas las personas interrogadas en el curso de la investigación manifiestan que desde que tuvieron uso de razón, sus madres hacían tinajas, labor que habían aprendido al llegar a Guacoche.

No obstante, una hija de tinajera de 83 años opina de las dos sobrevivientes que quedan de dicha actividad, frente a su tradición ancestral que son “Aprendices que quedaron haciendolo”. Sobre todo al referirse a una de ellas manifiesta sí era ancestral: “No, yo creo que no, esa era aprendiz”. Otro entrevistado reconoce que las verdaderas Maestras que conoció, murieron. Lo cierto es que pertenecen al lugar, sus madres y generaciones fueron tinajeras, tienen sentido de pertenencia, han subjetivado el interés que ahora tiene la artesanía, no sólo para las autoridades gubernamentales y no gubernamentales, sino también para el turismo. Pues, como antes se comercializaba la producción en los pueblos de la Guajira y Valledupar, ahora las pocas tinajeras que han quedado activas dicen “... ahora que ellas no salen, sino que la gente las viene a buscar acá”⁶⁶.

La producción de tinaja en Guacoche, según la entrevista realizada a José Tomás Márquez⁶⁷ retoma mucho de los aspectos planteados:

“Tuvo sus inicios más o menos en el año 1850, cuando las mujeres de ese asentamiento que se llama Ganaza, que fueron trasladados después a Guacoche, esa labor la inicia Juana Márquez, y se va a Guacoche y empieza producir tinajas. De ahí es que tiene sus inicios. Porque usted sabe que la tinaja, el arte de trabajar el barro es un trabajo indígena conocido en América., aquí el indígena la hacía y no la quemaba, nosotros le dimos ese uso, o sea, la llevamos a la leña, le dimos la cocción, le dimos el barniz, lo perfeccionamos lo pusimos bonito, lo decoramos y lo llevamos al mercado que yo creo que ese sí es un aporte de nosotros los negros a la parte de lo que es la tinaja, que se conoce hoy como guacochera”.

⁶⁶ Entrevista realizada a la señora Adela en el corregimiento de Guacoche, comunicación personal, 20, de abril de 2013.

⁶⁷ Entrevista realizada a José Tomás Márquez en el corregimiento de Guacoche, comunicación personal, 29 mayo de 2013.

Según los testimonios orales recopilados por Galán y Noreña, la elaboración de tinajas de barro data "...de los años 40 que algunas mujeres de Guacoche emprendieron el oficio artesanal" (Galán y Noreña, 2003:65). La actividad se fortaleció por la demanda en el mercado ya que era una forma práctica de almacenar y mantener el agua fresca, importante para calmar el sofocante calor existente en la región.

Consuelo Araujo Noguera destaca que "Las mujeres Guacocheras fueron famosas por la turgencia de sus formas y por ser expertas artesanas del barro especial que había en las riberas del Cesar, con el que confeccionaban las famosas tinajas de Guacoche que durante décadas se anticiparon a la nevera en su indispensable papel de refrescar el agua para beber la gente". (Noguera, 1998: C.2)

Una madre comunitaria de 50 años, estudiante de tecnología manifestó que en la plaza del pueblo hay barro para hacer tinajas y cerámica; esto lo confirma un artesano proveniente de Ráquira que está apoyando el proceso de la Asociación de Alfareros Artesanales del Corregimiento de Guacoche:

"... ellos (Guacoche) tienen mucha arcilla para explotar... pero aquí en Guacoche también hay, en los alrededores de la finca allí hay arcilla, ya estuve mirando... Por el lado del Río hay arcilla... trajimos una maleta (de barro) y la probamos y si funciona... pero hay es cantidades... por el lado del Río, es diferente a la mina tradicional, o sea, eso es como la misma veta sino... esa arcilla se va transformando. Cuando uno saca de un lado y pareciera que no hubiera más, uno deja unos siete años y vuelve a ver más..."

La mina en Guacochito que según un entrevistado "es una bendición de Dios", según los técnicos de la arcilla, cuenta con mucha arcilla. Sin embargo, se está presentando una nueva, situación pues según varias personas entrevistadas que afirmaron que desde que ellas recuerdan, el barro es extraído de la mina de Guacochito, dentro del Proceso de

Comunidades Negras se ha creado una gran tensión entre los dueños de las fincas donde se encuentra el barro y los artesanos alfareros necesitados de ese recurso para fortalecer la actividad tinajera; porque ellos creen que el Consejo Comunitario va a reclamar estas tierras dentro de la propiedad colectiva a la que tienen derecho, por ser su materia prima que siempre habían explotado.

La tinaja no sólo es un objeto de barro que fue muypreciado, sino que actualmente es el centro del Festival de la Tinaja que se realiza el segundo domingo del mes de Diciembre. También ha tenido reconocimiento el baile alrededor de la temática de la tinaja, el cual se ha convertido en un símbolo del lugar.

Pero Guacoché también se destaca por aspectos más importantes que la misma imagen turística. Su estilo de vida caracterizado por una sobriedad en el consumo y una vida frugal y sencilla, debido a la precariedad de los ingresos, para nada, los expone a la carencia, pues tienen una tradición de autoabastecimiento y autosubsistencia, en cultivos que realizan en sus propios solares y en las orillas del río, y en los años anteriores a 1970 en pedazos de tierra arrendados a los dueños de las fincas. Este tipo de arreglos casi siempre amistosos, fue lo que caracterizó el ambiente en el que se desarrolló el oficio artesanal de las tinajas, que permitió que entre el período de 1940-1980, se produjera un auge importante, que involucró a un número crecido de mujeres en la actividad, obteniendo ingresos que si bien no eran altos, si les permitieron una vida digna.

Márquez y los demás autores (2013) precisan, que los niveles más altos de producción tinajera fueron en los años de 1950. Alude que el auge se debió a dos factores: el primero, el número de tinajeras que eran unas 20 y funcionaba como una empresa familiar; y el segundo, la demanda ocasionada por la necesidad de las tinajas que eran las neveras de esa época, que además también servían para almacenar el guandolo y la chicha, bebidas embriagantes de la época, antes de la popularización de la cerveza. La actividad por lo tanto era alta pues se calcula que las tinajeras se hacían entre 12 y 14

tinajas por día, que multiplicadas por las 20 tinajeras da un total de 280 tinajas diarias. Una tinaja, con la gran habilidad característica de estas mujeres para moldear el barro, se hacía en 15 minutos según reporta “La Seño”. En otras entrevistas también se reportó que había tinajeras que sólo hacían seis porque se enfrascaban en la parte estética y por eso consideraban que sus productos eran mejores, más que cantidad lo que valoraban era la calidad.

Una hija de tinajera ancestral, hoy de 57 años, señalaba que: “Mi mamá se hacía seis... y las otras se hacían doce... porque eso sí, mi mamá le daba, y dándole y dándole cuchara por dentro y alisando por fuera, y dándole en el borde...” Orgullosamente afirma “era la mejor tinajera de aquí de Guacocha”⁶⁸.

Otra ventaja era la escasa competencia, ya que ninguna empresa fabricaba este tipo de recipientes adaptados a las condiciones particulares del clima, y no habían aparecido otras vasijas en el mercado que tuvieran la funcionalidad de la tinaja. A lo que hay que agregar, que no había limitaciones a la adquisición del barro, (como las que hoy tratan de imponer los dueños de las fincas en donde hay barro) y la alta oferta de leña para la cocción, pues en la época había buena parte de las fincas en montadas. Los demás costos de los insumos eran bajos relativamente y sobre todo las mujeres tenían el talento humano, la fuerza y la capacidad para desarrollar un trabajo especialmente duro. Y en esa época representaba uno de los pocos ingresos que permitían su subsistencia y la de su familia de una manera digna.

La técnica para producir las tinajas, aunque no era difícil, requería un aprendizaje que era transmitido de generación en generación, y más que experiencia requería fuerza e inteligencia para producir la obra artesanal, que no sólo servía para guardar agua fresca

⁶⁸ Entrevista realizada a Mujer de 57 en el corregimiento de Guacocha, comunicación personal, 15, abril, 2013.

y bebidas embriagantes, sino que también permitía almacenar productos como granos, cocinar en las ollas de barro, guardar dinero en las alcancías, etc.

En el auge salían verdaderas caravanas de burros los sábados cargados con mochilones llenos de tinajas para comercializarlas en la Guajira, en poblados de escasa población para ese entonces como Fonseca, Villanueva, Urumita, El Molino, La Mina, San Juan y hasta Codazzi.

Desde una óptica histórica, Galán y Noreña logran visibilizar en el período del estudio, 52 tinajeras en el Corregimiento de Guacoche. En la década del setenta según “La Seño”: “... habían más de diez... como quince personas que hacían tinajas” de las cuales solamente hoy (10 años después en 2014), quedan solo dos “La Seño” y “Doña Mima”. (Galán y Noreña, 2003:63)

Ellas son comadres y existe mucha solidaridad entre sí, “... nosotras siempre hemos andado juntas, íbamos a vender para allá para la Guajira, íbamos juntas en el Valle, si ella conseguía un contrato de venta nos metíamos las dos, y si yo conseguía también metíamos las dos”⁶⁹

De estas dos sobrevivientes, quien realmente hace tinajas todavía es “La Mima”, porque “La Seño”, por su edad y estado de salud ya no trabaja sino por encargos muy especiales. Y cómo es ya tradición, “La Mima” le colabora haciéndole tinajas a “La Seño” cuando las necesita para vender por encargo. Pero aun así, la tinaja es una representación personal y simbólica que expresa la tradición de un pueblo que hoy día se reconoce por este tipo de actividad, que históricamente han adelantado las mujeres alfareras, para alimentar

⁶⁹ Entrevista con Carlina Bula, “La Seño” (61 años, 3º. Primaria), corregimiento de Guacoche, comunicación personal, día/mes/año

sus familias y darle educación a sus hijos, ante la ausencia de hombres a cargo del hogar como es frecuente en la costa Caribe.

Son diversos las razones que motivaron a que las mujeres dejaran de ser las líderes de esta actividad ancestral totalmente ignorada por la historiografía del Caribe que siempre ha invisibilizado el trabajo productivo de la mujer, mientras define el trabajo doméstico intrafamiliar como esencia de la naturaleza femenina. La elaboración de tinajas articulada al cumplimiento del trabajo doméstico en el seno de la casa-taller-hogar también originó una doble invisibilización del aporte que las mujeres hacen a la economía desde el lugar donde se encuentran insertas.

La crisis de la alfarería y su consecuente ruptura de la herencia cultural se debe principalmente a la falta de relevo generacional de las hijas de alfareras tinajeras, por diversas razones esbozadas por ellas mismas especialmente por lo pesado del trabajo. La actitud de las hijas frente al trabajo tinajero, hoy día, es prácticamente de rechazo:

Una mujer de 83 años, hija de tinajera, tajantemente afirmaban no gustarle: “No, a ninguna de nosotras nos gustó la tradición tinajera”. A pesar de que ayudaba a la madre a “... bruñir, a cortar la leña, a arriar leña... a la quema (cocción de la tinaja)”⁷⁰. No obstante, prefirió internarse en una casa para trabajarles a unos ricos de Valledupar de quien se siente muy agradecida.

Otras no tenían la capacidad para realizar el trabajo, a pesar de gustarle: “Eso es difícil, porque por ejemplo, la tinaja no la forma todo el mundo... porque eso tiene su forma... el que no le da para subirla, cuando viene a ver se le cae, porque eso tiene que tener su punto para ella poder alzar”⁷¹. Las madres les manifestaban a las hijas que aprendieran

⁷⁰ Entrevista con hija tinajera, 83 años, corregimiento de Guacoche, comunicación personal, 2013

⁷¹ Entrevista con Hija tinajera, 45 años, corregimiento de Guacoche, comunicación personal, 2013

“Aprende que eso es bueno, uno gana plata... todo eso me decía pero yo no ponía cuidado”.⁷² La opinión generalizada frente a esta práctica, es que son conscientes de que la tradición se ha perdido porque “el trabajo es duro”, como anotaron “La Mima” y “La Seño”: “...a las muchachas de hoy día no les gusta ensuciarse las manos de barro porque se les dañan las uñas”.⁷³

Los efectos de la aldea global en las nuevas generaciones también han incidido en mayor o menor grado, en la medida en que los cambios de las expectativas y el paulatino abandono de las prácticas tradicionales autóctonas, ya no son bien vistas como es el caso de la actividad alfarera. En una entrevista manifestó una joven “Eso de estar lidiando con barro no me gusta”, y usan expresiones como que el barro les produce “asco”.⁷⁴ Otra hija de tinajera de 78 años, señala que a las jóvenes no les gusta la tinaja “... a muchas les parece eso pesado, y... la gente de ahora todo lo quiere con oficina... no le han puesto amor al barro”.⁷⁵

“La Seño” señala, que para la juventud de hoy día son más importantes los computadores, celulares y otros aparatos llamados tecnológicos de punta, que dedicarse a elaborar tinajas de barro. Pero por el otro lado, a pesar de que la tinaja nunca fue oficio de hombres en Guacoche, señala que no “da plata”, “tiene mucho trabajo” y “no se gana nada”.⁷⁶ Otra joven de 21 años, bachiller, recuerda que:

“Cuando yo estaba muy niña recuerdo que muchas mujeres, madres cabeza de hogar elaboraban sus propias tinajas para así poderle dar a sus hijos todo lo necesario. Iban a buscar el barro a otro pueblo llamado Guacocho para así poder elaborar sus tinajas.

⁷² Hija tinajera de 75 años, baja escolaridad, corregimiento de Guacoche, comunicación personal, 2013

⁷³ Palabras de la Mima y “la Seño”. Corregimiento de Guachoque, 2013

⁷⁴ Hija de tinajera ancestral, corregimiento de Guacoche, comunicación personal. 2013

⁷⁵ Imaginario de las jóvenes sobre el barro.

⁷⁶ Joven Guacochera, entrevista personal. (2013).

También recuerdo que esas mujeres traían agua del río hasta la casa con la tinaja en la cabeza sin agarrarla y dejarla caer”.⁷⁷

Otras mujeres entrevistadas manifestaron no querer que sus hijos continuaran su labor artesanal, argumentando que es un trabajo duro y con pocos ingresos hoy día, y que además el oficio en si es poco valorado. A una hija de tinajera de 49 años se le preguntó si la mamá quería que ellas fueran tinajeras:

“... ella quiso que nosotros aprendiéramos otras cosas... que estudiáramos, y que aprendiéramos otra cosa, porque ella sabía que eso... con la cosa que aparecieron las neveras... la tinaja ya fue a un segundo plano... ya la gente no compraba una tinaja para refrescar el agua... entonces ella pensaba... que... no iba a ser bueno, no iba a ser lo mismo que había sido eso antes, que ella pudo coger un poco de tinajas, y con eso nos iba a comprar a nosotros las cosas para ir el próximo año a estudiar, que con eso compraba uniformes... nos compraba zapatos... ella pensó que no iba uno a tener la misma salida”.⁷⁸

Como lo reiteraban las mujeres en las entrevistas, el trabajo de producir tinajas y venderlas es “duro”, difícil. Esto lo recogen investigadores “Trabajo duro, sucio y hasta mal reconocido (si pusieran precio justo, sería difícil pagarlo), firmaba el Presidente de Asalarcogua “Una de las partes influyentes de esto, es que eso es de paciencia, de calma y mucha gente no la tiene... porque el lidiar y procesar el barro no es fácil... es una cuestión que usted está manejando, con agua, arena... el secado y a veces en el secado todo se le puede cuartear, se le puede dañar, y de pronto no todo el mundo tiene eso...”.

Lucía Isabel Quiroz Churio, quien lidera el grupo del baile de la tinaja, bachiller comercial, 25 años trabajando en la institución educativa del pueblo, se le preguntó: ¿Qué pasó con

⁷⁷ Línea ancestral “la tinaja”.

⁷⁸ Ruptura generacional en las jóvenes: Entrevista con Hija tinajera, 49 años, corregimiento de Guacoche, comunicación personal, 2013

las hijas de las mujeres que se dedicaban a la tinaja?: “No, ellas dicen que nada más bruñían, el bruñido es con una piedra, para que la tinaja quede rojita.. y los hijos siempre bruñían, y no les gustó, es que es un trabajo pesado, si ustedes ven un video como se hace la tinaja ... uy!!!”⁷⁹

A la pregunta es ¿difícil hacer una tinaja?

Responde: “en el caso personal mío sí es difícil hacerla, porque hay que tener una estabilidad para ir levantando el barro, irlo procesando... dando figura y la verdad... no todos tenemos esa capacidad de formar esa tinaja... comparándola con la tinajera tradicional, como la de la señora Carlina y Edilma, que en diez minutos le hacen a usted una tinaja del tamaño que sea”⁸⁰. Esta respuesta fue constante “no daban para eso”, solamente la tinajera experimentada sabe cuándo el barro está “en su punto” para fabricar la tinaja. Es tal vez el gran secreto guardado celosamente y que ni las hijas interesadas pudieron descifrar.

La tinajera ancestral Carlina Bula de 61 años, 3º de escolaridad, 6 hijos repartidos entre 3 varones y 3 mujeres manifestó que “... se fue perdiendo la tradición... es un trabajo pesa’o... es un trabajo que uno se pone a hacer en la mañana y son las doce, la una del día y uno haciendo, porque eso se demora y el que no sabe se demora más... ese trabajo cansa, cansa la espalda y brazos y todo”⁸¹. Las dolencias actuales que tiene Carlina son en las piernas, las rodillas, los brazos.

Una hija de tinajera de 57 años, refiriéndose a una hermana que quiso seguir la tradición de su madre dice que se retiró “... porque ella se enfermó de las manos y tuvo que dejar esa tradición”⁸². La madre tuvo problemas de salud.

⁷⁹ Expresión coloquial propia del valle de upar.

⁸⁰ Elaboración de tinajas a mano.

⁸¹ Carlina Bula de 61 años, 3º de escolaridad

⁸² Señora Bernarda tinajera retirada entrevista 21 de mayo 2013.

Tampoco este trabajo goza de reconocimiento entre la población urbana. Hoy día la tinaja es un objeto de lujo, es más artístico que utilitario, y si aún hay tinajas en las casas, son más un objeto de decoración que de servicio. Pero tal vez es la estética, su belleza la que permitirá su supervivencia, pues aunque la demanda es muy baja en el área rural, en las zonas urbanas empieza a ser apreciada. Esta parte estética no ha sido integrada plenamente a esta actividad, todavía, pues el mercado para las tinajas fue prioritariamente rural. Se vendieron a precios muy bajos en contraste con el duro trabajo que se necesita para producirlas, pero ahora son solicitadas por personas que valoran su función, simbólica y cultural. (Carrasco Rivas, 2007: 384).

De cierta manera, la globalización ha re-significado el papel de la cultura popular material, generando en el mercado una demanda significativa de los productos artesanales hechos a mano, por lo que forma parte de la promoción turística de las regiones. El trabajo de rescate de la actividad tinajera en la institución educativa del lugar es liderado por el Consejo Comunitario del Corregimiento y como lo manifestó una de las entrevistadas, los jóvenes y los niños son puestas en contacto con las tinajeras ancestrales, son llevadas al lugar donde se encuentra la veta que tradicionalmente ha sido la mina donde se extrae el barro y en el colegio se les enseñan a hacer piezas de barro en miniatura.

Dentro de este proceso de rescate y de representación del lugar, actualmente se ha vinculado un artesano experimentado de Ráquira (Boyacá), población de tradición en cerámica de influencia europea, quien en la entrevista manifestó que son dos tradiciones de cerámica diferentes, pero que ambas tienen importancia. Es consciente de la innovación y diversificación de los productos para mejorar la demanda y posicionarse en el mercado, porque al igual que “La Señó” considera que es un producto rentable como lujo/decorativo en las residencias y fincas. A diferencia de las tinajas Guacoheras limitadas a un espacio geográfico limitado, comenta que las de Ráquira tienen renombre

internacional. Manifestó además que desde los 16 años, hombres y mujeres tienen un Taller como el que tiene el pueblo de Guacoché para dimensionar la perspectiva que tiene este oficio, que se convierte rápidamente en un arte por la fuerza del turismo.

Sobre la rentabilidad del negocio, quien más insiste (pues la parte práctica y de los ingresos son las mujeres las que más la sienten), es la ancestral Carlina Bula quien señala que “La tinaja se vende a pesar de todo. Antes la usaban era para el agua y la chicha y esas cosas, y ahora se vende bastante, todavía se vende... las cogen para lujo y para muchas cosas, hasta para cocinar”.⁸³

Frente a la pregunta sobre cómo ve la diferencia entre el nuevo proceso alfarero con el uso de tornos y hornos, frente al tradicional de agregar trozos y trozos y moldearlos con la mano, “la Señora” responde que las nuevas “tinajas salen bien, con máquina es mejor, más fácil, no se estropea uno mucho... la arcilla nada más es echarla en el agua y colarla y poner y hacer”⁸⁴. Al preguntarse si se pierde la tradición por cambiarse el proceso por ser hecho por la máquina (el torno de mesa), dice que, “No, no se pierde si se están haciéndolas bien”.

También hay más gente trabajando que tienen horno de gas y ya no es necesaria la leña, no tienen que pensar en la lluvia ni el exceso de sol que puede resquebrajar el secado. La lluvia estropeaba las tinajas “... si estaba caliente y le caía agua de lluvia la tinaja quedaba como pintada, ya no quedaba igual”⁸⁵. El proceso se facilita porque el Taller ya no es a la intemperie.

⁸³Entrevista con Carlina Bula, “La Señora” (61 años, 3º. Primaria), corregimiento de Guacoché, comunicación personal, 2013.

⁸⁴La señora dice “la tinaja industrial se hacen bien”.

⁸⁵Entrevista con Carlina Bula, “La Señora” (61 años, 3º. Primaria), corregimiento de Guacoché, comunicación personal, 2013.

Otra opinión para contrastar las dos formas de trabajar el barro, la da el Presidente de Comunidades Negras, el docente José Tomás Márquez, quien manifiesta que:

“... usted sabe que la artesanía refleja, lo que es el estado de ánimo de la persona que lo hace con las manos... la parte industrial a través del torno no es lo mismo trabajar lo industrial y artesanal... en lo artesanal se refleja el sentir de la mujer que está haciendo la vasija como tal... Hay una parte que me comentó una tinajera en los años ochenta... se vendían más las hechas a mano que las que fabricaban con el torno... eso decían las tinajeras antiguas”.

Nuevas posibilidades

Actualmente, la expectativa generada por el desarrollo desde un enfoque diferencial y de derechos, es que se les brinden a las tinajeras posibilidades reales mediante apoyo financiero, capacitación y asesoría para mejorar la productividad del trabajo de barro. Sobre ese tema se encuentra trabajando el Consejo de Comunidades Negras y Asalarcogua, la Asociación de Alfareros de Guacoche, que como se anotó, estando conformada por mujeres, es un hombre quien la dirige. Sin embargo, a pesar de las opiniones encontradas sobre los cambios que están ocurriendo, existe la esperanza de que el sector se convierta en fuente de ingresos para la población.

Es interesante el seguimiento al proceso porque mediante observación directa en las visitas hechas al pueblo, quienes se dedicaban en la sede de la organización artesanal eran las mujeres, conscientes que tenían que empezar la labor con antelación, mucho antes del Festival de la Tinaja en diciembre, esto era lo que se requería para avanzar en el negocio. En la última visita que se hizo a la población, la persona que se encontraba trabajando en dicha sede era el artesano de Ráquira, por lo que surge la pregunta: ¿frente a una mayor especialización del trabajo lo cual redundará en productividad, calidad y mejores ingresos, serán desplazadas las mujeres por los hombres?

Otro aspecto es el de la sede, que a pesar de las inversiones en infraestructura y equipos hechas por las fundaciones de las empresas carboneras dedicadas a promocionar las actividades artesanales de los campesinos, en noviembre de 2013, se encontraba en malas condiciones. Pero según información posterior, ya se tomaron las medidas para terminar la infraestructura física y mejorar las condiciones de trabajo de barro.

De acuerdo a lo expuesto anteriormente, se constata que en la realidad la actividad alfarera tinajera ha ido desapareciendo paulatinamente por los avances tecnológicos y científicos, apareciendo nuevos materiales, por lo regular plásticos, para satisfacer necesidades domésticas especialmente las ollas y la nevera, que definitivamente se convirtió en un aparato doméstico que reemplazaría a las tinajas para refrescar el agua en las condiciones del duro calor tropical.

En este sentido, y a pesar de los esfuerzos por recuperar la identidad a partir del objeto producido por las mujeres, como base de sus ingresos y de su trabajo, fue contemplar una situación sociolaborales que nadie tuvo en cuenta: ¿cómo se iba a reemplazar el trabajo que les había dado independencia e ingresos a las mujeres de Guacoche? Por ello, las mujeres debieron optar tal vez por la única solución a la mano, que era la de trabajar en el servicio doméstico remunerado, sirviendo en casas de patrones en Valledupar y criando hijos ajenos.

El envejecimiento y muerte de las mujeres artesanas y el mal estado de salud de las que sobreviven es evidente, y si se suma la baja incorporación de las mujeres más jóvenes en la actividad, se tiene claro que el panorama de las alfareras es su desaparición. Sin embargo, los motivos que impulsan a las pocas que quieren continuar, son por una parte, la preservación de la alfarería como patrimonio cultural representativo de la identidad de Guacoche, como un asentamiento nucleado rural con características particulares, como

el trabajo de las tinajeras; y por otra, la necesidad de contribuir a la mantención de los gastos de la familia. Pero resulta paradójico, como señalaba una entrevistada, que sea ahora que ya no hay tinajeras, que se le dé la importancia que ha ganado la alfarería con el turismo.

Para el análisis de este punto, es necesario partir de un hecho simple, y es identificar el objeto como la tinaja en su valor simbólico-material, muy ligado a su función. El objeto es una artesanía alfarera de barro destinada a almacenar y transportar el agua. El agua es esencial para la vida humana e históricamente ha estado ligada a la vida cotidiana de las mujeres y toda actividad es respuesta por lo general a una necesidad. En este caso, conservar el agua fresca en la casa o lugar de fácil acceso, para garantizar las necesidades personales, familiares y colectivas desde épocas remotas. En Guacocoche y su entorno, se convirtió la tinaja en un producto de alta demanda en una época donde no existían ni neveras ni acueductos y el desarrollo de útiles y/o mercancías hechos con materiales diferentes al barro no había penetrado a los mercados rurales, donde entre otras cosas, había poca capacidad de consumo. La tinaja está muy ligada en general al rol doméstico de la mujer dentro de la división sexual del trabajo, que no implica necesariamente desigualdad ni discriminación. Es necesario señalar "...que no es la división sexual del trabajo la que ocasiona las asimetrías sexuales sino que son las concepciones diferentes y asimetrías respecto a hombres y mujeres, las que se incorporan como factor estructurante de la división del trabajo". (Morey, sf., citando a Comas d'Argemir, 1998)

Sin duda, la caracterización de la actividad artesanal es constitutiva de relaciones sociales según Morey (s.f.: 5) citando a Rotman, 2001 y 2002 y Novello 1976, 2003), y remite a la economía, la subsistencia, a la identidad y patrimonio cultural de los colectivos sociales. Estas prácticas reflejan ciertas formas de resistencia o de aceptación de la disciplina laboral promovido por una forma de ser artesano-artesana, que evidencia empíricamente relaciones de género.

En el caso de Guacoche, los patrones y roles socioculturales en la organización del trabajo, señalan que el género femenino es el que está destinado a heredar y desarrollar la práctica de la alfarería tinajera, por haber sido las artesanas las que aceptaron el duro reto del trabajo del barro. Como también en el caso de las vendedoras de dulces y frutas artesanales ⁸⁶ de San Pablo y Palenque en Bolívar, que no sólo han criado a sus hijos con su trabajo, sino que representan a Cartagena y a la mujer afrocaribe en el imaginario cultural y artístico.

Este hecho en sí mismo, revalúa la clásica y criticada división sexual del trabajo en el Caribe, en donde las mujeres Afrodescendientes no trabajaban ni la agricultura ni el barro, pues el oficio agroalfarero tiene reconocidos antecedentes históricos, entre los cuales, que era desempeñado por las mujeres aborígenes, pero que hoy tiene un indiscutible antecedente en el trabajo de las mujeres Afrodescendientes de Guacoche. Además, representa también la continuidad de la gran tradición del barro cocido o cerámica (Rojas Aguilera, 2019) con fines utilitarios y estéticos, cuyos antecedentes más remotos para la prehistoria son los de las excavaciones de Puerto Hormiga hace más de 3.000 años, del profesor Reichel-Dolmatoff (1965), precisamente en la costa Caribe de Colombia.

Así que los estudios de género que reiteran la segregación de trabajo por sexo que sitúa a las mujeres en trabajos intensivos, repetitivos, rutinarios que demandan dedicación y tiempo, y que en general son considerados “de baja calificación”, se contradicen en el caso del trabajo doméstico remunerado y la alfarería tinajera, que sin ser inherentes al rol femenino asignado por estos estudios de género, son desempeñados, en el caso de Guacoche, por mujeres Afrodescendientes.

⁸⁶Inmortalizadas en las pinturas de Ana Mercedes Hoyos.

Esta tal vez fue la única manera como la mujer pudo tener plena autonomía en el manejo del dinero ganado con la venta de tinajas, sin rendirle cuentas al marido, que generalmente convivían en uniones maritales de hecho como rasgo particular de los patrones nupciales en los sectores rurales. Así que la concepción patriarcal del “varón proveedor” queda pues cuestionada con las mujeres Guacocheras, ya que siempre compartieron los gastos del hogar con el varón cuando tenían pareja (que era más la excepción que la regla); y en caso contrario han sido la única fuente principal de ingresos en el hogar matrifocal, aunque en el imaginario se siga creyendo en el rol económico del hombre, es el más protagónico, pues en este caso la realidad es diferente.

Los gastos que corrían a cargo de las mujeres por lo regular tenían que ver con poner a los hijos a estudiar, comprarle los útiles escolares, ropa, zapatos entre otros; mientras que cuando había el hombre en la casa se ocupaba de traer la comida. Una tinajera que había abandonado la actividad por enfermedad y edad manifestaba que, “...nunca me ha gustado estar atendida a ningún hombre”. Y no es extraño escuchar esta frase en esta región del Caribe, en donde muchas mujeres del campo y la ciudad no se han concientizado de las obligaciones paterno-filiales, ya que muchas ni siquiera demandan por alimentos a los padres, que tienen una obligación legal para con sus hijos, pues les parece que es como “pedir limosna”. Estas visiones de las mujeres no sólo tienen su origen en el orgullo personal, sino tienen sus raíces en la época colonial sobre todo cuando la mujer Afrodescendientes, ante tanta guerra y ausencias del marido, estaban obligadas a criar a su descendencia sin la figura paterna, empoderadas en su “casa”.

Otro de los aspectos que llaman profundamente la atención de la intensa actividad tinajera que hubo en Guacoche es la gran solidaridad que mostraron estas mujeres tinajeras socializando sus saberes para que sus pares obtuvieran recursos económicos orientados a la subsistencia personal y familiar cuando quedaban solas

por viudez, muerte o separación, como ha sido tradicional desde los tiempos de la esclavitud señalados en el Capítulo I.

El capítulo de la solidaridad de género, tiene un lugar muy importante en las entrevistas a las hijas de tinajeras que expresaban cómo las mujeres jefas de hogar acudían a la casa-taller de sus madres para que las ayudaran, no sólo enseñándoles el oficio, el cual se aprendía en forma práctica, sino apoyándolas económicamente cuando tenían necesidades ellas o sus nietos.

Este intercambio de tecnologías, conocimiento y ayudas familiares, era producto de la verdadera solidaridad y hermandad que surgía de una economía de subsistencia, en la que tal vez mediaban también conflictos y malos entendidos, entre unas y otras, pero lo concreto era que se apoyaban en el día a día, en la cotidianidad y gracias a ello, muchas mujeres pudieron sacar sus hijos e hijas adelante.

La solidaridad no sólo se practicaba entre las mujeres sino que también era inherente a la vida del lugar donde se compartían carne cuando se sacrificaban animales, productos de consumo como la yuca, maíz, millo, frijol, patilla se repartían cuando alguien los necesitaba. Sin embargo, con los cambios ocurridos, la gente se lamentan que... “Con el pasar de los años, las nuevas generaciones han ido perdiendo la esencia del Guacohero y no se preocupa por el bienestar común, sino por el particular...”. (Márquez et al. 2013:7)

Situaciones como la planteada enseñan las estrategias de vida que existen en las comunidades que desafían paradigmas convencionales centrados en la familia nuclear con un macho proveedor, cuando en el Caribe los hombres “son mujeriegos” palabra de uso corriente generalmente “con hijos en la calle” de varias mujeres. Por

tanto, el ejercicio de la paternidad sin compromiso es un rasgo cultural heredado de la esclavitud que fortaleció el binomio madre-hijo en hogares matrifocales, en donde se enseñó a las mujeres a criar y educar a sus hijos sin hombres al lado, pero actualmente con más grandes sacrificios que antes, que es lo que se ha denominado “feminización de la pobreza”.

En donde se agravan las condiciones de pobreza, todos los miembros de la familia desde edades tempranas participan de acuerdo a sus capacidades en la economía familiar que se puede decir que es natural, donde predominan valores colectivos de respeto y equilibrio con la naturaleza y los conceptos de solidaridad comunitaria y reciprocidad que son inherentes a las relaciones interpersonales. (Mosquera, 2000)

Lo que prueba el caso de Guacoche es que la división sexual del trabajo no es la que asigna los trabajos pesados a los hombres y deja los livianos a las mujeres, pues la alfarería es uno de los trabajos más pesados. Además que las mujeres asumieron la alfarería, como si fuera un oficio de mujeres para poder mantener a sus familias y garantizar un mínimo de condiciones de vida en medio de las necesidades a las que fueron sometidas, por una sociedad inequitativa e injusta, al impedir el acceso a las tierras para los hombres, como se analizó en el Capítulo I. Y aunque Guacoche no es el único caso de alfarería hecha por mujeres Afrodescendientes en la costa Caribe de Colombia, si muestra claramente como las mujeres tienen la capacidad de adaptarse a las condiciones sociolaborales que la sociedad les impone para hacer vivir a sus hijos y sus familias.

De tinajeras a empleadas domésticas

La tinaja, al convertirse en un producto que ya no era demandado en el mercado local y regional, pierde el interés de las mujeres que deciden dedicarse a otras actividades que suplan los ingresos que reportaba el oficio de la tinaja. Una de esas actividades es el

trabajo doméstico en los hogares principalmente de las élites y clases medias de Valledupar.

Como se ha expuesto ampliamente, el trabajo de sirvienta o criada fue inicialmente impuesto a los esclavizados en la época Colonial, y lo hacían indistintamente hombres y mujeres. También lo ejercían las Afrodescendientes, mulatas y mestizas libres, cuando no había otra opción laboral. Con el desarrollo del capitalismo en el país, el trabajo doméstico adquiere un nuevo significado, bajo el paradigma de la economía neoclásica que asimila trabajo a empleo en el mercado laboral e invisibiliza otras formas de trabajo no remunerado, como el que se realiza en el grupo familiar, al ser la mujer la encargada de la gestión de cuidado para la vida humana, dentro de una división jerárquica del trabajo por sexo y edad.

Históricamente, Guacoeche ha tenido un reconocimiento en la parte urbana de Valledupar donde preferencialmente las mujeres de este corregimiento gozan de prestigio dentro de las élites de Valledupar, especialmente las residencias del Barrio Novalito donde son altamente valoradas por su lealtad, creatividad y la calidad de servicios personales que prestan, que incluye su actitud siempre alegre y buenas bailadoras “porque eso sí son buenas bailadoras” (empleadora de Novalito). La racialización del trabajo doméstico de las mujeres Afrodescendientes las convierte en excelentes para la gastronomía, esto es, buenas cocineras.

Las Guacocheras, conscientes que el trabajo de tinajas no es rentable, optan por el trabajo doméstico y de cuidado. Pero la opinión de la gente del corregimiento del por qué realizan esta actividad, varía entre lo que piensa el Presidente de Asalarcogua (que agrupa a las alfareras) y las demás personas: “Unas para ayudarse para el estudio, ellas complementan el trabajo con el estudio, y otras para su hogar, porque la mayoría tienen sus hogares y complementan las dos actividades...”. Otras, como

una joven de 20 años, tecnóloga del SENA: “Empiezo a trabajar como empleada doméstica luego de terminar mis estudios en el SENA, primero por no poder hacer las prácticas en mi especialidad y por la necesidad de todas las personas tuve que recurrir al empleo doméstico”⁸⁷. Pero ella ya conocía al empleador y empleadora de antes porque llegaba a visitar a su tía, que terminó vinculándola al que hacer doméstico ayudándola a cuidar a un hijo menor de un año, mientras realiza los oficios domésticos de la casa. Aquí se establece una subcontratación: la tía le reconoce y comparte parte del salario que devenga por el trabajo de ayuda, que además del cuidado del primo, contribuye con otros menesteres como el aseo de la casa. Esto lo hace la tía para ayudarla en los estudios y a la vez se beneficia de su trabajo. La meta es terminar en la Universidad.

Como esta joven existen otras que fueron entrevistadas a profundidad y se ven enfrentadas a la realidad de haber terminado el bachillerato, pero sin opciones para continuar las carreras de sus sueños, que están relacionadas con el área de la salud (Medicina y Odontología). Ellas no cuentan con posibilidades económicas. Algunas a cargo de la abuela, otra trabajando en un hogar infantil. Manifiestan que el Consejo de Comunidades Negras “tiene una rosca” y nada más ayudan a los que les interesa, como ya se anotó.

En el sentir del pueblo y en la investigación cualitativa, se evidencia empíricamente el orgullo de “sentirse Guacochoero, es que el pueblo sea reconocido por la producción de tinajas”. La producción de la tinaja, junto con los cardones y la tuna se constituyen en el factor de identidad del pueblo. Pero esta identidad que fue construida a partir de una actividad productiva de las mujeres, está lastimosamente en proceso de extinción, a pesar de los esfuerzos que hacen las entidades gubernamentales y no gubernamentales (Carbones del Cesar, por ejemplo), para sostenerla como parte de la cultura del pueblo,

⁸⁷ Joven Guacochoera, comunicación personal julio 2013.

pues ha sido muy difícil mantenerla como actividad económica. Como se ha expuesto en el Capítulo I, históricamente la mujer Afro ha estado sometida a trabajos duros que requieren mucha energía física y dedicación de tiempo, son trabajos pesados físicamente y tienen poca valoración social.

La condición de trabajadoras domésticas asalariadas de Guacoche

Empobrecidas históricamente, desvalorizadas, con un mercado laboral racializado, rurales y con bajos niveles de escolaridad y/o pocas oportunidades de ingresar a la educación terciaria, la única forma que tienen de engancharse en el mundo urbano y el mercado laboral es como trabajadoras domésticas, de ninguna manera lo hacen por vocación sino porque es lo único que les brinda un lugar donde vivir, alimentarse y devengar un salario “por lo menos tenemos casa y comida segura”, afirmaba una entrevistada. En el trabajo cualitativo, una mujer de 38 años, con 8º grado de escolaridad manifestó “A quién le va a gustar eso”. Dijo que lo hacía por necesidad y la responsabilidad de garantizarle la comida y colegio a los hijos e hijas. La mujer vive sus necesidades humanas en el día a día de la inmediatez donde tiene que solucionar necesidades concretas que no dan espera, como con la actividad lo único importante es garantizar el sustento a sus hijos e hijas.

Las condiciones de las “muchachas” o empleadas domésticas internas son denigrantes por estar inmersas en relaciones sociales atrasadas e impregnadas de elementos serviles. Se destacan aspectos tales como expropiación del tiempo que repercute en su vida privada y personal, horarios sin límites, confinamiento y aislamiento familiar, social y laboral; soledad y carencias afectivas y emocionales generados por el encierro; expuestas a la violencia física y verbal, como también al acoso sexual; rasgos de sacrificio y abnegación como herencia del rol femenino, entre otros aspectos. Cuando conforman pareja corren el riesgo de inestabilidad en las relaciones conyugales, en el caso de las jefas de hogar o madres solteras les toca dejar a sus hijos al cuidado de abuelas o familiares para dedicarse al cuidado de hijos

e hijas ajenos. (León, Magdalena,s.f.
http://www.cotidianomujer.org.uy/domesticas_4p.pdf)

Antes, las mujeres se internaban en las casas y duraban un mes y hasta más tiempo para las salidas, con mayores niveles de escolaridad y más información a disposición de la población, había resquicios de mayor libertad. En la actualidad, la tendencia es a trabajar por días o medio tiempo. Cuando son internas tienen salida cada ocho días, pero en Valledupar la salida son cada quince días. Las patronas les descuentan el valor de los pasajes del salario.

Las familias de apellidos como los Castro, Cabello, residentes en la plaza de Valledupar siempre tuvieron en sus casas señoriales a mujeres de Guacoche. En las entrevistas realizadas entre las mujeres hijas de tinajeras les gusta trabajar para “gente bien” porque les garantizan buen pago y puntual. Los salarios están entre \$350.000 y \$500.000 M.L., sin ninguna prestación social y solo están afiliadas al sistema no contributivo de salud, por cuenta propia.

Además, los empleadores siempre están dispuestos a brindar todo lo que la trabajadora les solicite, lo que necesiten debe estar disponible y no tengan que hacer mandados a la tienda cuando hace falta algo. Están acostumbradas a obtener ingresos de la actividad relativamente altos con relación a otros empleadores del mismo estrato, pues no pagan la comida ni la vivienda. Consideran que con ese salario pueden satisfacer sus necesidades individuales y familiares. Pero no sucede lo mismo, cuando trabajan para personas que no tengan muchos ingresos, y que a veces no tienen para pagar el sueldo completo por mes vencido. Sienten malestar porque les pagan incompleto, por parte y así “... de a poquito” no se ve, y por tanto no se puede comprar casi nada. De acuerdo al estrato del barrio y situación laboral del empleador/a así es el salario. Los salarios en sectores diferentes a Novalito

oscilan entre \$200.000 y \$300.000, pero por medio tiempo en forma externa. Desconociendo que lo que ellas llaman buen salario se justifica por la cantidad y el tiempo invertido en el trabajo, que contrastándolo con casas de menores dimensiones en cuanto al aseo podría ponerse en cuestionamiento el costo del trabajo. Una líder cristiana decía que ellas “cobraban caro, estaban acostumbradas a que les pagaran bien...”⁸⁸ confirma que les gusta trabajar para la “gente rica”. Un análisis de la subjetividad con la que se mira el trabajo, podría tener una explicación psicológica y sociocultural, pues piensan que el trabajo de cuidado es para todas las mujeres, sin distingos de estatus social, pero el servicio es para las pobres.

Al entrevistar a José Tomás Márquez, dice “desde que tengo uso de razón”:
“La mujeres de Guacoche se han caracterizado por dejar sus hogares solos y desplazarse a Valledupar a trabajar como empleadas domésticas, sobre todo por el buen ejercicio de la gastronomía, de una parte es la herencia africana, que predomina en Guacoche, a las mujeres de Guacoche las buscan muchísimo por eso, o sea, por la cuestión del saber cocinar y muchas de las mujeres se trasladaban a Valledupar a servir como empleadas del servicio doméstico, se le conoce a esa labor en las casas de Valledupar, o sea que ha sido muchísima la influencia de la mujer, el saber cocinar para trabajar en las casas adineradas de Valledupar”.⁸⁹

Este punto es interesante analizarlo, pues el trabajo doméstico y de cuidado enfatiza en el componente material como limpiar la casa, preparar alimentos, lavar la ropa, cuidado de niñez y ancianos entre las múltiples actividades que le corresponde, que son simultáneas a veces y que en general no tienen horario. Pero también se presenta el componente afectivo-relacional, el cuidar a otras u otros, estar pendiente de sus necesidades individuales, materiales e inmateriales, las relaciones de convivencia diaria, el trato compromete subjetividades. Indiscutiblemente, la convivencia genera

⁸⁸ Señora Pastora, líder cristiana, comunicación personal en Guacoche octubre 2013.

⁸⁹ José Tomás Márquez, líder del Concejo Comunitario, comunicación personal, 29 de mayo 2013.

relaciones donde lo afectivo se entreteteje con lo personal, más cuando el lugar de trabajo es al mismo tiempo de vida y consumo. El afecto para la empleada, es el principal problema, sobre todo si viene del campo, pues significa que ha dejado a la familia de origen, enfrentando una situación de desarraigo tanto cultural como afectivo, el cual se traslada a las personas del nuevo hogar donde va a trabajar. Este afecto se permite mientras no traspase la línea de clase inmersa en la relación empleadora-trabajadora doméstica, mediado por la diferencia de clase, la cual a su vez opera dentro del sistema psicoafectivo de la empleada para interiorizar la inferioridad. Situación que es un obstáculo para tomar conciencia de las contradicciones laborales en las cuales está inserta, “En esta mezcla de relaciones laborales, afectivas y personales, la identidad de la trabajadora se vive como una confusión entre identidad de género e identidad profesional”. (León 2013:200, citando a Arango, 2008)

Las diferencias de clase aparecen explícitas hasta en los mismos diseños arquitectónicos, cuidadosos en segregar el espacio para la trabajadora doméstica. Generalmente la pieza o dormitorio está en conexión directa con la cocina, diciéndole simbólicamente “este es tú lugar”. En las antiguas casas, el dormitorio de la empleada estaba retirado y en la investigación se evidenció que ese fue uno de los motivos del retiro de una de las mujeres de Guacoche, porque además de que la discriminaban con la comida (le daban calentado), a lo que no estaba acostumbrada, por eso se retiró muy disgustada aunque los empleadores/ras estaban gustosos con sus servicios.

Las relaciones afectivas y de consideración se palpan en que los cónyuges de la trabajadoras pueden llegar a la casa de la empleadora a dormir con ellas, están pendientes cuando sus hijos e hijas se enferman e incluso les brindan apoyo logístico movilizándolos en sus lujosos carros frente a una calamidad doméstica de la empleada; pero todas esas atenciones también pueden obedecer a que si la

empleada no puede realizar los quehaceres, se le complican las cosas a la empleadora. Dice una joven “Trabajo en el Barrio Novalito... con personas muy consideradas, nobles, personas que les gusta ayudar a las personas que les están trabajando”. Dice una Trabajadora doméstica de 36 años refiriéndose a su empleador que es “El rico más bueno del mundo”.

En todo caso, según Jorge Orlando Melo, el trato para con la trabajadora doméstica “... puede variar entre una simple relación laboral, una imposible relación de amistad con la empleada de toda la vida...” (Melo, 2013). Lo cierto es que la relación íntima está marcada por el conflicto, por el sometimiento humillado y resentido de quien en lo más profundo de su ser siente, que es una sirvienta.

A pesar de la legislación que establece límites en el horario y descansos dominicales y festivos, hoy como ayer “se obedece pero no se cumple”. El horario de las internas oscila entre las 06:00 a.m. y las 08:00 p.m. Cuando les toca por días/externas se levantan hasta a las 04:00 a.m. para dejar los oficios de su casa realizados y alistar a los hijos e hijas sobre todo si están en la etapa de infancia para la escuela o el Hogar Comunitario. En este caso, los niños y niñas quedan en los hogares de bienestar comunitario o al cuidado de un familiar generalmente la abuela. Los horarios de trabajo son un aspecto crítico, porque es una persona a disposición de un empleador, que puede utilizar su tiempo a su antojo, mutilándole a la trabajadora todas las posibilidades de crecimiento y desarrollo personal.

Las feministas han acuñado el término *sororidad* frente a la dificultad que tienen las mujeres de reconocerse en los diferentes espacios. Para el caso de las trabajadoras domésticas, quienes son más exigentes en el cuidado del hogar son las mujeres amas de casa que deben vigilar porque todo esté bien organizado y preparado. Ellas son las jefas del hogar y quien más que ellas para saber si el trabajo está bien o mal

hecho. Este es un asunto donde poca incumbencia tienen los hombres, que gozan de los dividendos patriarcales de ser servidos y atendidos, porque lo de ellos es el trabajo productivo en el espacio público que tiene un valor en salario.

Decía una entrevistada de 20 años, tecnóloga: “Cuando llega (empleador)... a él le gusta sentirse bien atendido... que si el vaso de agua, que si esto y lo otro”. La trabajadora a la hora que llegue el empleador tiene que estar en una actitud de disposición para lo que se ofrezca al empleador, como parte de la cadena de cuidado donde no está la cónyuge, pero está otra mujer a quien le pagan para que la sustituya en la responsabilidad cultural de atender a su pareja.

La lealtad y honradez en la prestación del servicio produce su derivado, que es el agradecimiento de la empleadora hacia la trabajadora doméstica y su familia, hasta el grado de desarrollar algún tipo de consideración a tal punto que se convierten en madrinas/padrinos de sus hijos e hijas. Esto se evidenció en las entrevistas donde expresaron que en el corregimiento tenían este tipo de vínculos con muchas personas del lugar. Pero a su vez, no sólo las hijas pueden llegar a ser trabajadoras domésticas, heredando el puesto de su madre, sino que puede ampliarse a las hermanas/hermanos, tías-tíos y otros allegados. El buen comportamiento de una empleada le abre el camino laboral a otras mujeres, especialmente familiares y personas muy allegadas.

También puede llegar a suceder que si necesita una recomendación del empleador/empleadora para un empleo, sea o no doméstico por la relación del patrón con algunas instancias gubernamentales y privadas para un familiar puede contar con ese tipo de ayuda fortaleciéndose el vínculo de agradecimiento de favores y contra favores, fortaleciéndose las relaciones paternalistas de afecto, pero siempre dentro de las relaciones desiguales de poder o patronazgo.

Por parte de los empleadores y empleadoras, se pudo detectar empíricamente y por el trabajo cualitativo, los requerimientos de los empleadores y empleadoras respecto a las trabajadoras domésticas. Es frecuente escuchar que las trabajadoras domésticas son un “mal necesario” y por lo general, las privilegiadas son las que residen en zonas rurales. Según Magdalena León (2013), el servicio doméstico es ejercido por mujeres de sectores populares de origen rural, indígena y afro-descendiente, lo cual aumenta y potencia su infravaloración. El servicio doméstico en el seno del hogar se constituye en una relación entre mujeres, es decir, entre empleadora-trabajadora doméstica. Esto supone una asimetría de poder que da paso a relaciones contradictorias entre mujeres y entre clases sociales diferentes. (León, 2013:199). La preferencia será porque son “ignorantes”; sino tienen experiencia mejor: se les enseña (la pureza de la campesina la convierte en una privilegiada para que la empleadora la entrene y sea su fiel copia en el trabajo que le toca realizar); la escolarización es por lo general baja, son ingenuas e inocentes, no tienen “mañas”, no tienen familia en la ciudad donde trabajan y por eso prefieren estar internas y no presionan por salidas. Si trabajan medio tiempo, siempre existe la desconfianza o sospecha de llevarse “cosas” para la casa donde residen. Jorge Orlando Melo (2013) afirma que sobrevive la visión social de amos y siervos/siervas y todavía en la actualidad las empleadoras las traen del campo. Como Guacoeche es un corregimiento que, a pesar de su cercanía a Valledupar, se vive un ambiente rural caracterizado por una alta cohesión social, las personas se conocen y existen muchas relaciones de familiaridad y compadrazgo. No obstante, la afirmación que la solidaridad y ayuda mutua se han perdido, no es totalmente cierto porque todavía se hacen recolectas, cuando alguien fallece y no tiene para el cajón mortuario. Para dónde sale una empleada doméstica en su día de descanso deseosa de sentirse liberada de un trabajo repetitivo, tedioso y aislado, donde no puede, en no pocas ocasiones, sostener un diálogo simétrico con quienes convive, porque no es en últimas, igual a los de la casa donde vende sus servicios.

Para contratar los servicios de una trabajadora doméstica, actualmente las “patronas” o empleadoras tienen que pedir recomendación de sus amigos, de la misma empleada doméstica si tiene buenos antecedentes, de conocidos o familiares que le aseguren que la persona es honrada y tiene buenas costumbres. Las referencias de ex empleadas de otras familias o de hermanas, primas o parientes gozan de privilegios para la futura empleadora porque les garantiza que la persona que va a contratar es merecedora de su confianza.

Desde el momento de la abolición de la esclavitud en el siglo XIX, el contingente de esclavos que trabajaban en el Valle de Upar buscó entre otros sitios, a Guacoeche para poblarlo; por tanto, parece que el trabajo doméstico en el corregimiento tiene ese hilo histórico de transmisión de generación en generación, por eso no es extraño que las mujeres adineradas las prefieran de ese lugar. Sin embargo, no es una determinante histórica, sino un proceso ligado a la cercanía de Valledupar, que también lo hacen personas de otros corregimientos, aunque siempre ha habido preferencias por las mujeres de Guacoeche. Hay un hecho significativo, y es que las tinajeras jamás hicieron trabajo doméstico asalariado mientras fabricaban tinajas, ni en momentos de dificultad, que podía ser cuando llovía y tenían dificultad para comercializar sus productos o por falta de dinero, ya que vendían a crédito la mercancía que iban a cobrar cada quince días.

Todavía permanece en la memoria colectiva de las personas de edad adulta y avanzada, el primer contingente de mujeres hijas de tinajeras que no quisieron conservar la tradición ancestral y se decidieron por el trabajo doméstico asalariado (TDA) en las casas que estaban en la Plaza de Valledupar, y se encargaron de abrir las puertas a otras generaciones de Guacocheras con sus servicios leales, alegría, buena cocina y buen baile.

La señora Adela María Márquez Zuleta, mujer Guacochera de 83 años, con baja escolaridad, hija de una Maestra tinajera quien tajantemente manifestó que ni a las hermanas ni a ella le gustaba el trabajo de barro, dice: “Me fui para el valle, a trabajar con ellos... los patrones. Antes en el Valle decía la gente... buscaba servicio, hay ve, búscame una muchacha de Guacoche, que sea buena, que es para esto y esto otro, hay no, yo le busco una, pero, usted quizás no la recibe porque tiene tres, cuatro, cinco hijos. Hay no, a donde comen uno, comen diez, eso es lo que decían antes, y ayudaban, a mí me ayudaron mucho, los patrones, ya cuando los últimos, que fueron los más pequeños (los hijos), los levanté donde una familia ahí en el valle, la de los Montero, de Carmen Montero, ahí levanté a mis últimos hijos... yo trabajaba allá, de por meses y esas cosa, y ellos a mis hijos me los quisieron mucho, lo que fue doña Carmen, Martin Montero y su hija, todos ellos me querían mis pelaos. Yo cuando venía a ver me decían, Adela, aquí está la matrícula de los pelaos, bien Adela, aquí están los cuadernos de los pelaos, eso era una ayuda para mí”.⁹⁰

En este relato se observa además de la preferencia que las élites tenían por las mujeres Guacocheras, el hecho de que aceptaban que la mujer trabajara con sus hijos e hijas en la casa donde se internaban, debe ser excepcional. Aunque no se profundizó más en la entrevista sobre la edad de los hijos-hijas de esta descendiente de tinajera, fenómeno que no es ajeno a las situaciones vividas por la mujer en época de esclavitud colonial y tal vez posteriores a la misma, donde le correspondía estar en casa de los amos con su descendencia, con la diferencia que en el ayer heredaban la calidad de esclavo-esclava de la madre y en la situación descrita -en una conjetura provocadora-, lo más seguro era que las hijas ayudaban a su madre en los oficios a ella asignado y los varones también, de acuerdo al rol genérico en la división sexual del trabajo.

⁹⁰ Señora Adela, mujer Guacochera que ejerció el servicio doméstico toda su vida. Comunicación personal, 2013

Las relaciones paternalistas dentro de la jerarquía étnico/racial, genérica y clasista se evidencian en este relato y otras entrevistas realizadas. Es tanto la relación ambigua de afectividad entre empleadores/empleadoras y trabajadoras domésticas remuneradas, que una de estas mujeres de élite compró una casa en Guacoeche porque se siente parte de este lugar, a través del vaso comunicante representado en la afrodescendiente que abnegadamente se esmeraba por brindarle condiciones materiales y afectivas para su bienestar, aunque fuera pagado. El historiador Valduparense Hugues Sánchez habla de las relaciones paternalistas amo-esclavo propias de un trabajo donde se mezcla intimidad, vida cotidiana, convivencia que generan relaciones laborales que sin duda, comprometen la parte psicoafectiva, así sea en condiciones de desigualdad; esto se da desde la diferencia clasista y racista.

Ayer, esclavistas crueles que azotaban y humillaban a los criados y sirvientas, pero también la historiografía da cuenta de la existencia de amos generosos que han interiorizado los valores éticos del cristianismo, y frente a la lealtad de sus esclavos y esclavas les concedían libertades graciosas, que avece eran burladas por sus herederos. Hoy, hay empleadores y empleadoras humillantes y déspotas pero en contraste, hay otras con rasgos de más respeto a la dignidad humana, aunque mediado de la distancia social que brindan buen trato y apoyo a las trabajadoras domésticas.

En la época de la Colonia, la lealtad y el buen servicio era reconocido por algunos amos que terminaban dándoles libertad a sus esclavos y esclavas. Pero quienes más se beneficiaban con la manumisión eran las mujeres porque fueron las que mayoritariamente prestaron el servicio como sirvientas ciudadanas, que entre otras cosas, eran las más privilegiadas en medio de todas las adversidades que se relatan de los afrodescendientes esclavizados/as en ese período histórico. Hoy como ayer, la lealtad sigue siendo premiada, pero eso sí, en medio de la discriminación y jerarquía de clases/raza/género. Valoran altamente la lealtad y los buenos servicios,

por eso las Guacocheras están posicionadas como buenas trabajadoras domésticas entre la gente de bien de Valledupar. La lealtad incluye no cometer hurtos en la casa y después que sean honradas y se les tenga absoluta confianza, se le pueden perdonar algunas negligencias menores en las labores encomendadas cotidianamente. Ese es otro estigma de la trabajadora doméstica, que siempre están bajo sospecha de que algo pueda robarse y su honradez es sometida a prueba, dejándole objetos para verificar si es capaz de cometer el ilícito.

En este apartado se expone la concepción de las Guacocheras entre el trabajo artesanal tinajero con el de empleadas domésticas remuneradas, preferiblemente en las casas de Valledupar. En entrevista realizada a mujeres que se han desempeñado en el trabajo doméstico y tienen lazos de consanguinidad con tinajeras maestras, afirman que no hay punto de comparación entre uno y otro trabajo. El trabajo doméstico es garantía cierta de un salario, techo y comida segura. Y hasta los útiles de aseo los regalan en las casas de las familias donde venden su fuerza de trabajo. Para ellas todo es ganancia, no hay que realizar ningún esfuerzo previo.

Contrario a lo que sucede con el trabajo de barro tinajero donde hay que hacer una inversión de esfuerzo inicial: buscar barro, cortar leña, amasar el barro, bruñir, quemar la tinaja, comercializarla, entre otras. Y los ingresos son inciertos porque así como se puede vender puede suceder lo contrario, agregándole que la producción se puede estropear. Lo apremiante es el dinero para solventar necesidades individuales y familiares: no hay de otra, la alternativa inmediata es el trabajo doméstico asalariado. Para ellas, que vivenciaron y ayudaron a sus madres y/o familiares así sea de mala gana, el trabajo tinajero es una actividad muy dura como se ha venido reiterando. Cuando la tinajera estaba haciendo las tinajas eso es “dale que dale” en forma incansable olvidándose del tiempo que le representaba, porque la meta era cumplir con los objetivos mentalmente trazados. Una empleadora manifiesta que el trabajo tinajero es mejor como actividad empresarial.

En síntesis, para las mujeres Guacocheras el trabajo doméstico es mejor porque simplemente es menos pesado y es una fuente de ingresos segura. La evidencia empírica es que las hijas de tinajeras rompen la tradición internándose en casas de familia de Valledupar porque tajantemente el trabajo no les gustaba. Frente a lo anteriormente descrito es bueno hacer algunas precisiones: el trabajo artesanal es una actividad de tipo empresarial independiente y autónoma, aunque sea para el auto aprovisionamiento y subsistencia, en cuyos contextos se hace necesario distinguir entre la pobreza como subsistencia y la miseria como carencia. Es importante separar el concepto cultural de una vida simple y sostenible definida como pobreza, de la vivencia material de la pobreza como resultado del despojo y la carencia. (Shiva 2005)

La alfarería tinajera es lo propio, el trabajo doméstico es lo ajeno, lo de otro u otra. La invisibilidad del trabajo por ser hecho por mujeres afrodescendientes y rurales plantea la urgencia de concertar apuestas de desarrollo que cualifiquen sus prácticas tradicionales de producción, erradicar la pobreza y reconocimiento de su vida social y cultural (art. 49, ley 70 de 1993) de las mujeres tendientes a procurar su empoderamiento socioeconómico y político en procesos concertados y mediante consulta previa.

La Constitución Política de 1991 y sus desarrollos legales plasmados entre otros en la Ley 70 de 1993, que sustentan normativamente los procesos que vienen impulsando las comunidades afrodescendientes, reivindican el derecho a la identidad, al etnodesarrollo y la defensa del territorio. Hasta dónde se puede ver, el trabajo doméstico por lo interacción diaria y cotidiana empleador/empleadora y la trabajadora doméstica interfiere en estos propósitos. Las élites de Valledupar tienen una mentalidad colonizada por los valores eurocentristas: ¿hasta dónde profundizan el proceso de aculturación y/o transculturación de las afrodescendientes?. En la

preservación de la cultura Guacochera: ¿qué impacto tiene sobre las generaciones la aculturación y/o transculturación de las mujeres, teniendo en cuenta el papel socializador central de la mujer en la familia matrifocal? En el período de la Colonia. El trabajo como sirvienta también representaba una amenaza para la preservación y mantenimiento de la cultura, aspectos poco profundizados en la historiografía, pero este proceso fue identificado por una amenaza por investigadoras como Beatriz Helena Castaño Zapata,.

La estadía de la trabajadora doméstica como interna en casas donde permanecen encerradas y aisladas y/o la mayor movilidad para las que prestan el trabajo externo, ¿hasta dónde afecta la unidad mujer-territorio-cultura?. La artesanía representa arraigo y sentido de pertenencia, interacción creativa mujer-lugar-naturaleza. El trabajo artesanal y el trabajo doméstico son actividades que demandan energía física y psíquica. ¿Hasta dónde el esfuerzo físico que representa el trabajo artesanal se puede compensar con las humillaciones y la discriminación, así sea encubierta inherentes al trabajo doméstico?. Esta visión, por supuesto se hace desde una lectura exterior a quienes viven la experiencia, pero está directamente ligada a un proceso de reparaciones de los afros que se ha esperado desde hace siglos. ¿Si no es ahora, cuando estas mujeres dejarán de ser la mano de obra barata de una sociedad que no sólo las discrimina por su color, sino que les determina un puesto de servidoras desde la Colonia, en toda inferioridad, frente a unas leyes que pretende repararlas y darles el status que nunca tuvieron?

CAPITULO III

LAS MUJERES GUACOCHERAS Y EL TRABAJO DOMÉSTICO

En este capítulo se exponen los hallazgos del trabajo de campo realizado relacionados con el trabajo doméstico desde la perspectiva de las trabajadoras domésticas asalariadas de Guacoche.

El trabajo doméstico como actividad de subsistencia

El trabajo doméstico sin remuneración es el que siempre han hecho las mujeres en el grupo doméstico entendido éste “como conjunto de personas que conviven, que comparten estrategias económicas” (Pérez y Del Río, 2002:2). Incluso como se anotó las mujeres artesanas subalternas como las de Guacoché conciliaban trabajo productivo/trabajo reproductivo y cuidado.

Magdalena León afirma que el trabajo que presta la empleada del hogar no sólo es una ocupación del mercado donde se vende y compra una fuerza de trabajo, sino que es un modo de vida: Está tan arraigado en las estructuras mentales de estas mujeres el servicio doméstico, que es un estilo de vida para ellas.

El derecho a la condición de ser con autonomía y autoestima elevada es una reivindicación de las mujeres afrodescendientes; ahora bien, frente a la crisis económica y necesidad de generar ingresos inmediatos, las mujeres en forma práctica trasladan al espacio público la labor que se considera propia de la naturaleza femenina, tienen experiencia, es lo que han visto haciendo a sus madres y en general a las mujeres del lugar. En la subjetividad de las mujeres Guacocheras tinajeras no existió la convicción de convertirse en grandes empresarias para acumular riqueza en el contexto del capitalismo periférico y esta parece ser la situación de una gran parte del artesanado “... pensar en una mayor participación en la economía de mercado, no parece una preocupación del artesano” (CYTED, 2011:15).

Esta afirmación es una evidencia empírica como se ha señalado y lo confirma una hija de tinajera que su madre le decía que no se dedicara a la tinajería porque ya la actividad no daba para complementar los ingresos familiares, y por lo tanto se hacía

necesario buscar alternativas laborales para asegurarse un mejor futuro. Al desaparecer la importancia utilitaria de la tinaja ¿qué hacer?. Las diferentes formas de opresión de las afrodescendientes en el país se constatan en la baja cualificación del llamado ahora talento humano en la era del conocimiento y la información. De artesanas ahora tienen que realizar un trabajo fuera del hogar, al que históricamente estuvieron sometidas como esclavizadas en la Colonia y de la cual perviven relaciones sociales de servidumbre, donde ayer como hoy, existen poco respeto y valoración por el ser humano.

No se está ante un hecho novedoso, a pesar de la modernización capitalista del país y el avance en Derechos Humanos, persiste la llamada pobreza histórica aquella que el Estado no sabe qué hacer con ella para mejorar los indicadores sociales desde la visión economicista, donde se encuentran las llamadas minorías étnico/raciales “Así como en otros tiempos la mujer fue protagonista del desarrollo artesanal, para estos tiempos su vinculación como empleada doméstica en las ciudades va a marcar otro elemento identitario”. (Galán y Noreña 2003: 77)

El trabajo doméstico se definía como el que se realizaba en el hogar para la reproducción de la fuerza de trabajo, y que también incluye prácticas de cuidado orientadas a mantener el equilibrio psicoafectivo y emocional de sus miembros. “La mujer culturalmente es la que debe asumirlo por ser el papel principal, que debe cumplir en la sociedad que la confina a ama de casa, madre y esposa. Más que un trabajo, es un servicio propio del rol femenino que está obligada a prestar al esposo hijos, hijas y otros, sin ningún tipo de remuneración, como expresión amorosa de su función en la familia. Desde las teorías económicas clásicas no se considera trabajo, por eso las mujeres no forman parte de la Población Económicamente Activa (PEA), siendo esta el reflejo más claro de la subvaloración que acompaña al trabajo doméstico”. (León 2013:199)

La división sexual del trabajo explica las relaciones desiguales y jerárquicas en las cuales el trabajo reproductivo de las mujeres en la esfera privada es invisible y carece de reconocimiento social, no obstante que asegura la oferta de mano de obra brindando bienes y servicios que de no ser por el trabajo gratuito de la mujer tendrían que ser solucionados por el mercado y el Estado.

En el marco de la división sexual y clasista del trabajo, cuando el ama de casa transfiere o delega las tareas domésticas que son parte de su rol, por lo general, en una mujer que necesita ser remunerada por su trabajo en un hogar que no es el suyo, el trabajo doméstico se convierte en Trabajo Doméstico Remunerado, dando lugar al surgimiento de la figura de empleada doméstica. “La delegación de tareas puede ser parcial o total. La modalidad que reviste este trabajo son como empleada interna o residente que convive con los empleadores y empleadoras (puertas adentro); y la empleada externa o por días, que vive fuera del hogar de los empleadores y empleadoras, va sólo durante la jornada laboral y puede trabajar en varias casas de familia”. (León 2013:199). En Valledupar se ha generalizado el empleo doméstico externo (puertas afuera) por medio tiempo, las mujeres empiezan su labor a las 06:00 a.m. y a las 02:00 p.m. aproximadamente, después que han terminado todos los quehaceres del hogar que las contrata, se van para sus sitios de residencia.

Magdalena León parte de la categoría de análisis TDR para diferenciarlo del servicio doméstico, trabajo del hogar, trabajo en casa particular, trabajo en casa de familia y las innumerables acepciones que tiene, en tanto lo que se requiere con esta nominación es “identificar y criticar la subvaloración que lleva a la invisibilidad y evidenciar que es un trabajo remunerado, que está mediado por una relación laboral en la que existe la figura del salario” (León s.f.:5 4p.).

Actualmente se llama la atención de una re-significación del trabajo doméstico y cuidado, como aquel que permite la sostenibilidad de la vida humana, categoría utilizada por Cristina Carrasco (2009) y que tiene una dimensión objetiva/material y otra subjetiva. Las palabras trabajo y doméstico deja por sentado que es un trabajo y no un servicio, y que tiene importancia porque se trata de un servicio personal que busca satisfacer necesidades humanas de asistencia y cuidado, que tiene características diferentes al trabajo del mercado laboral capitalista, porque compromete una parte afectiva y relacional. Las categorías invisibilidad y discriminación del TDR, tiene diferentes connotaciones que Madalena León resume en aspectos tales como: “Trabajo que forma parte del trabajo de cuidado, la estrecha relación con el trabajo doméstico de la mujer ama de casa, el grupo social y étnico de las mujeres que lo ejercen, las relaciones en el ejercicio de las actividades con la restante clase trabajadora y la legislación que lo rige que ha avanzado con la expedición”. (León s.f.:5 4p.)

Al aceptar las diversidad cultural del país, este sector de la estructura ocupacional es ampliamente conocido donde las mujeres tienen más vulnerado sus derechos laborales y como persona. Entre los principales problemas se destaca (Peredo, 2003: 59)

- No existe delimitación en el horario laboral, generalmente trabajan 14 horas en promedio. La cultura patronal no respeta las horas de descanso, el tiempo libre ni su privacidad. Es una persona que, como se describió para la época de la Colonia, siempre debe estar dispuesta para la “patrona” hoy llamados -empleadores y empleadoras- como ante para los amos.

- Las condiciones de vivienda y alimentación en los sitios de trabajo no son buenas en términos generales. El espacio de alojamiento es segregado del resto de la casa, próximo o en conexión directa con la cocina, sobre todo en las nuevas construcciones. Anteriormente la habitación era un espacio físico completamente separado de la casa.

Posteriormente, la pieza de dormitorio, aunque dependiente de la vivienda, no tenía conexión con ella sino hacia el patio y el lugar de entrada y salida era por el portón que daba a la calle. Hasta las personas que las iban a visitar eran sometidas a este humillante trato. Esta segregación clasista y racista del espacio físico es por el estigma que cargan las empleadas domésticas que están siempre bajo sospecha de conductas delictivas como el hurto.

- Dificultad para acceder a oportunidades educativas por las extenuantes y prolongadas jornadas de trabajo.
- Las mujeres están sometidas al acoso sexual cuando se trata de trabajadoras sobre todo cuando son “internas” o “cama adentro”, con escasa privacidad, bajos niveles de control y decisión sobre la vida privada. Fenómeno que recuerda tiempos coloniales donde los amos disponían hasta de la sexualidad de las criadas y sirvientas.
- Discriminación social, racial y cultural. Es un trabajo que generalmente realizan las mujeres afrodescendientes, indígenas, mujeres con necesidades básicas de las áreas urbanas y rurales.
- Las relaciones y condiciones de trabajo de estas mujeres se insertan en características propias de formas pre capitalista como rasgo distintivo, a pesar de los adelantos en materia de Derechos Humanos y avances tecnológicos, la esencia de la profesión no ha variado al considerarse como servidumbre y de la Ley.

A los aspectos problemáticos anteriores se añade:

- Bajos salarios, la precariedad, irregularidad, inestabilidad, omisión de los empleadores y empleadoras en ajustar su estatus a las normas legales, presión constante para realizar trabajos adicionales.

- El alojamiento y la manutención son considerados parte importante del salario y se convierte en el mejor pretexto para pagarles poca remuneración, en la legislación no puede ser superior al 30% del salario.
- “El aislamiento en las cuatro paredes de la casa donde presta sus servicios como empleada doméstica, limitan el proceso de sindicalización” (León s.f.4p.). Escaso contacto con otras empleadas domésticas y el mundo exterior. Sus contactos interaccionales se limitan a las personas que habitan en la casa de familia donde desempeña su trabajo.
- Cabe resaltar, los claros sesgos clasistas, racistas y de género del trabajo doméstico al ser realizado por un elevado número de mujeres sobre todo del área rural o pequeñas localidades, que empiezan desde jóvenes muchas de ellas indígenas o afrodescendientes.

En épocas recientes existe la tendencia a que mujeres adultas y oriundas del área urbana se dediquen a esta ocupación. Es posible que algunas de estas mujeres sean separadas o divorciadas, que durante su vida en pareja fueron amas de casa y frente a la necesidad de obtener ingresos, y dado su baja escolarización, les haya tocado acudir al TDR. Las mujeres vinculadas a este sector, incluyendo las más jóvenes, son madres de hijos e hijas que se convierten en su razón de ser. (León, s.f. 7 4p.)

Una de las preocupaciones relacionadas con este tipo de actividad son las relaciones laborales que le son intrínsecas, que trascienden lo jurídico-legal, ya que el trabajo que presta la empleada del hogar no sólo es una ocupación del mercado “donde se vende y compra una fuerza de trabajo, sino que es un modo de vida”. (León 2013:199 citando a Gálvez y Todaro: 1984, Castro: 1982, Figueroa s. f., León: 1984)

En lo referente a las relaciones laborales, la legislación que rige el TDR actualmente es discriminatoria, y particularmente, no respeta el derecho a la igualdad de las normas laborales, ya que son diferentes a las del resto de trabajadoras del país lo cual implica una explotación legitimada en la normatividad laboral, al analizar las formas de contratación, remuneración salarial, aguinaldo o gratificaciones, horas extras, jornada laboral, descansos diarios y semanales y terminación de la relación laboral. Según la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) citado por León, “la situación de discriminación inherente al TDR profundiza las brechas sociales entre las mujeres y las brechas de género dentro de los mismos trabajadores pertenecientes a los sectores populares”. (León s.f. 74p.)

El modelo neoliberal aperturista, ha precarizado el empleo en general y en particular el femenino, lo que conlleva a insertarse en ocupaciones poco calificadas por el nivel de escolaridad y las escasas oportunidades de acceder a un empleo decente, como lo señala la Organización Internacional del Trabajo y formalmente lo recoge la Legislación del país.

Racialización del trabajo

El poder Colonial, capitalista, generó la racialización del trabajo y le reservó a los aborígenes y afrodescendientes trabajos que deshumanizan y matan (Lugones, 2012). Las características del trabajo tinajero es la dureza en todas las fases del proceso: Movilizarse a Guacochito donde está la mina, extraerlo, cortar la leña con hacha o machete, son trabajos que no tienen nada que ver con la delicadeza de la feminidad que se atribuye sobre todo a las mujeres blancas, por eso Sueli Carneiro (2005) habla del “mito de la fragilidad femenina”, aplicable a las mujeres s pero que nada tienen que ver con la realidad de los afrodescendientes.

“Nosotras -las mujeres-negras- formamos parte de un contingente de mujeres, probablemente mayoritario, que nunca reconocieron en sí mismas este mito, porque nunca fueron tratadas como frágiles. Somos parte de un contingente de mujeres que trabajaron durante siglos como esclavas labrando la tierra o en las calles como vendedoras o prostitutas”. (Carneiro 2005:22)

El trabajo doméstico también reviste estas características y se encuentra en jerarquías más bajas de valoración social. La discriminación racial se manifiesta en los diferentes espacios y actividades incluyendo el laboral. Ahora, cuando se habla de imagen corporativa, las privilegiadas son las mujeres de buena presentación personal, que generalmente son blancas.

La escuela es un potente espacio de socialización que reproduce y legitima las relaciones de discriminación y subordinación de la sociedad. Las entrevistas e información obtenida de las dos tinajeras sobrevivientes y de las hijas de tinajeras evidencian empíricamente bajos niveles de escolarización. El Censo Nacional del sector como se describió anteriormente da cuenta de esta situación, no debe olvidarse que cuando la actividad tinajera estuvo en pleno auge -1940-1980- la escolarización, no se había masificado y menos en el sector rural. La educación influye en diversos aspectos del trabajo y la visión del mundo de estas mujeres. La educación formal, con todas las críticas que puedan hacersele, brinda herramientas teórico-conceptuales para entender e interpretar el mundo. Max-Neff, (1998) establece una jerarquía de necesidades humanas fundamentales que son en su orden: subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación, ocio, creación, identidad, libertad. El entendimiento es la cuarta necesidad humana más importante de las personas y desde una visión no economicista, quien no satisfaga una de estas necesidades, estaría afectado por pobreza. La importancia de la educación para el desarrollo humano es tan estratégica, que desde los procesos de descentralización política, administrativa y fiscal con énfasis municipalista, que profundiza normativamente la

Constitución de 1991, la privilegia junto a la salud dentro de las prioridades legales y de política pública.

Uno de los satisfactores de la necesidad de entendimiento es la escolarización, que les hubiera permitido a estas mujeres resignificar y valorar su actividad, introducir criterio gerencial, informarse, gestionar, asociarse, buscar asesoría, capacitación y asistencia técnica en fin, todo aquello que posibilitara mirar más allá del universo cotidiano inmediato en que quedaron inmersas estas mujeres, ante el imperativo de sostener a su familia, ya sea como madres cabeza de hogar o para complementar el ingreso de la pareja. No se conoce ninguna que haya trascendido el nivel de subsistencia en la actividad alfarera. La labor tinajera aunque se realice en el ámbito del hogar, goza de independencia frente al trabajo remunerado en una casa de familia, y sin embargo, las mujeres tal y como se anotó anteriormente, prefieren este último, que es como retomar las antiguas formas de servidumbre, mientras que el trabajo artesanal puede asimilarse a un trabajo de auto provisión desde la resistencia de los sectores subalternos, aunque estas féminas no tengan conciencia de ello.

Producto del proceso de imposición de un modelo hegemónico universalista que valida como bueno los patrones culturales de Europa Occidental y Estados Unidos (euro-usa-centrismo), los grupos étnico/raciales son desvalorizados. Esto se evidencia en las representaciones, prácticas sociales, imaginarios, cosmovisiones de las élites y sociedad en general al momento de reconocer la multiculturalidad y pluriétnicidad. Esta situación ha impactado en las representaciones individuales y colectivas. No es extraño que los aborígenes y afrodescendientes sientan vergüenza de ser ese otro u otra, menospreciado y desvalorizado en su persona y de todo lo que realiza. Las representaciones colectivas de lo premoderno, tradicional tiene como sinónimo en el lenguaje popular de “corroncho” y se asocia a lo rural, y si a la categoría rural se intercepta con afrodescendiente que se asimila a lo malo (día negro), la subvaloración se acrecienta porque se le otorga un significado preponderante a lo

ciudadino y todo lo que proviene del mundo desarrollado. Esto explica la escasa valoración hacia la cultura material que también tiene marcas clasistas, racistas y de género, a tal punto que se ha vendido la idea que el progreso está en las ciudades que es donde están las oportunidades.

De lo anterior se desprende la insistencia de diversos actores y actrices de la academia, sociales, políticas y comunitarias sobre la amenaza de las tradiciones ancestrales culturales, de los grupos étnicos/raciales por efectos del fenómeno globalizador; de esto no escapan la elaboración de artesanías como en el caso de las tinajas. No sólo porque su futuro peligra como actividad económica y representación simbólica de la artesanía de las mujeres Guacoheras, sino porque están comprometidos además los derechos de los pueblos afrocolombianos, a ser los dueños de su propio territorio y de su propio futuro, modificando los sistemas educativos que están en la base de la crisis actual como lo prevé la Ley 70 de 1993.

Por lo tanto, proteger y revalorar este trabajo ancestral es de significativa importancia y de ello han tomado conciencia los actores gubernamentales y no gubernamentales internacionales al diseñar y ejecutar programas y proyectos por mantener viva esta tradición, buscando especialmente que la actividad se convierta en factor de desarrollo endógeno del corregimiento (que puede ser ampliado a los demás pueblos afro de la región) para mejorar la calidad de vida de sus habitantes.

Las Guacoheras y el trabajo doméstico para la élite de Valledupar

Como se ha expuesto ampliamente, el trabajo de sirvienta o criada fue inicialmente impuesto a los esclavizados en la época Colonial, lo hacían indistintamente hombres y mujeres. También lo ejercían las afrodescendientes, mulatas y mestizas libres, no había otra opción laboral. Con el desarrollo del capitalismo en el país, el trabajo doméstico adquiere un nuevo significado, la economía capitalista y bajo el paradigma

de la economía neoclásica, se asimila trabajo-empleo en el mercado laboral y se visibilizan otras formas de trabajo como el que se realiza en el grupo doméstico, encargada de la gestión de cuidado para la vida humana, dentro de una jerárquica división del trabajo por sexo y edad.

Por tradición oral y debates de historiadores locales, se resalta el papel de la esclava de confianza de la heroína Vallenata María Concepción Loperena de Castro.

“Francisquilla, mi fiel criada, guarda estas confesiones; lo que se habla a veces no es igual cuando se escribe. Algún poeta encontrará en la memoria del viento la sonoridad de estos versos que los provincianos del Valle de Upar cantaron al son de las guitarras. También, muchos años después, algunos hombres buscarán artimañas para negarme. A Cristo lo han negado tantas veces, pero la fe sigue irradiando los caminos. Las páginas de la historia darán testimonio que jugué mi vida por la independencia”. (Atuesta, 2013)

Dando un vistazo al recorrido de la historia de Valledupar se puede evidenciar que por la ubicación geográfica que demarca el lugar donde la criada más cercana y considerada por la heroína María Concepción Loperena de Castro, en la actualidad corresponde a la zona donde está ubicado hoy el corregimiento de Guacoche. No existen documentos que puedan afianzar y logren demostrar las investigaciones locales. Están basadas en memorias orales y ahora en estas confesiones.

El trabajo de campo en Guacoche realmente confirma lo que los analistas en el tema ya tienen identificado. Al entrevistar a una mujer adulto mayor, de 70 Años afirma: “Mi patrón, que era Morón y su esposa fueron muy buenos patronos, me llevaron, o me tocó diez millones de liquidación ¿cuantos años le trabajo usted a ellos? Veintinueve años; Si, en aquel entonces, diez millones, yo no tenía una casa sino de barro,

entonces tumbé la casa y le hice cuatro piezas, hice...dos dormitorios, sala, corredor y cocina adentro, y deje quinientos en el banco, pa estudio de mis hijos, sin moverlos, ya cuando el primero empezó a estudiar que es José, estudio, ya cuando aquí no había bachiller, entonces fue y lo puse al colegio en la paz”.⁹¹ Este es un análisis en doble vía, por parte de las mujeres que van a prestar sus servicios personales y de la empleadora.

También se representa la aculturación como una amenaza para la preservación y mantenimiento de la cultura de los pueblos originarios. Al entrevistar a las mujeres, es evidente la admiración por su patrón o patrona al hablar sobre ellos, en agradecimiento: “era que sus hijos/hijas llevaran el nombre de los hijos del empleador o una relación de compadrazgo”. Lo llamativo de esto es la jerarquía que han ejercido estas mujeres dentro de ellas mismas, de acuerdo a quienes sean sus patrones, así las Guacocheras se respetan entre sí, este aspecto poco profundizado en la historiografía, como lo manifiesta muy claramente Castañeda Zapata. (1985)

Es la única opción de trabajo para las mujeres afros de Guacoche

En la historia de la mujer afrodescendiente convergen diferentes formas de opresión étnico/racial, clase y género (interseccionalidad), no es ajena al lugar que ocupan en el mercado laboral de Valledupar y su zona rural, Guacoche, y en los oficios precarios y de poca valoración que les toca realizar, aun ostentando algunos niveles de escolarización. Esto lo evidencia el caso de la joven de 20 años, que ayuda a la tía en una casa de Novalito, siendo tecnóloga. Indudablemente que detrás de situaciones como estas subyacen raíces muy profundas en la subjetividad de las mujeres afrodescendientes en general, por eso la reivindicación del ser aparece de manera central dentro del proceso de Comunidades afrodescendientes.

⁹¹ Entrevista con mujer adulto mayor, 70 años, corregimiento de Guacoche, comunicación personal, 2013

Para las mujeres de Guacoeche, con su acostumbrado pragmatismo de sujeto histórico perteneciente a las comunidades afro, con una visión particular de desarrollo que trasciende las relaciones de tipo economicista, la respuesta parece ser muy simple. En el caso de “Tía Mima”, tinajera ancestral: “La modernización que llegó con la energía eléctrica y le dio vida a las neveras, ha ido acabando con las tinajas” y lo más fácil es buscar otra alternativa de ingresos que para ellas no es desconocida.

La respuesta al cambio sociolaboral de tinajera a trabajadora doméstica asalariada, está enraizada en la misma subjetividad de las negritudes, oficios de los subalternos. Al entrevistar a una de las mujeres contesta: “Y donde trabajaba. En el valle? ¿En qué actividad?, de empleada doméstica. Todas trabajamos de empleadas domésticas. ¿Te gusta trabajar de empleada doméstica?. Si claro porque uno quiere tener su plática y en las casas del Novalito no falta nada. Ellos son ricos y políticos”.

Históricamente, el trabajo doméstico de las mujeres Guacocheas es sinónimo de lealtad y eficacia en el radio de acción laboral que corresponde a la zona urbana del norte de Valledupar. Sobre la Ética de subsistencia de las mujeres Guacocheas frente al desarrollo capitalista: ¿Por qué las mujeres Guacocheas no supieron adaptarse al modo de producción capitalista con su filosofía de acumulación y rentabilidad volviéndose competitivas? ¿Esto se debe a que no llegaron a convertirse en grandes empresarias artesanales ajustándose a las demandas del mercado capitalista neoliberal aperturista?. ¿El capitalismo dejó en su avance atrás a estas mujeres artesanas?. Shiva responde que “Los pobres no son los que quedaron atrás, sino los que son empujados hacia afuera y excluidos del acceso a su propia riqueza y sus propios recursos” (Shiva,2005:), más en estas economías donde prima la ética de la subsistencia por encima del dinero y la acumulación capitalista.

La mujeres afrodescendientes trabajadoras de barro quedaron por fuera y fueron excluidas del proceso de desarrollo capitalista competitivo por las siguientes razones:

a) Subjetivamente tenían internalizado que su trabajo era principalmente para garantizar la educación a sus hijos e hijas, para que tuvieran un buen vivir diferente a su padre-madre, por lo tanto no habían sido permeadas por la cultura capitalista del lucro y la ganancia. Cuando introdujeron un torno en Guacoche lo rechazaron porque consideraron que atentaban contra la garantía de calidad “Hecho a Mano”, que es su atributo distintivo, el que le confiere identidad cultural a lo artesanal. Creían que se perdía la esencia de su trabajo alfarero y, b) La invisibilidad del trabajo articulado al lugar rural donde se realizaba, y por lo tanto esta actividad fue poco conocida. No debe olvidarse que el comercio se hacía en poblaciones que demográficamente, todavía no contaban con muchos habitantes.

Scott y Thompson citados por Flórez coinciden en señalar el carácter amenazador y destructivo del mercado capitalista, en el darwinista sobreviven los más aptos y mejores, en consecuencia, las sociedades amenazadas en el proceso de transición al capitalismo, el modo de producción dominante entendido como relación social, no es la única alternativa que percibe el campesino y campesina; y es sólo dentro de un contexto histórico donde se definen tendencias e imposición, articulación o desaparición de uno u otro modo de producción (Flórez 1991). El avance inexorable del capitalismo y el menosprecio desde el eurocentrismo por la cultura material de los otros/otras, generaron condiciones que determinaron el fin de la tradición, porque la alfarería que actualmente se está impulsando por Asociación de Alfareros Artesanales del Corregimiento de Guacoche (Asalarcogua), es más industrial, aunque también estén participando hijas de Maestras tinajeras. Nada más observar el nombre de la asociación que es excluyente de las mujeres –lenguaje masculino. Respecto al menosprecio por los saberes del otro promovida desde Occidente dice Lugones “La conquista y colonización desarrolló la concepción de la negación y destrucción de lo constitutivo a cada persona, a cada comunidad, a todas las prácticas, saberes,

relaciones con todo lo existente en un mundo donde todo está interconectado”.
(Lugones, 2012,)

La baja demanda del producto desde los años ochenta coincide con el avance y crisis del desarrollismo con su modelo sustitutivo de importaciones en Colombia que afectó el sector rural colombiano. Posteriormente, a comienzos del noventa, en la presidencia de Cesar Gaviria Trujillo, se implanta la apertura económica con todo el rigor que afectó el campo. En el 1991 se expide la Constitución de 1991, donde se reconoce que Colombia es un país multiétnico y pluricultural. La Ley 70 de 1993, en el artículo primero establece mecanismos para la protección de la identidad cultural y de los derechos de las comunidades negras de Colombia como grupo étnico, e igualmente consagra el fomento de su desarrollo socioeconómico y social, con la finalidad de garantizar que dichas comunidades obtengan condiciones de igualdad de oportunidades frente al resto de la sociedad colombiana.

Las narraciones de las mujeres en las entrevistas evidencian empíricamente solidaridad, reciprocidad, ayuda mutua, compartir sin egoísmo y otras relaciones sociales completamente opuestas a la cultura capitalista; eso es lo que se denomina Economía moral, propia del mundo campesino considerado tradicional y precapitalista.

Se deja de conciliar el trabajo doméstico con el trabajo extra doméstico

Aunque pueda dar lugar a discusión con las feministas, sobre todo las que tienen las baterías enfiladas hacia el rol doméstico y la economía de cuidado de la mujer, lo cierto es que las mujeres del medio artesanal, con la fabricación de productos en su casa formaban un equipo de trabajo que fomentaba la cohesión familiar y los lazos psicoafectivo, así también la mujer podía conciliar la labor productiva/reproductivo. No enfrentaba el estrés y angustia de quien se encargaría del cuidado del hogar y la

realización de los quehaceres domésticos, en países donde el Estado no garantiza los servicios sociales que faciliten el trabajo de la mujer frente al escaso compromiso de los hombres con las tareas del hogar, por su concepción machista.

En Guacoche, las mujeres eran solidarias unas con otras. Existía el compañerismo, la sororidad, la ayuda mutua sobre todo con las que eran viudas, abandonadas y separadas. Con la pérdida de tradición, este capital social que se veía fortalecido por la labor tinajera se debilita, ya que las mujeres en forma individual tienen que buscar otras fuentes de ingresos como el trabajo doméstico, que antes solucionaban en forma simple acudiendo a los talleres de las Maestras tinajeras, siempre dispuestas a socializar los saberes y técnicas para el bien colectivo.

El trabajo en casa permite ahorrar tiempo, dinero en movilización, vestuario entre otros. Además no se vive en la angustia de cumplir horarios cuando el transporte no se presta en forma eficiente, sobre todo el traslado de Guacoche-Valledupar-Guacoche con pasajes costosos para el nivel de ingresos de la población. Adicionalmente, antes la comunicación por vía terrestre era difícil porque la vía que conecta al corregimiento con Valledupar era una verdadera trocha.

Matrifocalidad en Guacoche

En la investigación se evidenció empíricamente el poder económico de las mujeres en la familia: Ella independientemente de tener una pareja a su lado, el trabajo para el bienestar de su familia es lo que notoriamente se destaca, sacar “pulso a pulso” (entrevista hija Maestra Tinajera, 78 años, baja escolaridad) a sus hijos e hijas. Este sentir lo tienen interiorizado las mujeres de Guacoche, al punto que Tomás Márquez, licenciado, docente del Colegio, perteneciente al Concejo Comunitario destaca a la mujer Guacoche “como persona de fortaleza, sobre todo en la parte espiritual, encargada del cuidado y crianza de los hijos e hijas.... se le olvidó decir que no sólo

espiritualmente sino afectiva y materialmente, incluso ganaban más que los cónyuges, tenían autonomía sobre su dinero y cuando le prestaban a la pareja se los tenía que devolver porque ese dinero era producto de su trabajo”.⁹²

¿Cómo se explica lo anterior?. Desde la perspectiva histórica el poder patriarcal fue atributo del amo, no del afrodescendiente macho, sino un atributo ejercido desde la jerarquía de poder del amo sobre el afrodescendiente, “sobre todas sus relaciones sociales y económicas, hasta en las de la sexualidad, la familia como “grupo con sentido de pertenencia” se determinó desde la posición del amo”. (Grueso, 2012:147-148).

Grueso (2002) afirma que las relaciones de género fueron impuestas desde los mismos oficios y en la reproducción del afrodescendiente como mercancía. La sexualidad representó un ejercicio controlado para la rentabilidad de los amos, ya que el afrodescendiente como mercancía significó acumulación de riqueza o herramienta de trabajo. En el contexto esclavista, los roles de los hombres y las mujeres fueron impuestas desde las relaciones económicas, hasta la reproducción humana tuvo una connotación económica. Los hombres afrodescendientes con mejores cualidades como esclavizados, no en calidad de hombres, se escogían como sementales durante la trata.

Las relaciones de género entre afrodescendientes, no fueron construidas desde el paradigma de relaciones de poder y subordinación de carácter patriarcal de las familias occidentales, sino en las condiciones de esclavitud, lo cual no quiere decir que las representaciones de identidad masculina y femenina que se introdujeron por los grupos originales de identidad africana hubiesen desaparecido; antes por el

⁹² Entrevista con el licenciado y líder del Concejo Comunitario José Tomás Marquéz, corregimiento de Guacoeche, comunicación personal, 2013

contrario, se mantuvieron como parte del proceso de resistencia/re-existencia cultural, que de ninguna manera estructuraron la construcción de las relaciones genéricas y de familia en las condiciones de esclavitud. (Grueso 2002:148-149)

El patriarcado y las relaciones de poder asignado en las familias afrodescendientes tienen que leerse desde una perspectiva histórica y de acuerdo a las especificidades socioculturales. La mirada de occidente sobre las periferias no puede pretender un universalismo tratando de explicar desde sus realidades lo que sucede en otros contextos, como el de Guacoche en este caso.

Otro aspecto a resignificar en la cultura caribeña es la Matrifocalidad o matrilocalidad, donde el hogar y la familia parecen ser terreno de control exclusivamente femenino/materno, en el cual las figuras masculinas son itinerantes o construidas como prescindibles en la constitución y mantenimiento de la unidad familiar (Cogollo et al., 2004). Las mujeres son la fuerza dentro del modelo de parentesco, lo cual origina una feminidad autosuficiente. Una madre omnipotente capaz de hacerlo todo, que nunca se enferma, incansable, sometidas a autosobreexigencias de su rol genérica como sostenedora de la vida, sobre todo la de su familia. (Cogollo et al 2004). El carácter cultural afrocaribeño está presente y son precisamente las mujeres quienes conforman el centro estable de la familia. Un ejemplo claro es que todos los años el último domingo del mes de mayo se realiza un evento a todas las Madres del pueblo. La dinámica de la actividad consiste que cada hogar debe llevar a la Plaza principal de Guacoche un regalo. Ese día las mujeres se organizan entre ellas para arreglarse. Al entrevistar a un señor de 58 años comenta, “ellas ese día se reúnen, se pintan las uñas, el cabello y estrenan vestidos..... muy olorosas”. Esto se convierte entonces como una tradición en el corregimiento de Guacoche.

La familia afro no tiene cabida en la llamada familia nuclear tradicional, sin desconocer que esta tipología de familia esté presente en dicha comunidad, dentro del marco de la diversidad tipológica, basta revisar las estadísticas de la Encuesta Nacional Demografía y Salud 2010 para confirmar esta afirmación. El modelo de familia que concibe la biblia es el que la literatura científica, los imaginarios sociales y las pretensiones normativas y prescriptivas, han construido como prototipo ideal para la realización de la pareja heterosexual: Es una familia nuclear completa, que se centra en un núcleo conyugal, legal, monogámico y vitalicio, a partir del cual se genera una descendencia, con provisión económica y ejercicio de autoridad por un varón. La división del trabajo establece el espacio privado para las mujeres “jefes de la casa” encargadas del trabajo doméstico, educación, cuidado y amor de los hijos/as.

El espacio público y trabajo productivo para los varones, la irrupción de la mujer al mercado de trabajo, el acceso a las oportunidades educativas, los avances de la medicina en lo que respecta al control natal, los adelantos en la tecnología materializada en electrodomésticos que suplen o facilitan las actividades domésticas, entre otros cambios han impactado a la familia actual. Una de las preocupaciones centrales es la doble jornada laboral para las mujeres, que les plantea la necesidad de conciliar el trabajo doméstico con el trabajo remunerado fuera del hogar, que la sobrecarga de tareas causantes de estrés que afectan su salud psicosomática.

Este es uno de los pilares que fundamentan las reivindicaciones del movimiento social de mujeres: Liberarlas de la esclavitud doméstica impuesta por el sistema patriarcal, pero toda esa descripción corresponde a mujeres de las clases medias y altas porque las de Guacoeche cuentan con una red familiar y social para el cuidado de sus hijos e hijas.

En la investigación, a la recurrente pregunta entre los entrevistados sobre quién mandaba en el hogar, la respuesta fue siempre que los dos: el hombre está en el monte haciendo el trabajo agrícola o en lo que “le salga”. Sobre el machismo se expresa que los hombres tienen varias mujeres y tienen hijos regados (se denomina así cuando los hijos o hijas son de varias mujeres). Ejemplo elocuente es el caso de Diomedes Díaz en su disco La Plata, cuya letra dice: “Por eso la plata que cae en mis manos... la gasto en mujeres bebida y bailando”, personifica al hombre vallenato en su dimensión de mujeriego, borrachón y alegre. El caso curioso es que la plata de la herencia no aparece, porque bien que la supo aprovechar con 18 hijos reconocidos y 7 que están en proceso de examen ADN, con diferentes mujeres.

Cuando se presenta la ruptura de la relación conyugal, los hombres no se sienten obligados a cumplir con sus obligaciones económicas para sus hijos e hijas. Decía esto una mujer entrevistada, que su hijo fallecido había tenido “hijos “regao” (regado) producto del machismo y la afirmación de la masculinidad, por lo que la díada madre-hijo/hija es el epicentro de la familia, así como la familia extensa como otro eje dentro del análisis y conformación de tales grupos domésticos.

A partir de lo anterior se explica, la importancia que tiene para las mujeres su familia y por ende la necesidad de garantizarle la subsistencia, ya sea como proveedora principal o como complemento de los ingresos del hombre. Sí la tinaja se convirtió en un oficio que no generaba ingresos porque la demanda además de incierta había disminuido, o las hijas no garantizaron el relevo generacional, tenían que recurrir al trabajo doméstico asalariado, porque las necesidades apremiantes de la familia especialmente la de los hijos e hijas no dan espera.

CONCLUSIONES

De tener esta tesis como objetivo el de “explorar las condiciones en que las mujeres de los asentamientos nucleados rurales del Caribe colombiano, han sobrevivido a la historia de un país excluyente, tomando como ejemplo a Guacoche un corregimiento del Municipio de Valledupar, capital del Departamento del Cesar” (ver Introducción), ha terminado siendo una clara muestra, de cómo estos asentamientos han persistido gracias al carácter matrifocal y matrilocal de la cultura indo y afrocaribe.

Es este carácter cultural el que precisamente hace que la mujer sea el centro estable de la familia, localizada en el campo, a pesar de las difíciles condiciones históricas en las que han tenido que sobrevivir allí, soportando guerras, hambre, humillaciones, violaciones, desalojos y desplazamientos desde los tiempos coloniales cuando se estructuraron las mismas formas de dominación política que han estado vigentes hasta ahora.

Pero al mismo tiempo, ha sido una oportunidad de demostrar cómo a través de su obstinado trabajo en preservar la familia que han sobrevivido en estos asentamientos y han podido sobrevivir los asentamientos mismos (Capítulo I), pues los hombres “circulan” no sólo por razones de trabajo, sino de cultura claramente poligámica, formando nuevas

familias en donde la responsabilidad de su sostenimiento, por lo regular, recae directamente en la mujeres, siendo este lugar el que la historia regional les ha asignado, como lo muestra el material recopilado por Figueroa (2009), para la costa Caribe.

Y son las mujeres del lugar, en este caso de Guacoche (Capítulo II), que están en el proceso de demandar una historia del lugar que se les ha negado desde hace siglos, pues aunque sólo han buscado vivir una vida simple y sostenible definida como pobreza, no es lo mismo que la miseria producida por el despojo y la carencia, como lo señala Shiva (2005), que es exactamente lo que les ha ocurrido.

En este sentido es necesario resaltar en el capítulo III, la necesidad de construir paradigmas que se ajusten a las formas particulares de opresión de la mujeres, especialmente las afrodescendientes en la que se intersectan diversas formas de subordinación como la clase, sexo, género, raza, ruralidad en el contexto Caribe y de América Latina, donde las mujeres han tenido una historia diferente a las europeas y las de Estados Unidos e incluso a sus pares del Caribe Insular, donde primó la plantación como actividad económica que utilizó importante fuerza de mano de obra de esclavizados y esclavizadas.

¿Por qué la mujer afro aparece liderando la actividad artesanal alfarera de la tinaja en un corregimiento como Guacoche?. Las mujeres en África se dedicaban a la cerámica utilitaria con técnicas simples, así como las practicaban las mujeres aborígenes de América. El valle del río Cesar fue territorio ocupado por aborígenes. El territorio circundante al valle del río Cesar, según la historiografía, siempre fue ocupado por afrodescendientes fugitivos y/o cimarrones. Después que es abolida la esclavitud a mediados del siglo XIX, los afrodescendientes se instalan en Guacoche para dedicarse a actividades agrícolas de pan coger en pequeñas parcelas de tierras, según Sánchez y Palencia Caratt.

El proceso de miscegenación siempre estuvo presente inicialmente entre españoles y aborígenes, y posteriormente entre afrodescendientes y mujeres aborígenes, poseedoras del saber ancestral:

- Las condiciones sociales y económicas obligaban a utilizar lo que les brindaba la naturaleza incluyendo los insumos para elaborar los utensilios donde almacenar líquidos, granos, aceites, chicha, entre otros.
- La mina de barro está cerca de Guacochito, de aquí surge la siguiente pregunta: ¿Cuál de los corregimientos inaugura la tradición de la alfarería tinajera Guacoche o Guacochito?. La tradición se la disputan estas dos poblaciones; es más, en Guacochito también hacen presencia mujeres ancestrales practicando la actividad.

El origen y desarrollo de la alfarería tinajera en Guacoche y Guacochito, sin duda está íntimamente articulada con la localización del Río Cesar, que tiene yacimientos de arcilla de características especiales, que son la materia prima de base para la ejecución de esta actividad artesanal.

La calidad y cantidad de la arcilla existente en esta localidad contribuyó de manera decisiva a la inventiva y evolución de este oficio. Pero según hallazgos en la investigación en Guacoche, existe abundante arcilla para realizar artesanía.

Las luces y sombras sobre las mujeres afros haciendo alfarería tinajera sugieren en forma de hipótesis, y de acuerdo a las evidencias empíricas precitadas, que bien pudo obedecer al cruce biológico-cultural (miscegenación) entre aborígenes y negros, y a partir de allí iniciar una tradición que tiene características singulares.

Nadie desconoce que en los palenques se emparejaban cimarrones afrodescendientes con las mujeres indígenas, de donde la tinaja es expresión y representación simbólica y material del proceso de mestizaje en Guacoche.

Y con el trascurso del tiempo, objeto de consumo familiar y de trueque como valor colectivo endógeno, pasó a ser mercancía de intercambio y venta entre los indígenas y algunas poblaciones de Guajira y Valledupar.

Por lo tanto, la tinaja es una expresión del mestizaje y actualmente es parte de la vida rural en los países del continente latinoamericano, ya sea como medio de producción, contenedor para almacenar líquidos o un simple objeto decorativo en jardines de hogares y fincas. En conclusión, este tipo de alfarería simboliza en forma significativa, la adaptación de los usos y costumbres que los habitantes de las tres culturas experimentaron en el proceso de transculturación impuesto durante la Conquista y colonia y que todavía pervive. (Rojas Aguilera 2012)

El trabajo tinajero tiene como característica fundamental el ser pesado y duro, por lo tanto replantea el imaginario del mito de la fragilidad femenina inventada por los paradigmas feministas euro-usa-céntricas. Otra evidencia empírica que diferencia a la mujer del Caribe continental colombiano de las experiencias de las europeas, sin negar que las mujeres en conjunto compartan una opresión patriarcal que trasciende la clase y la raza, esta última como construcción mental de la modernidad. Así, las culturas aborígenes a la llegada de los invasores europeos hispánicos, que es el caso que interesa, atravesaba un proceso de tránsito hacia un patriarcado *sui generis*, sin existencia de propiedad privada, diferente al patriarcado europeo ya consolidado en Europa.

La imposición de la ideología patriarcal fue posible porque existían las condiciones por las formas de dominación protoclasistas incas y aztecas según Luis Vítale, es lo que se llama el entronque patriarcal (articulación del modelo dominación del hombre europeo sobre aborígenes-afrodescendientes). La ideología patriarcal se fue consolidando a lo largo de más de trescientos años de dominación española sobre

todo en los sectores mestizos y blancos de la sociedad, en menor grado en la población aborigen y afrodescendiente localizadas en rochelas, pueblos cimarrones y sitios donde no se sentía con fuerza la dominación española. Esta ideología logró entre otras cosas que la sociedad en su conjunto asimilara el rol de la mujer a ama de casa. Quien separa en la historia de América por primera vez la producción del consumo, principalmente en los centros mineros y agropecuarios desarrollados en función de la economía de exportación, fueron los hispanos y portugueses. Los aborígenes continuaron con formas de vida de autosubsistencia, así como las poblaciones del Caribe, que tiene en Guacoche su máxima expresión.

El modelo de familia patriarcal, hombre proveedor/mujer dedicada a los oficios domésticos y cuidar hijos, también tiene una lectura diferente al feminismo clásico. La Matrifocalidad que convierte a la mujer en el centro de la familia es el mejor ejemplo y por eso ella, así como en la esclavitud, era baluarte para conservar la familia y fortalecer los vínculos psicoafectivos con sus hijos e hijas, por las dificultades de ese sistema oprobioso. En la actualidad, su único objetivo es garantizar la subsistencia de la familia y sobre todo, brindarle educación a sus hijos e hijas para que no repitan su historia laboral.

Los hombres aparecen ausentes en el monte haciendo labores del campo. Las mujeres son reconocidas en la esfera privada pero no tienen reconocimiento público. La organizaciones sociales incluyendo el Consejo de Comunidades Negras y la misma asociación de artesanas y alfareras, aparecen lideradas por hombres, lo cual significa la falta de poder de la mujer y la necesidad de generar en ella creciente niveles de autodependencia en los procesos de desarrollo territorial, desde una perspectiva de etnodesarrollo diferencial y de género.

La necesidad de revisar los conceptos y prácticas de desarrollo que se orientan a imitar el modelo occidental capitalista en contextos de autoabastecimiento, donde lo importante no es la acumulación de capital, vienen siendo cuestionado teniendo en cuenta que el pensamiento ancestral es colectivista y solidario. Teorías como el desarrollo a escala humana, el buen vivir y el decrecimiento económico en el cual se revaloriza a la persona como centro del desarrollo, en equilibrio con los otros seres humanos-la naturaleza-tecnología, son ejemplo de ello, pero se requiere de voluntad política y de una profunda reingeniería mental, sobre todo de los procesos gestados desde la base social.

El compromiso de empoderar a las mujeres para que ejerzan mayor liderazgo como ciudadanas es un imperativo sobre todo para el Consejo Comunitario de Afrodescendientes, resulta preocupante que las mujeres de Guacoche prioricen el trabajo doméstico frente al trabajo artesanal, que brinda la posibilidad en el contexto de la aldea global de convertirlas en empresarias competitivas, respetando su identidad cultural e imaginarios sobre etnodesarrollo.

Tal vez, como una forma de resistencia a las duras actividades que se han sometido, y en reminiscencia que en la esclavitud las sirvientas citadinas gozaban de prerrogativas, sea uno de los motivos por las cuales optan por la actividad doméstica. Son muchas las condiciones que inciden para que las mujeres afrodescendientes estén ubicadas en la pirámide de la informalidad y precariedad y en ello tiene mucho que ver la racialización del trabajo durante la Colonia.

Ahora que se ha diversificado y modernizado la actividad alfarera, corresponde ya no sólo a las tinajeras hacer un seguimiento para establecer si se convierte en una actividad mixta o exclusiva de hombres, con exclusión o menor protagonismo de las mujeres, que es lo que suele suceder cuando se especializan los oficios.

El trabajo doméstico remunerado es una de las ocupaciones que evidencian de forma clara, la estrecha relación género/actividad laboral, que en la América Latina tiene sus antecedentes en la Colonia. El trabajo doméstico realizado por mujeres está en la intersección género/clase social, diferencia en forma simultánea a las mujeres de los hombres y a las mujeres con carencias económicas de aquellas que poseen más recursos de este tipo. La clasificación racial se yuxtapone a esa lógica desde la óptica colonialista de la servidumbre como condición social inherente a los segmentos de la población racializados.

No hay lugar a dudas que la esclavitud de la mujer afrodescendiente en el Caribe y Cesar debe ser objeto del estudio de la historiografía de la región, considerando que en el Caribe insular donde predominó la economía de plantación que requirió grandes concentraciones de esclavos y posteriormente de esclavas, fueron sometidas a duras faenas casi igual a los hombres, lo cual hasta donde se tiene información, no sucedió igual en el Caribe donde la mujer esclava se dedicó fundamentalmente al servicio doméstico y donde de alguna manera se dieron relaciones paternalistas entre propietarios y sirvientes, que ponen un velo a las relaciones de desigualdad racial, genérica y clasista.

El Consejo de Comunidades Afros desde lo micro local, tiene que diseñar planes y programas concertados para la transformación cultural y la autonomía e independencia de las mujeres que le permitan mayor protagonismo en el lugar, para romper con el machismo y la histórica y estructural subordinación que las confina a la esfera privada del hogar y en el trabajo extra doméstico, que las obliga a reproducir lo que se consideran trabajos propios de su rol femenino, oficios informales en la estructura socio-racial y genérica de la sociedad. El compromiso es de la sociedad

civil porque las élites es poca la preocupación que tienen por el desarrollo de una sociedad civil fuerte.

Los intentos de organización y movilización social que pugnan por reivindicaciones profundas en el área rural (caso de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos -ANUC-) son reprimidos y estigmatizados con las implicaciones que conlleva para los líderes (destierros, amenazas, asesinatos) y todo por conservar privilegios socio-económicos y político. El reto no es desde el Estado, el reto es desde la sociedad civil donde las organizaciones civiles deben convertirse en escuelas para el desarrollo de la democracia inclusiva y sin discriminaciones.

A falta de conocer la historia de estos lugares concretos que son los asentamientos nucleados rurales de la costa Caribe, se corre el riesgo de volver a repetir la historia, pues la causa de haber explotado y maltratado a las mujeres, es simple: nunca se les ha considerado parte fundamental e integral de una región y de una cultura que así sea pobre, ha luchado por lograr su bienestar y la modernización de las relaciones sociales en zonas rurales. Y aun actualmente sólo son “vientres” encargados de reproducir la fuerza de trabajo que las compañías agrícolas y las haciendas ganaderas requieren, lo mismo que el servicio doméstico de las clases medias y acomodadas de la ciudad de Valledupar.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez, Kattia y Olivares, Lorena (2006). "Vida social, política y económica de la mujer en Valledupar (1970-1990). En, *"Becas culturales en investigación sociocultural en historia regional y/o local del Departamento del Cesar, Resultados de la primera convocatoria"* Cartagena: Observatorio del Caribe Colombiano.

Anuario Estadístico Del Municipio De Valledupar 2008.

Araujo Noguera, Consuelo. 1940-2001 (1998). *"Escalona, el hombre y el mito"*. Santa Fe de Bogotá: Edit. Planeta. Disponible en <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biograficos/escalona4a.htm>.

Atuesta Mindiola, José (2013). Artículo "Confesiones de María Concepción Loperena de Castro". Disponible en: <http://larazonvallenata.com/index.php/template/item/234-confesiones-de->(Valledupar, 2013).

Bejarano, José Antonio (1997). El despegue cafetero (1900-1928). En José Antonio Ocampo (Compilador), *"Historia Económica de Colombia"* (4ª. Ed.). Bogotá: Tercer Mundo Editores- Fedesarrollo (173-205).

Builes, Mauricio, Isaza, Margarita y Correa, Pedro (2014). *"Memoria Histórica desde las Universidades Serie I"*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica (Grupos Regionales de Memoria Histórica de Universidad Pontificia Bolivariana, Bucaramanga, Universidad Tecnológica de Bolívar, Cartagena, Universidad del Magdalena /ORALOTECA, Santa Marta). Imprenta Nacional de Colombia.

Carrasco Rivas, Guillermo. (2007). Grupo familiar, género y adiestramiento: la perpetuación del valor artesanal alfarero en Madriz (Nicaragua) y Tlaxcala (México). En, *Familia y Diversidad en América Latina. Estudios de casos*. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Carrasco, Cristina. (2009). "Tiempos y Trabajo desde la experiencia Femenina". En, *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*. No. 108. Barcelona. pp.45-54.

Castañeda Fuertes, Digna. (2008). "La mujer negra esclava en el siglo XIX cubano: su papel en la economía". En, *Revista Brasileira do Caribe.*, Vol. VIII, No. 16. Universidad Federal de Goiás, Brasil.

Castañeda Zapata, Beatriz Elena. (1985). *La Esclavitud en la Nueva Granada y la Situación de la Mujer Negra Esclava durante el siglo XVIII*. Bogotá: Universidad Javeriana.

Carneiro, Sueli (2005). Ennegrecer el Feminismo. En: *Feminismos Disidentes en América Latina y el Caribe*, Coordinación: Ochy Curiel, Jules Falquet y Sabine Masson. NQF., Vol. 24, No. 2. Ediciones fem-e-libros. Edición Especial en Español. pp.21-26.

Chajín, Y. (2013). Historia social del Caribe colombiano: territorios, indígenas, trabajadores, cultura e historia. *Revista Estudiantil ALAÜLA*, 1(1), 63-66.

Cogollo, Julia E., Flórez-Flórez, Juliana y Ñáñez, Angélica. (2004). El Patriarca Imposible: Una aproximación a la subjetividad masculina afrocaribeña. En: *Conflicto e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra*. Cali: Eduardo Restrepo y Axel Rojas Editores, Universidad del Valle.

Colmenares, Germán (1997). La formación de la economía colonial (1500-1740). En José Antonio Ocampo (Compilador), *Historia Económica de Colombia* (4ª. Ed.). Bogotá: Tercer Mundo Editores- Fedesarrollo.

Congreso de la República de Colombia. Ley 70 de 1993.

CYTED, (2011): 15 Programa Iberoamericano de Ciencia y Tecnología Para el Desarrollo.

De la Pedraja, René (1988). La Guajira en el siglo XIX: Indígenas, contrabando y carbón. En: Gustavo Bell (Compilador), *“El Caribe Colombiano, Selección de textos históricos”*. Barranquilla: Ediciones UniNorte.

Diaz Uribe, Eduardo (1986). *“El clientelismo en Colombia. Un estudio exploratorio”*. Bogotá: El Áncora Editores.

Diaz, Fernando (1982). Estado Iglesia y desamortización. En, Jaime Jaramillo Uribe, (Director Científico) *“Manual de Historia de Colombia, T. II”* Bogotá: PROCULTURA- INSTITUTO COLOMBIANO DE CULTURA(p.p. 411-466)

Echeverry, Rafael (1999). “Dimensión del problema agrario en Colombia”. En, Uriel Ramírez (Compilador), *El sector agropecuario en el desarrollo de la costa Caribe* (Memorias del Foro). Barranquilla: Universidad del Atlántico p. 23-41.

Elliot, John H. (2006). *Imperios del mundo Atlántico. España y Gran Bretaña en América: 1492-1830*. Madrid: Ed. Taurus.

Fals Borda, Orlando (1976). *Capitalismo, hacienda y poblamiento en la costa Atlántica*. Bogotá: Ediciones Punta de Lanza.

Fals Borda, Orlando (1980). *Historia doble de la costa* (4 vols.). Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Figueroa, José Antonio (2009). “*Realismo mágico, vallenato y violencia política en Colombia*”. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH).

Friedemann, Nina (1992). “Negros en Colombia: Identidad e invisibilidad”, *América Negra*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1992, No. 3, pp. 25-35.

Friedemann, Nina S; Arocha, Jaime (1986). *De sol a sol. Génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia*, Bogotá: Editorial Planeta.

Galán, Elizabeth y Noreña, Elizabeth. (2003). *Eterno Hacer de las mujeres Guacocheras: Resignificación de Tiempos, Funciones y Relaciones*. Medellín: Universidad de Antioquia.

García, Carlos. (2000). Valledupar, ciudad entre ciudades. “¿Cómo es Valledupar al final del siglo XX?” En, *Ciudades del Caribe Colombiano*. Cartagena: Observatorio del Caribe Colombiano. Santafé de Bogotá.

Guerra Bonilla, Guiomar Lucía. (2006). *Valledupar entre la Historia y la Leyenda*. 1ª. Edic. Valledupar: Gráfica del Comercio.pp.46-53.

Grueso, Libia et. al. (2008). Territorio y conflicto desde la perspectiva del Proceso de Comunidades Negras –PCN- Cali.

Grueso, Libia. (2006). Escenarios de Colonialismo y (De) Colonialidad En La Construcción del Ser Negro. Apuntes Sobre Las Relaciones De Género en Comunidades Negras del Pacífico Colombiano. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar-Corporación Editora Nacional.

Helg, Aline (1984). *La educación en Colombia: 1918-1957. Una historia social, económica y política.*

Helg, Aline (2011). *“Libertad e igualdad en el Caribe Colombiano, 1770-1835”*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT-Banco de la República.

Henares Díaz, Francisco. (2008). “La Alfarería de Agua”. En, *Revista Murciana de Antropología, No. 15*. Pp.23-32. España: Universidad de Murcia.

Herrera Ángel, Martha. (2002). Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las llanuras del Caribe y en los Andes Centrales neogranadinos, siglo XVIII. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología / Academia Colombiana de Historia.

Hurtado, S. (2003). La participación discordante en la familia y los niveles de su transformación simbólica. *Revista Venezolana de economía y ciencias sociales*, 9(1), 61-83.

Kalmanovitz, Salomón (1982). “El régimen agrario durante el siglo XIX en Colombia”. En, Jaime Jaramillo Uribe, (Director Científico) *“Manual de Historia de Colombia, T. II”* Bogotá: PROCULTURA-INSTITUTO COLOMBIANO DE CULTURA.

Kalmanovitz, Salomón (Editor) (2010). *“Nueva Historia económica de Colombia”*. Bogotá: Editorial Taurus.

Lavallé, Bernard (1994). Criollismo y protonacionalismo en América del Sur (Siglos XVI y XVII). En, *Historia y Cultura*, Revista de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad de Cartagena, No. 2, Mayo de 1994

Lavrin, Asunción. (1990). La Mujer en la Sociedad Colonial Hispanoamericana. En: *Historia de América Latina*. Editora Leslie Bethell. Barcelona: Edit. Crítica.

León, Magdalena. 2013. Proyecto de Investigación-acción: trabajo doméstico y servicio doméstico en Colombia, Revista de Estudios Sociales No. 45. Bogotá. pp. 198-211. Disponible en Internet. http://www.cotidianomujer.org.uy/domesticas_4p.pdf.

Lugones, María. (2012). Subjetividad esclava, colonialidad de género, marginalidad y opresiones múltiples. Disponible en internet en: <http://rcci.net/globalizacion/2013/fg1576.htm>.

Márquez Fragozo, José Tomás et. al. (2013). *“Guacoeche Tierra de Cultura, amor y paz”*.1ª. Edición. Valledupar.

Max-Neef, Manfred, Elizalde, Antonio y Hopenhayn, Martín. (1998). Desarrollo A Escala Humana Conceptos. Aplicaciones y Algunas Reflexiones. Montevideo (Uruguay): Nordam-Comunidad e Icaria.

Meisel Roca, Adolfo (1988) Esclavitud, mestizaje y haciendas en la Provincia de Cartagena 1533-1851. En desarrollo y sociedad.

Meisel Roca, Adolfo (2011). Puertos vibrantes y sector rural vacío: el Caribe neogranadino a fines del período neocolonial. En *“¿Por qué perdió la costa caribe en el*

siglo XX? Y otros ensayos". Bogotá: Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), Cartagena.

Meisel, Adolfo (Editor) (1994). *"Historia Económica y Social del Caribe Colombiano"*. Bogotá: Ediciones UNINORTE – ECOE Ediciones.

Melo, Jorge Orlando (1997). Las vicisitudes del modelo liberal. En José Antonio Ocampo (Compilador), *"Historia Económica de Colombia"* (4ª. Ed.). Bogotá: Tercer Mundo Editores- Fedesarrollo (p. 119-172).

Melo, Jorge Orlando. *"Servidumbre Doméstica"*. Marzo 27 de 2012. El Tiempo. http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/jorgeorlandomelo/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-12714605.html

Melo, José Orlando (1982). La evolución económica de Colombia. En, Jaime Jaramillo Uribe, (Director Científico) *"Manual de Historia de Colombia, T. II"* Bogotá: PROCULTURA-INSTITUTO COLOMBIANO DE CULTURA.

Morey, Eugenia. (s.f.). *El trabajo de las mujeres en la actividad artesanal en comunidades Wichí del Nordeste de la provincia de Salta, Argentina*. Buenos Aires: Instituto de Ciencias Antropológicas UDEBA. Disponible en Internet: <http://ve.umh.es/sieg.1/docs/ICongresoInternacional/comunicaciones/sciii05.pdf>.

Mosquera Mosquera, Juan de Dios.(2000). Las comunidades negras de Colombia hacia el siglo XXI: Historia, Realidad y Organización. Santa Fe de Bogotá: Docente Disponible: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/sociologia/comunida/cap3.htm>

Mosquera, Claudia y Barcelos, Luis Claudio (Editores) (2007). *Afro-reparaciones: Memorias de la Esclavitud y Justicia Reparativa para negros, afrocolombianos y raizales*.

Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios Sociales (CES), Observatorio del Caribe Colombiano, Instituto de Estudios Caribeños.

Múnera, Alfonso (1998). *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1821)*. Bogotá: Banco de la República - El Áncora Editores

Múnera, Alfonso (2005). *"Fronteras Imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano"*. Bogotá: Editorial Planeta.

Municipio de Valledupar (2012). *Plan Municipal de Valledupar 2012-2015*. Valledupar.

Navarrete, María Cristina. (2013). Mujeres "de castas" y sus relaciones con las mujeres de la élite colonial en Cartagena. En, *"La manzana de la discordia"* Enero-junio. Vol.8.Cali: Universidad del Valle. pp. 81-86.

Ocampo López, Javier (1982). "El proceso político, militar y social de la Independencia". En, Jaime Jaramillo Uribe, (Director Científico) *"Manual de Historia de Colombia, T. II"* Bogotá: PROCULTURA-INSTITUTO COLOMBIANO DE CULTURA.

Palencia Caratt, Ernesto (2000). *"Evocaciones Históricas de Valledupar"*. Valledupar: Publicación el Autor.

Parsons, James (1970). "Los campos de Cultivo Prehispánicos del bajo San Jorge". En, *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas*, Vol XII, No. 48, pp. 449-458.

Peredo Beltrán, Elizabeth. (2003). Mujeres, trabajo doméstico y relaciones de género: Reflexiones a propósito de la lucha de las trabajadoras bolivianas. En: *Mujeres y Trabajo*:

Cambios Impostergables. Comp. Magdalena León. Porto Alegre, Brasil: REMTE-CLACSO.

Pérez Orozco, Amaia, y del Río, Siria (2002). La economía desde el feminismo: trabajos y cuidados Noviembre de 2002, por Revista Educación Ecológica. pp. 2.

Perozzo, Carlos (1986). *“Forjadores de Colombia contemporánea T. II”*. Bogotá: Editorial Planeta.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo (Comp.) (1955). *“Diario del Viaje del P, Joseph Palacios de la Vega entre los indios y negros de la Provincia de Cartagena en el Nuevo Reino de Granada 1787-1788”*. Bogotá: Editorial ABC.

Reichel_Dolmatoff. Gerardo (1965). “Excavaciones arqueológicas en Puerto Hormiga”. Bogotá: Universidad de los Andes.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo (1953). “Contactos y cambios culturales en la Sierra Nevada de Santa Marta”. En, *Revista Colombiana de Antropología*, Vol I, No.1 pp. 15-122.

Rodríguez, Pablo (1995). “El mundo colonial y las mujeres”, En Presidencia de la República (1995) *“Las mujeres En la historia de Colombia, T.III, Mujeres y Cultura”*. Bogotá: Ed. Norma.

Roldan, Mary (2003). A sangre y fuego. La violencia en Antioquia 1946- 1953, Bogota, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (p. 435).

Rojas Aguilera, Gonzalo. (2012). Las Tinajas y su lugar al interior del patrimonio vitivinícola de Chile. II Seminario Internacional del Vino, Gastronomía y Ruralidad 16 y 19 Octubre. Patrimonio vitivinícola: territorio, tradiciones y puesta en valor. Chile.

Sánchez, Gonzalo y Meertens, Donny (1983). *Bandoleros, gamonales y campesinos; el caso de la Violencia en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Ed.

Sánchez, Hugues (2006). Haciendas y mano de obra en la Provincia de Valledupar. 1790-1880. En: *"Becas Culturales en Investigación sociocultural en Historia Regional y/o local del Departamento del Cesar"*. Cartagena: Observatorio del Caribe colombiano (p.3-44).

Shiva, Vandana. (2006). Cómo poner fin a la pobreza. Revista Pasos No. 124, marzo-abril. San José: CLACSO.

SIGAC (2009). *Mapa del Departamento del Cesar*. (Escala 1:500.000). Bogotá: Instituto Geográfico Agustín Codazzi.

Sourdis Najera, Adelaida (1994): Historia Social del Caribe Colombiano. Editor: Santa Fé de Bogotá Colombia: Uninorte, (p.190-191).

Soto Lira, Rosa. (1992). *"Negras Esclavas. Las otras mujeres de la Colonia"*. Chile: Universidad de Santiago- Departamento de Historia.

Tirado Mejía, Álvaro (1982). El Estado y la Política en el siglo XIX. En, Jaime Jaramillo Uribe, (Director Científico) *"Manual de Historia de Colombia, T. II"* Bogotá: PROCULTURA-INSTITUTO COLOMBIANO DE CULTURA.

Tovar, Hermes (1997). La lenta ruptura con el pasado colonial. En José Antonio Ocampo (Compilador), *"Historia Económica de Colombia"* (4ª. Ed.). Bogotá: Tercer Mundo Editores- Fedesarrollo (p. 87-117)

Uribe Tobón, Carlos Alberto (1987). "Chimila". En, *Introducción a la Colombia Amerindia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) pp. 51-62.

Van Young, Eric, (1994). "Doing Regional History: A Theoretical Discussion and some Mexican Cases" *Year Book 1994. Conference of Latin Americanist Geographers*. Vol 20, Austin: University of Texas, p. 21-34.

Vega Cantor, Víctor Renán (2011). "¡Ay Hombre! Pero qué violencia con parranda vallenata incluida". Recuperado el 12/03/14 de:
www.publicacionesbanrep.org/index.php/boletín_cultural/.../86

Verdad Abierta (2010). *Reactivación de memoria y construcción de historias locales. Los Venados: Septiembre de 2010*. En:
<http://www.verdadabierta.com/victimas.seccion/desplazados4598-guacoche>
(Recuperado Enero 21 de 2013)